

Segunda Edición

Jacobo Grinberg-Zylberbaum

EN BUSCA DEL SER



EN BUSCA DEL SER

Jacobo Grinberg-Zylberbaum

“Viajaba entre la convicción de la existencia de lo externo y la confianza de mi propia identidad con el todo. En ocasiones, una nueva y distinta forma de experimentarme se presentaba. Desaparecían las preguntas, se terminaban las dudas y las contradicciones y penetraba en un espacio en el cual no existía interrogación alguna ... Mis ojos ya no habitan mi cuerpo porque acabo de recordar que ven sin mi consentimiento, están allí detrás de lo visto, viendo...”

En su peregrinación por la India en busca de Baba-ji, Jacobo Grinberg-Zylberbaum nos lleva de la mano directamente al centro de sus propias angustias, miedos y realizaciones. *En busca del ser* no sólo hará vibrar al lector... paralelamente, lo hará reflexionar sobre sí mismo y aquellos que le rodean.

FACULTAD DE PSICOLOGIA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

En busca del ser



PROVEEDORA CULTURAL SAN ROMAN, S.A. DE, C.V.



INSTITUTO NACIONAL PARA EL ESTUDIO DE
LA CONCIENCIA

BU315

975

M-000538860

REC-8056

Portada: *Eva Lovaton*

© Jacobo Grinberg-Zylberbaum

© Provedora Cultural
San Román S.A. de C.V.
Chihuahua 184, Col. Roma
C.P. 067700, México, D.F.

Miembro de la Cámara Nacional de la
Industria Editorial, No. 1504

Reservados los derechos para todos los países

ISBN en trámite

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO

a Jacqueline Sheinberg

a Jerry Grinberg

a Teresa Vale

Llueve, la bruma húmeda apoya el vuelo de unas golondrinas que descienden hacia la terraza en la que escribo y acaban posándose en un cable de cobre que surge de un poste cercano. Sentadas allí, cantan y me fortalecen; parecen ser enviadas por la "resistencia". La lluvia conecta el cielo con la tierra y casi da alegría. Rodeando el valle, las montañas se humedecen y reciben la colosal energía de los rayos. El agua fresca baña a las golondrinas quienes mantienen su equilibrio mientras retuercen sus alas y cuerpos para despojarlos de la humedad. Me duele la espalda cerca de la desembocadura del riñón izquierdo. Es el resultado de la última batalla. Iba a meditar para aliviar el dolor pero decidí empezar a escribir.

Durante la caminata de la tarde me había encontrado con Don Ramón, más joven que nunca a pesar de sus 75 años, montado en una viga de concreto colocando ladrillos de adobe para su nueva casa. La vieja la ocupé años atrás y ahora todo parecía una repetición. Sara me había mostrado que seis planetas estaban en una posición retrógrada significando una tendencia a repetir. Repetir para elaborar... Don Ramón me agradeció la observación acerca de su juventud y añadió que pensaba vivir hasta la ocurrencia de la guerra. El gobierno, me dijo con su expresión más seria, se está sobrepasando tanto que no quedará otro remedio. Le contesté que el pensamiento era factor desencadenante y mejor era el silencio. ¡Es que no se puede!, me dijo con convicción. Los hermanos quieren el desbalance y uno no puede más sino aceptar que esa es la recta que sigue el mundo. De pronto

entí que tenía razón, era muy claro que algo había cambiado en el "campo". Cuando me sumergía en las entrañas de mí mismo durante la meditación ya había notado una disminución inexplicable de optimismo y vitalidad. Era como si en mi interior me pusiera en contacto con la matriz sustentadora del espacio y a ésta la encontrara en desequilibrio. Tenía la impresión que esa matriz conectaba con el origen de la conciencia, con aquella que la alimentaba y temía que el flujo de sustentación estuviese bloqueado o desviado.

Había adquirido fuerza en base a una desesperada lucha. Hacía yoga, meditaba y durante meses no había probado la carne. Sin embargo, sentía que la lucha era totalmente involuntaria. Yo no la deseaba y a pesar de ello algo amenazaba continuamente mi contacto con la alegría y con una línea de luz que había aprendido a reconocer y a seguir desde hacía años. Una plataforma de poder se había construido en mi interior y ahora un enemigo extraño y misterioso me amenazaba por doquier, me colocaba en situaciones imposibles, me hacía gritar por dentro en una queja desesperada que nada aliviaba excepto la lucha. Sin embargo dudaba. Las últimas semanas había decidido que yo era el culpable de todas las señales; mi mente inventaba y desarrollaba frente a mí un escenario con todos los actores necesarios y suficientes para convencerme de que el enemigo externo existía y yo solamente observaba el juego de mi propio destino manejado por manos más grandes, inteligentes y poderosas que todo lo que pudiera imaginarme jamás. Viajaba entre la convicción de la existencia de lo externo y la confianza de mi propia identidad con el todo. En ocasiones, una nueva y distinta forma de experimentarme se presentaba. Desaparecían las preguntas, se terminaban las dudas y las contradicciones y penetraba en un espacio en el cual no existía interrogación alguna. Ningún propósito, ninguna meta, solamente aquello que se reía del esfuerzo inútil por colocar la vivencia en una u otra categoría. La victoria, sin embargo, nunca duraba mucho.

Huele a tierra mojada.

Me gusta la vida cuando es real. Considero como mensaje toda frase que alguien pronuncia en total inconciencia de intenciones. Viví en una cabaña localizada en una montaña

tan alta que no se necesitaba refrigeración alguna para mantener fresco un jitomate después de dejarlo pasar semanas a la intemperie. En esa montaña el inconsciente era "mamado" y todo a floraba igual que en las tardes de cualquier pueblo mexicano con los niños y sus mejillas recargadas sobre las bardas de sus casas. Uno camina por las calles y allí están con sus caritas sonrosadas de tantos pensamientos viéndolo a uno como una fantasía surgida de sus inconscientes sin distinguirlo de entre todas sus imágenes internas... mamando el inconsciente.

Ha dejado de llover y todo lo que había querido escribir se ha diluido en su jugo y una sensación de desear una siesta queda como resultado de la inacción.

El sol se refleja en la reluciente limpieza de las callejuelas recién lavadas por la lluvia. Las piedras de río, que sirven de empedrado al pavimento, brillan en la tarde de nubes bajas y las hojas de los árboles envían verdores frescos por doquier. Mis ojos ya no habitan mi cuerpo porque acabo de recordar que ven sin mi consentimiento, están allí detrás de lo visto, viendo.

Me encontré a Lavia en este mismo pueblo. Delgada, Géminis, recorrida por corrientes eléctricas que transformadas en pensamientos no le daban tiempo para la calma, bella dentro de su envoltura veterana de experiencias, de pelo chino y ojos negros, casi siempre ella misma, inquieta, fuerte y débil con ganas de hacerse oír. Me invitó a visitar el monasterio en el cual vivía y me pareció mensaje. Accedí.

El camino me recordó un bosque extraño que creí reconocer como habitat de una vida anterior. Atravesé un pueblo repleto de chimeneas dedicadas a secar ladrillos de adobe y la sensación de recuerdo se transformó en opresiva. Había algo en el ambiente que obstruía la visión. Llegué a un túnel y me sumergí en él; en ese momento me envolvió el recuerdo del bosque. Cerré los ojos y me vi desnudo sentado frente a la entrada de una choza observando colibríes. Los veía en su vuelo preciso, inmóviles, flotando frente a una orquídea salvaje y la visión me regocijó. El recuerdo fue interrumpido por otro caminante con mochila al hombro a quien saludé y pregunté por la localización del monasterio. Me señaló una puerta negra al final de una vereda.

Algo... una membrana sutil parecía vigilar la entrada. Me vi en el intento de atravesarla y de pronto dudé. Me pareció que era la interfase entre dos mundos y que mi intención de penetrar a través de ella iba a dejar abierta una cicatriz incurable. Era la misma sensación que ante el encuentro con dos alternativas "totales". Ir hacia una u otra implica tal cambio de vida que la decisión se siente como veredicto de verdugo. Se me presentaba la posibilidad de penetrar a una condición de vida que siempre había anhelado experimentar, la vida monástica alejada de distracciones, centrada en el Ser, en una comunidad de almas hermanas, claras de su destino y congruentes con los medios para lograrlo. Por lo menos eso es lo que me imaginaba. Cicatriz o no, me decidí y penetré; la sensación opresiva me envolvió de nuevo. Recorrí con la mirada un camino de piedras que comunicaba la puerta negra con un edificio desdibujado entre árboles y maleza, buscando algún indicio que me explicara el cambio energético del "campo". No encontré una causa aparente y sin embargo la sensación continuó y se hizo casi insoportable ante la puerta de madera del edificio. Mucho después iba a entender que exactamente arriba de esa puerta habitaba una presencia que irradiaba opresión.

El edificio del monasterio me recordó un cubo hueco. Tres pisos de corredores y puertas rodeando un jardín casi perfectamente cúbico me irradiaron con una sensación extraña. Parecían no existir y sin embargo los pisos de la construcción casi se palpaban al tacto en el aire cálido del invierno morelense.

Me encontré a Lavia platicando con tres jóvenes. Una maleza seca y café rodeaba a los cuatro y el tono de voz y las actitudes corporales del grupo me fueron repulsivas. Volteé a ver el jardín y lo encontré tan descuidado como la plática y el resto del edificio. A mi derecha una construcción circular contrastaba con los ángulos rectos de las esquinas del edificio cúbico y hacía resaltar su presencia como algo fuera de lugar. La sensación de inexistencia persistió durante los minutos que esperé hasta ver terminada la conversación. Seguí a Lavia hasta un basamento en el cual vivía. Ocupaba cuatro cuartos del monasterio: uno para ella, dos para sus hijos y una cocina en el último. Nos sentamos en una banca corrida frente a una

mesa de madera. Lavia, satisfecha de su forma de vida, me habló de su comunidad espiritual y de su dirigente... Master. Obviamente, para mí este último nombre no tenía significado alguno y me provocó una duda inmediata. Me había convencido, a través de una vida de soledad y aislamiento, de la inutilidad de los maestros y de los guías. Lo de espiritual tampoco lo entendí. Si quería decir en contacto con el yo mismo estaba de acuerdo. Cualquier otro significado había dejado de tener sentido para mí. Aún más, la mención de lo espiritual como estado o simplemente la consideración de estado espiritual como deseable, apetecible o adecuado nivel de vida me resultó odioso, oscuro, intelectual y falso. Por supuesto que eso hablaba más de mí que de mi interlocutora. Me sorprendí a mí mismo mostrándole a Lavia una expresión facial que denotaba un total desagrado y ella pareció captar su significado pues volvió a insistir sobre la belleza del lugar, la congruencia de sus habitantes y, sobre todo, la guía de Master. Yo, mientras tanto, me iba sintiendo cada vez más triste. Me parecía triste la casa de Lavia, su lenguaje y su clara intención de convencerme de algo que en realidad no me interesaba. Ella parecía excitarse cada vez más. Vi que algo la presionaba para convencerme acerca de su maestro y su vida; casi palpé la hinchazón de su cuello y el palpar de sus carótidas junto con su voz apremiante y sofocada por el esfuerzo. Poco a poco, su intención de hacerme compartir sus conceptos tuvo éxito. Sus palabras me fueron penetrando, me empecé a sentir sin ideales ni vida en comparación con ella y de pronto algo cedió en mí y me introduje a su mundo.

Las golondrinas siguen cantando junto a la terraza y yo les agradezco su vida y la calma que se expande desde sus cuerpos de curvas esculpidas por el viento. Dan ganas de volar como ellas, de saborear el viento con tanta libertad como ellas, de cantar y posar suavemente el cuerpo en un cable junto a una terraza viendo cómo alguien describe mi vuelo asombrado por mi calma y canto, por mi cuerpo esculpido por el viento...

A mí me persiguen los intermediarios de Dios. Al primero lo conocí hace más de dos décadas en un kibutz israelí. A las dos de la mañana solía posesionarse de su cuerpo delgado de medium, un espíritu que hablaba a través de su boca con-

torsionada por un rictus extraño. Era inglés y su presencia me asustaba. Veinte años después, en México, conocí al Rey Cuauhtémoc a través del cuerpo de Pachita. Cuauhtémoc me enseñó a aceptar la supervivencia después de la muerte y me mostró la posibilidad de establecer un contacto con Dios a través de un intermediario. Amé a Cuauhtémoc pero pienso que es derecho de cada ser el comunicarse directamente con Dios. También conocí a Master. En el templo del monasterio tuve mi primer encuentro con él. En el centro de una estructura circular excavada en la tierra y recubierta de piedra, techada con una bóveda hemisférica, al lado de un cubo de concreto que servía de altar, en medio de flores e incienso, miróme desde una fotografía de ojos omnidireccionales. Completamente calvo y dueño de un cráneo gigantesco, su figura parecía la de un ser extraterrestre sentado ante los controles psíquicos de un platívoló circular y elíptico de roca negra labrada. Supe que en vida se había llamado Sivananda y que había vivido en Rishikesh, India. Medité en grupo, junto con los habitantes del monasterio, y durante una hora la presencia magnífica de Master me acompañó. Sentí su vibración y me imaginé que me vigilaba usando un manejo semihipnótico. No protesté porque su energía era maravillosa. Al final de la meditación todos nos tomamos de las manos y cantamos mientras uno de los miembros de la comunidad hacía girar una flama alrededor de la fotografía de Sivananda. Cuando regresé a mi casa en la ciudad de México, sentí que el monasterio morelense podría convertirse en mi futuro hogar.

Durante la meditación matutina y en el intento de ponerme en contacto conmigo mismo, sentí un camino en espirales descendentes aledaño a balcones de experiencias. El camino de mi interior me llevaba a mí mismo, sentido como contacto cada vez más claro y directo. Los balcones eran recuerdos y, en mi interior, los recuerdos y el camino de contacto con mi mismidad estaban separados formando dos mundos. Podía recorrer uno, viendo al pasar las experiencias de un pasado que comparado con la sensación de contacto, no tenía interés alguno. Seguí y sentí que las profundidades de mi psique se hallaban en el fondo de esas espirales que seguían descendiendo a medida que el camino alcanzaba una mayor pendiente.

Los recuerdos en los balcones ya casi no se percibían y, en cierto momento, la única sensación era la de un colosal e inmenso sentimiento oceánico. De pronto, volví a sentir mi cuerpo y me percaté que la meditación había terminado. Recordé a un amigo, Adrián, quien describía la meditación como la antesala o el sitio de espera antes de ver a un gran personaje. Con la esperanza de ser recibido, en ocasiones la espera se siente larga e infructuosa. En otras, la puerta interfásica se abre con premura y uno logra penetrar. Dentro, se recorren laberintos localizados en territorios extraños y si la puerta se atraviesa con frecuencia, la extrañeza se convierte en familiaridad y los laberintos en veredas conocidas de un jardín cada vez más agradable. En ocasiones, las flores y los aromas y la vegetación del jardín son tan embriagadores que el meditador se olvida de su empeño y saborea la dulzura de la experiencia, asombrado de que tales placeres puedan estar localizados en su interior, tan cercanos a sí mismo que no se requiere transporte alguno para llegar, ni boleto ni movimiento físico, sino esa espera en la antesala y la seguridad de que el jardín ha sido irrigado con una savia inacabable. Sin embargo, el éxito en la antesala depende de otro factor y, de éste, el meditador se percata sólo hasta después de muchas antesalas y otros tantos intentos por entrevistarse con el dueño del jardín. Es necesaria una vida totalmente congruente e impecable.

“¡Cuida el cuerpo de Molanda!” tres veces repetí la frase mientras la mujer se convulsionaba intensamente. Había venido a verme para confesarme que en un sueño clarividente, una presencia le había ordenado ir hacia Tepoztlán para buscar al ser barbudo, autor de mis libros. Lo había encontrado y después de regalarme una medalla esotérica grabada con multitud de símbolos cabalísticos y un tetragramaton, me había dicho que la búsqueda de la totalidad por la totalidad misma y la experiencia del manejo de esa misma unificación por el unificador, podía desembocar en la destrucción. La totalidad, me dijo muy seria, crea manifestaciones y sólo a través de éstas es dable conocerla. Lo otro es peligroso e imposible.

Sus palabras tocaron una fibra sensible en mi ser. Cada vez era más claro que el sentimiento de ser uno consigo

mismo en ausencia de cualquier otro contenido, era la única alternativa para seguir hallando significado en la vida. Quiero decir que la sensación de mismidad era la única que no había podido ser arrancada de raíz por diversos contactos con adultos aberrados o caídas. Se conservaba después de buscarla en el fondo de mí y se sentía real, magnífica e infinita en atributos. Esta última cualidad la hacía siempre nueva y fresca. La crítica del intento de vivir en ella por parte de Molanda la sentí con desconfianza. Miré las convulsiones del cuerpo de la mujer y le volví a pedir a su ser que tuviera cuidado y respeto por su envoltura, su materia, su cuerpo, su vehículo... Me respondió con un tono zigzagueante que ~~no~~ me preocupara puesto que el cuerpo ya estaba acostumbrado a tales contingencias. La apoteosis motora cesó y una voz más tranquila dijo que se sentía extraña y que me suplicaba levantarla. Dudé con un sentimiento de omnipotencia: ¿levantarla psicológicamente, místicamente, levantarle el ánimo o simplemente sentarla? Era esto último. La tomé de los hombros y la mujer adoptó una posición de meditación, se identificó y habló. Yo ya estaba acostumbrado a los trances mediumnísticos. El último había sido con Faria, una adolescente, la que después de leer mi libro de Pachita y de identificarse profundamente con ella, había caído en trance y desde allí y al preguntarle yo por su identidad me había contestado con la sabiduría de mil soles; soy, me dijo, una personalidad momentánea surgida de la fuente de mi propio inconsciente... Molanda no se identificó así, aseguró (durante todo su monólogo) que era diferente, independiente y autónoma con respecto a la Molanda normal.

¿A qué has venido a verme? le pregunté todavía asustado por las convulsiones. Éstas parecían un ataque epiléptico y no una entrada a un trance mediumnístico y me habían hecho sentir extraño y temeroso; Molanda me contestó que me había venido a decir lo que había escuchado durante las convulsiones: ¡el todo no puede conocer al todo en forma directa; el riesgo es muy grande y el resultado de tal osadía sería la desintegración! Después de eso Molanda se fue.

La encontré en el mercado una mañana, luminosa por fuera pero extrañamente obstruida por dentro. Se sentía como si la luz interior hubiera sido desviada de curso. En

realidad la había visto en dos ocasiones previas. En una obra de teatro escrita por Maquiavelo sosteniendo una Coca-Cola y en un jardín analizando los sueños de otra mujer. La visión del jardín me había confirmado que su belleza no era solamente de este mundo. Algo en su energía se irradiaba hacia las flores y el sol brillaba alrededor de su cabello rubio llenándola de dones. Sentada escuchando, parecía más una diosa que una mujer y su contacto etéreo con mi cuerpo me produjo una curiosidad excitante. Al verla detrás de mí en el mercado, volví a sentir su presencia y un flujo placentero y excitante se estableció entre nuestros cuerpos. Viví lo que tantas veces he odiado sentir: la imposibilidad de ser totalmente honesto y poder manifestar mis emociones con toda su intensidad. Solamente pude mencionar su nombre y presentarme tímidamente con el mío. Me contestó que sabía mi nombre pero no me había reconocido y que se sentía muy cansada porque no había podido dormir la noche anterior. Le dije que la luna había estado en Escorpio y me confesó ser de ese signo. Quise abrazarla por su ligereza, le dije que la luna era culpable de su cansancio, casi se me escapó la palabra deseo; vi su cuerpo y no pude creer que existiera tal belleza, recordé que no era judía y me valió madres; luego le vi los ojos y reconocí su signo en ellos, en su mirada y en su coraje de mujer liberada; me felicité por no caer en tentaciones y luego odié mi falta de espontaneidad porque lo que quería haberle dicho era que la deseaba y que seguramente había una obstrucción en la luz y que eso era, con seguridad, la razón de su cansancio. Pero no le dije nada, la dejé ir; me sentí triste y escribí esto pensando que aliviaría mi tristeza por no haberla podido atraer hacia mí, gozarla y compartir un poco nuestras vidas.

Una semana más tarde, decidí vivir en el monasterio.

El mar se puede engullir de un solo trago, de una sola mirada. Lo mismo sucede con el tañido de una campana mañanera, sobre todo cuando su sonido anuncia la primera meditación del día.

Son las 5 de la mañana. Las estrellas relucen sobre el fondo negro terciopelo del espacio. Mi cuarto da al oriente, hacia un conjunto de montañas que se van repitiendo en la distancia hasta que la última se confunde con el cielo. Vivo

en una celda monástica, pequeña y sin muebles. Un colchón delgado, en el piso, me sirve de cama y una bolsa de dormir me resguarda del frío de la noche y de la humedad de la madrugada. Me encanta la meditación de la primera interfase del día. Saboreo la entrada de la mañana y el aclaramiento del espacio con un placer sensual. Estiro los brazos, abrazo mi almohada, me despojo suavemente de la bruma del sueño y del recuerdo de otros mundos, prematuramente desdibujados de mi mente. Me siento fresco y fuerte. Enciendo la luz eléctrica y me resguardo con mi poncho de lana. Busco la pequeña bolsa que contiene mis cristales de cuarzo y me la cuelgo del cuello. Inmediatamente siento un mayor grado de vigilancia. En el baño comunal me enjuago la boca y me refresco la nuca. Camino hacia el templo saboreando el aroma dulce del jardín de legumbres y de la hortaliza repleta de hojas gigantes. Distingo los betabeles y huelo las cebollas. Encuentro desierto el templo y me alegro mucho. Recorro con la mirada las paredes curvas de roca volcánica y decido sentarme junto a un sillón de concreto construido detrás del altar de los cristales. Extiendo mi pequeña y rectangular alfombra, coloco mi cojín en su posición, abro mi bolsita y extrayendo mi cristal lo sostengo entre las entrelazadas palmas de mis manos. Comienzo practicando Zen; con los ojos abiertos me dejo libre para fluir. Sin embargo, evito la dispersión. Tres años de meditación trascendental me han enseñado a no repetir el error de darle total libertad a mi mente. Maharishi se puede dar el lujo, yo no.

Oigo la puerta del templo, volteo y reconozco a Nurayan. Viene envuelto en una cobija y cubierto con el poncho azteca que le regalé hace un tiempo. Siento su presencia y algo en él me atemoriza sutilmente. Intento olvidarme pero es demasiado tarde. Algún problema reciente y no elaborado se ha infiltrado en mi cuerpo. Me digo que es un pequeño precio comparado con la posibilidad de meditar en el templo. Acepto la desdicha y comienzo la batalla. Respiro suavemente y repito una mantra con cada inhalación y exhalación. Sé que debo "levantar" al intruso, llevarlo hasta el mismo nivel en el cual me encuentro y después expulsarlo de mi cuerpo con un estornudo. A los quince minutos lo logro. Cierro los ojos y me concentro en la punta de mi cristal.

Inhalo su fuerza con mi tercer ojo y la dejo reposar en el interior de mi cuerpo. La elevo aún más y la exhalo sobre la punta del cuarzo. Construyo así un circuito que poco a poco se expande hasta que me olvido de mi cuerpo, del cristal y de la respiración, y me fundo en la experiencia de mismidad.

Al terminar la meditación, Nurayan y yo hacemos yoga y después cada uno cumple con sus obligaciones dentro de la comunidad monástica. Yo preparo la comida y él cuida el jardín de legumbres. En las tardes nos reunimos a conversar acerca de la India y sus ideales. Recibimos mensajes de Master que llegan a través de una medium cuya voz adquiere sonoridades hindúes. Vivo en un monasterio, comparto las experiencias de una comunidad de yoguis, anhele ir a India, pero yo, en realidad no pertenezco a ningún mundo, estoy aquí de visita y mi capacidad de experimentar como lo hago ha sido aprendida e imitada pero no es mía, yo sólo soy capaz de ser.

Este Ser desde el cual se siente y en el cual desembocan todos los sentires no es conglomerado de vivencias, conjunción de vidas o complejo de experiencias. Es lo que resta de ellas, lo que aparece cuando el sentir se ha desembarazado de su coraza de datos, lo que fue origen y se mantiene como centro, lo que en esencia no cambia.

Primero es necesario efectuar una limpieza. Se coloca uno en la posición de Observador permitiendo que los pensamientos aparezcan. Antes del pensamiento éste no tiene cualidad; antes del dolor no existe dolor. El ver el pensamiento no solamente es observar su cualidad como producto final de un procesamiento sino vislumbrar su origen en el lugar en el cual sus antecedentes no son pensamientos. En ocasiones es necesario aceptar el dolor sumergiéndose en su realidad, buceando dentro de su negra profundidad hasta que todo se convierte en dolor y esta totalidad deja de vislumbrarse en contraste con la ausencia de dolor; puesto que deja de ocurrir la comparación, el dolor desaparece confundido en sí mismo con el todo idéntico a sí. Ésta, o cualquier otra técnica de limpieza, sirve para acercar la experiencia a su origen y de esta forma abandonar cultura, estereotipo, apoyo moral o condicionamiento social. Poco a poco la experiencia pierde localizaciones sobresalientes, y cada vez

más un espejo reluciente de superficie plana sin alteraciones aparece. Mahamudra le llaman los tibetanos. No existen ya puntos focales de atención puesto que en la disolución del dejarse ir es el silencio el que toma las riendas.

Así, se comienza a abandonar el reino de la primera atención, poblado de objetos concretos, cuerpos individuales, espacio y tiempo. El ser oscila al atravesar la primera línea paralela (para recordar aquí a Carlos Castaneda) y en perplejidad se sitúa en el desierto desolado que forma la interfase entre la primera y la segunda atención.

Si se posee la suficiente fuerza e impecabilidad, la voluntad guía. Esta última se experimenta como una fuerza autónoma e independiente que parece poseer vida propia. La voluntad determina la dirección y moviliza al Observador hacia la búsqueda del encuentro consigo mismo. Si el poder de la voluntad es mayor que el de las oscilaciones interfásicas del espacio entre las dos líneas paralelas, se atraviesa la segunda y se penetra en la mismidad. En este reino de la segunda atención, el emperador es el Ser y su castillo no tiene localización espacio-temporal alguna. Existe, eso sí, total significado y sentido. Por ello, quien viene a visitar al Yo debe atravesar su patio, tan lleno de él que quien respira allí inhala su aliento, penetra en su cuerpo y se vuelve uno con aquello que no tiene motivo.

Sin embargo, la mismidad de la segunda atención no es personal y menos aún restringida al ego. Más bien, es la mismidad que todos compartimos y que todos exploramos cuando llegamos a conectarnos con nosotros mismos.

No basta, empero, ese contacto. Es necesario que a la experiencia de mismidad la acompañe la conciencia de su verdadero significado y éste no es otro más que el de un contacto con el Ser trascendente y supraindividual. Precisamente por ello, cuando se penetra en la segunda atención, todo coincide y la sincronicidad es la realidad. El mundo como entidad concreta desaparece para transformarse en conciencia y de ella en Ser.

En ocasiones, la voluntad no es suficiente y si no se puede reunir la luz o ésta se encuentra envuelta en bruma u opacada por acuerdos, estructuras o historia personal, el Ser no se alcanza y el observador, en su conciencia, queda

varado en el desierto desolado entre dos mundos y allí oscila empujado por corrientes autónomas de miedo y angustia. No se pertenece ni a uno ni a otro mundo y la insuficiencia aterroriza, el dolor paraliza y nada puede hacer recordar y conectar al Observador con su verdadera naturaleza. Cuando, en cambio, se logra penetrar en la experiencia del Ser, se comprende que en ella la conciencia de unidad se hace idéntica a la experiencia de mismidad. En realidad, en cualquier experiencia está la totalidad porque quien experimenta es el todo focalizado en cada uno de nosotros. La experiencia del Ser es la actualización de tal estado y en ella se comprende que no existen ni fronteras ni espacios de separación entre seres. De esta forma, a medida que se avanza en el propio desarrollo, se experimenta y se es sensible a lo que existe como frontera y base de la conciencia de todos. Los grandes contemplativos de todas las épocas han sido expertos en detectar los niveles más sutiles y por tanto comunes y compartidos de la conciencia. Ellos sentían en forma directa el contacto de su experiencia con niveles de conciencia comunitarios, arquetípicos y universales y su labor era la de abrir las "puertas del cielo" para permitir la entrada de la divinidad a la conciencia humana. En otras palabras, pertenecían a una élite consciente de que su experiencia íntima era el umbral o la frontera de la conciencia humana, la fuente de la cual ésta se nutre. Su labor, por lo tanto, era impulsar la línea fronteriza, más allá de sus límites, para extender el campo de la experiencia humana hacia territorios inexplorados y vírgenes. Su responsabilidad era mayúscula; ésta era guiada por un sentimiento intenso de inquietud y temor. Este temor aparecía en forma de una sensación de angustia, miedo e incomodidad, siempre que el místico abandonaba su contacto consigo mismo en el nivel del Ser y se colocaba en algún punto intermedio entre su mismidad silenciosa y el mundo temporal de los objetos y los seres vistos desde una perspectiva concreta. La angustia despertada por tales alejamientos con respecto al Ser obligaban al místico a buscar el camino correcto, es decir, aquél que trajera como consecuencia la tranquilidad y la paz del encuentro consigo mismo.

Existen seres humanos que jamás han escuchado la voz del Ser, para quienes el alejamiento con respecto a su con-

tacto consigo mismo es experimentado como eventualidad de la naturaleza humana. Para el contemplativo, en cambio, el mismo alejamiento provoca un estado de malestar y angustia supremos. La única solución para no penetrar en tales infiernos emocionales es el encuentro y el establecimiento constante en el Ser.

El contacto con el Ser se realiza en la conciencia que se localiza en el reino de la *no-mente*. Es solamente cuando se trasciende la mente lineal y se penetra a lo que se encuentra por detrás, y más allá de la mente lógica, que es dable conocer y vivir las respuestas. La mente sólo sabe preguntar, el Ser es el que responde.

Las montañas lejanas se confunden con el cielo y sus siluetas espinadas de árboles aparecen por capas cada vez más oscuras hasta que la más cercana se manifiesta con tales detalles que mis ojos no se apartan de ella. Un campesino caminando sobre la tierra húmeda guía a unas vacas mientras que un rebaño de corderos es cuidado por un mastín. Las nubes viajan casi rozando unos plantíos virginales de oro puro y cargados de bendiciones para el futuro.

Me siento fresco y unido al paisaje, me asombro que tanta llanura pueda ser vista a través de la estrecha ventana de mi celda. Un colchón en el piso espera mi cuerpo, mientras las paredes cargadas de ropa enmarcan el cuarto estrecho que se ha convertido en mi refugio y hogar, en el único lugar del monasterio en el cual puedo mantener una intimidad aislada. Una de las paredes tiene un hueco rectangular que comunica con un cuarto adyacente que siempre está dispuesto para recibir a mi hija cuando visita el monasterio.

Son las nueve de la noche, me dispongo a descansar. Extiendo mi bolsa de dormir, me desnudo y penetro a su frialdad sintiéndome acogido por una tela suave y limpia. Observo, a través de la ventana, unas estrellas que brillan en el silencio y recuerdo mi vida en Tepoztlán cuando acostumbraba dormir a la intemperie observándolas.

Me duermo y sueño con un parque en la ciudad de México. Su apariencia es normal excepto por unas palmeras fuera de lugar y un entorno extraño. Algo en mí se asombra y de pronto me doy cuenta que estoy soñando. Soy consciente de que sueño y, simultáneamente, de que el sueño conti-

núa sin interrupciones. Dentro de mi sueño me asombro y decido probar mi poder. Extiendo los brazos al cielo y me ordeno volar hacia la India. Me levanto del suelo, empiezo a flotar sobre el parque. Poco a poco adquiero velocidad y dirección. Pronto soy una flecha que se aleja a una velocidad creciente, todo a mi derredor comienza a desdibujarse y de una visión que era clara sólo subsiste un tono grisáceo, y mi sueño lúcido se desintegra en el olvido de la inconciencia.

J.G.Z., 1984

28 de enero

Parto hacia la India, verdadero "parto".

El último deseo de México fue no dejarme ir. La conciencia del país se focalizó en una agente de emigración que encontró un error en mi cartilla. No he pasado a segunda reserva aunque mi edad ya lo amerita. Me dijo que la ausencia del trámite era impedimento de partida y yo me impresioné.

Las últimas semanas las he pasado venciendo mi miedo, fluctuando entre ir y quedarme y esta señal a punto de salir del país hubiese bastado para hacerme quedar si no fuese por todas las pruebas que he logrado vencer.

Una pareja en el mostrador discute mientras yo escribo esto. Ella, de labios carmesís, nariz respingada y ojos enormes, me captó interesado en su persona. ¡México está repleto de psíquicos que detectan cambios emocionales!

En la mañana, mientras empacaba mis cosas, recordé al pueblo de Nepopualco y su templo espiritual. Los campesinos se reúnen allí para curar y practicar el encuentro con "seres desencarnados", los que guían las curaciones y ofrecen mensajes magníficos. No quise quedarme en México, en parte, porque consideré que el método de Nepopualco hace aceptar la existencia de entidades externas al propio Ser. Confieso, sin embargo, que esta opinión surge de un centro plagado de incógnitas y prejuicios. Quizás, los campesinos de Nepopualco, al igual que Pachita y Don Lucio, saben remontarse a las profundidades de la conciencia y allí se ponen en contacto con lo que los cabalistas llaman "ecos universales"...

¡Mi estado emocional acaba de cambiar! Me asusta la mentalidad norteamericana tan abundante en esta sala de espera del aeropuerto internacional de la ciudad de México. Los últimos días, súbitamente, me asalta una sensación de temor que no me deja salida alguna excepto el observarla. Esto me lo enseñó Goenka, un maestro budista, en un retiro de meditación en California. Según Goenka, todo es cambio y proceso; nada es permanente y uno puede observar, con ecuanimidad, cualquier sensación aunque ésta se viva diluyendo al Ser y a la conciencia personal dentro de un mar de aguas temiblemente embravecidas.

Por supuesto que la consideración de los norteamericanos como culpables de mi cambio emocional es la misma crítica que injustamente hago a los campesinos de Nepøpualco: ¡la dependencia de lo externo! Este viaje me transformará, he sufrido demasiado para que no me suceda un cambio positivo.

Estoy ya en el avión, sabiendo que de las dos alternativas a las que me enfrenté (irme a la India o tratar de rehacer mi vida en México), el haber escogido la primera va a hacerme sentir la soledad más profunda. Escogí un camino muy difícil, lleno de espinas y pruebas y todo por haber crecido rodeado de muertes. Me siento cansado de estar saltando obstáculos; a todo lugar me llevo a mí mismo y cada vez me es más difícil vivir en el presente. El avión está repleto de turistas italianos que regresan de Acapulco, morenos, alegres y despreocupados. Al ver mis botas y mi gorra de estambre, la sobrecargo me preguntó si yo era alpinista. Le contesté que uno de los lugares que visitaría en India serían los Himalayas. Me habló de su mamá, adepta de Rajneesh y me dijo haber visto una fotografía del Babaji de Hairakhan. Sentí que lo que me decía era una señal, que no debía preocuparme; las direcciones y metas me serán dadas y esta sensación de pérdida terminará cuando me vuelva a encontrar a mí mismo. Para esto, debo ser muy cauteloso, sobre todo con quienes viven sin respeto ni conciencia del Ser.

Me senté junto a un americano de edad avanzada. Estaba enojadísimo porque yo estaba ocupando parte de su espacio. Lo sentí muy maltrecho, después la sobrecargo me dijo que los "gringos" están echados a perder.

Lo que más me gustaría es encontrar a un maestro en los

Himalayas y quedarme a meditar con él. No tengo entusiasmo por conocer el entorno ni asistir a cursos organizados y rígidos. ¡Dios mío!, este avión no se mueve de su lugar de estacionamiento, y ya estoy desesperado por irme. Extraño a Estusha, me doy cuenta que la mayor parte de mi vida ha estado llena de tristeza. Aprendí a amar esa tristeza, pero ahora he conocido otras formas de ser. Lo que aquella me hace sentir es mucho dolor. A Estusha la amo totalmente. Es un amor que no tiene ni fronteras ni límites, es puro e inocente. En Estusha manifiesto lo que no logro manifestar con nadie más, lo que más me duele es no poder estar cerca de ella. Me estoy empezando a asustar, estoy poniéndome mal, sintiendo una soledad muy grande. Nada me satisface y todo mi mal es interno; ¡mentira que el exterior tenga la culpa! Es como estar vacío, sentir la muerte, no poder comunicarme con nadie. Antes yo me era suficiente y me bastaba. Ahora siento que estoy a punto de sufrir un colapso. He intentado meditar con la técnica Vipassana que me enseñó Goenka y solamente logro comunicarme con mi dolor. Ya quisiera estar en India. Siento que me desplomaré si no llego rápido. Se me acaba de ocurrir que podría cambiar mi vuelo en Nueva York y viajar a Jerusalem en lugar de ir a India. Iría a un kibutz hasídico a trabajar la tierra y hablar con Dios, visitaría mi familia... En parte me gusta mucho la posibilidad pero en otra me asusta. Lo siento como una cobardía. Una amiga vino a verme en la mañana. Me trajo una carta para que se la entregara a Sai Baba. ¡Dios mío!, ¿qué me sucede, por qué tanta soledad? Veo a mi alrededor a toda esa gente que parece tan feliz y mi dolor aumenta todavía más. En verdad estoy muy confuso pero tengo que soportarlo. Mi hermano, su esposa y mi padre me llevaron al aeropuerto. Mi padre me habló de mi vida como si fuese una porquería. Me sentí muy mal, no sé si lo que ahora me sucede se relaciona con ese juicio. La sobrecarga se está poniendo insoportable, parecería querer algo conmigo, eso me preocupa y disgusta. Su presencia y aspecto indican dispersión y juego y yo me siento dentro de una coraza que debo mantener. Por lo menos tengo este diario para escribir. Estusha leyó su primer libro y se prepara para leer el diario de Ana Frank. La adoro a mi hijita preciosa, la adoro con toda mi capacidad de amar y en verdad me

gustaría amar así a todo el mundo. No sé si Goenka está en el Ser, no sé a dónde me va a llevar su técnica. Probablemente a ser más real, a poder sentir compasión y amor aunque duela. Le doy gracias al cielo por poder escribir. Ya no me interesa lo que digo ni cómo lo digo, solamente sale lo que siento y debo desbordarme, sacar de adentro todo mi dolor para poder renacer.

* Estoy, ya, en el aeropuerto de Nueva York. Me siento mejor y mi temor ha disminuido. Por teléfono le hablé a Lizette para despedirme. Me estimuló para seguir mi viaje y me aseguró que Estusha estará perfectamente cuidada.

✕ Después de mucho probar, encuentro que la meditación Zen es extraordinaria. Conecta con el Ser en pureza e inocencia. En el avión que me trajo a esta ciudad medité mientras se proyectaba una película.

Por los altavoces se anuncia la salida de mi vuelo hacia Londres. Me dirijo hacia un jumbo 747 que me hará volar a través del Atlántico, me asombro de la tecnología contemporánea. El poder que se requiere para levantar este aparato supera todo lo imaginable. Si en meditación es tan difícil levitar, la "levitación" tecnológica de este monstruo se da gracias a los antiguos dinosaurios. Su levitación psíquica requeriría de una mente colosalmente poderosa.

✕ Ayer, el maestro Guevara se sorprendió al oírme decir que el camino era el desapego. Yo, dijo con su voz siempre cauta, opino lo contrario. Es necesario saber cómo apegarse.

✕ Observación extraordinaria y lógica proviniendo de un Capricornio evolucionadísimo.

Me preparo para atravesar el Atlántico y cada vez más me percato de la seriedad de este viaje. Despegamos de Nueva York y tengo la sensación de que estoy repitiendo una travesía que otros buscadores han emprendido a lo largo de los tiempos.

Me gusta la seriedad de la Tierra. Es magnífica en su poder y capacidad de sostenimiento. Me encanta la responsabilidad de la vida cuando se vive con integridad. Desde allí el poder protege y cuida, la soledad y el miedo desaparecen. Siento que la integridad es la única alternativa porque estimula la congruencia y esta última la coherencia. Aún desde un punto de vista fisiológico lo anterior es cierto. El Ser se

experimenta cuando el cerebro se unifica y ambos hemisferios trabajan en elevada coherencia. En este estado, se nulifica la dicotomía entre ser individual y ser colectivo, la morfología del campo neuronal embona con la del campo cuántico haciendo que el absoluto se acerque a la persona como una novia a su amado en el día de sus bodas. Es como el Cantar de los Cantares, en donde se describen las nupcias del espíritu de Dios con el alma del hombre. ¡Me siento renacido! No sé si es porque el avión se acerca a Europa y la altura sobre el Atlántico mimetiza el contacto con lo que no tiene forma alejándose de cualquier objeto concreto. Abajo, una superficie inmensa de líquido cefalorraquídeo, plasma nutriente, suero fisiológico y arriba las estrellas de un cielo sin tacha, sin todavía haber sido mancillado por un holocausto nuclear. Todavía se puede vivir en el planeta, gozar de la hospitalidad inglesa a bordo de un inmenso aeroplano de la British Airways mientras se escucha a Mendelssohn y se admira uno de la seriedad británica tan elocuente y silenciosa, tan digna y alegre, tan propia y centrada. Pueblo admirable en verdad, antiguos dueños del país más noble y espiritual: la India.

Me siento acompañado de mí mismo y las cogniciones comienzan a florecer, de nuevo, en mi interior. Recuerdo una de ellas que me llenó de alegría. Cerca de Nueva York, el mar apareció como una masa gigantesca en un estado de relativa calma. Su superficie se veía rizada por diminutas excrescencias que lanzaban brillos intensos reflejando un sol de atardecer. Los patrones diminutos aparecían, a su vez, formando patrones de patrones, estos últimos se integraban en una especie de matriz gracias a la cual entendí que el acomodo de esa superficie acuosa no era azaroso. Todavía más, me pareció ver en el fenómeno un modelo de lo que acontece en el cerebro. Patrones de patrones de patrones... En ese momento volví a experimentar la magnificencia del Ser y a darme cuenta, nuevamente, del milagro del experimentar y del sentir. Es un verdadero portento que se nos pasa de largo; que olvidamos por ser un acontecimiento tan cotidiano y automático.

Estoy en un restaurant del aeropuerto de Londres. Siento el lugar fresco y agradable. ¿Será porque estoy a punto de iniciar algo que ya no tiene retorno y el espíritu que me guía

se ha percatado que lo he adoptado como único mentor? O simplemente porque aquí se reúnen gentes cuyas emociones han purificado el ambiente y han llenado el lugar de una atmósfera de excitación placentera, indefinible y subjetiva pero presente con una realidad intensa. Claro que he estado trabajando intensamente conmigo mismo y además he perdido la noción del tiempo. Para mí es de noche pero para Londres es una mañana dominguera. Quizás, las gentes de este aeropuerto viven, como yo en este instante, en la atemporalidad y por lo tanto han trascendido una de las dimensiones que estructuran y limitan a nuestra humana condición. ¿Por ello siento tan libre y fluido el ambiente? Las mesas están rodeadas de plantas que se descuelgan de un techo elevado y las paredes están pintadas de colores agradables y vivos. Una niña hindú, de la edad de Estusha, vestida como princesa, me llamó la atención. Sé que Estusha la hubiera admirado y que inmediatamente me hubiera pedido comprarle un vestido de seda igual que el de la niña.

He estado trabajando intensamente con Vipassana y de nuevo noto resultados notables. La técnica consiste en sentir todas y cada una de las sensaciones corporales recorriendo la superficie del cuerpo y después su interior hasta lograr que la atención fluya sin obstáculos, bloqueos o desviaciones, manteniendo una observación ecuaníme y concentrada. La idea es que la mente está en contacto directo con el cuerpo y las memorias se encuentran grabadas en la estructura corporal. La observación fluida se logra después de limpiar obstáculos siendo éstos la manifestación de memorias dolorosas, traumáticas y conflictivas o la representación de eventos asociados con placeres mundanos y apegos sensoriales y emocionales. Si uno logra observar con ecuanimidad todas las sensaciones corporales sin importar su grado de dolor o placer, se libera del pasado, logra vivir en un presente lleno de fluidez y hermosura. Yo había decidido experimentar la técnica con el objeto de comprobar o desechar sus suposiciones teóricas. Una de las principales razones para ir a India es precisamente seguir trabajando con la técnica al lado de Goenka. De hecho, mi primer objetivo es un curso de Vipassana que se va a realizar en Jaipur.

Recuerdo que antes de salir de México conocí una clari-

vidente que prometió ayudarme a través del espíritu de su bisabuelo y me recomendó permanecer varios meses al lado de Goenka.

¡De pronto me sentí mareado y en contacto con una energía dispersa y dolorosa! Un señor sentado en la mesa a mis espaldas comenzó a toser, mi sensación es la de un contacto energético y psíquico con una entidad poderosa. Debe ser algo relacionado con el bisabuelo.

Siguen las toses y yo siento que estoy a punto de sumergirme, de nuevo, en lo desconocido y en el temor. La presencia se siente pesada y produce una sensación de confusión y náuseas. ¿Para qué la recordé cuando estaba tan delicioso el contacto conmigo mismo? Otra vez se introdujo a mi cuerpo una entidad y eso es algo que odio profundamente. Ahora tengo sueño y quisiera dormirme. Sigo con malestar después de diez minutos. Recuerdo que Pachita acostumbraba ordenar a las entidades que se introducían en los cuerpos de sus enfermos a ocuparlos por completo si esa era la decisión de Dios o a dejarlos libres por completo si no era ése el mandato divino. Sus órdenes siempre eran cumplidas. Imito a Pachita sin resultado. Obviamente, lo que me está sucediendo está relacionado con áreas de mí mismo que no he resuelto o simplemente así es como funcionan las interacciones con seres desencarnados. Sea lo que fuera, es verdaderamente molesto. Por esto que me sucede, no accedí a trabajar con el grupo de Nepopualco. De hecho, un día me invitaron a ser iniciado formalmente en su tradición y yo acepté. Llegué al templo del pueblo y vi tres figuras vestidas de blanco que meditaban sentadas en sendas sillas al lado de un altar. Después de dar un mensaje, un hombre delgado y moreno pidió por nuevos adeptos y a mí me hicieron pasar para presentarme ante él. Sentí la energía más poderosa que he experimentado y casi caí de bruces ante aquel ser que en ese momento ocupaba el cuerpo del medium. Me preguntó por algún deseo que quisiera satisfacer y yo le dije que quería un contacto directo con Dios. Me dijo que así se haría y de pronto me indicó que sólo él era la puerta de acceso a Dios, y sólo a través suyo podría encontrar el camino. Obviamente, eso contradecía mi petición de ausencia de intermediarios. No me había dado cuenta que esa petición ¡a un intermediario!

era de por sí una total contradicción. No debo describir el rito de iniciación, sólo puedo decir que durante el mismo me sentí paralizado por la fuerza tan tremenda de aquel ser que ocupaba el cuerpo delgado y frágil del medium. Los campesinos hablaban de la presencia de la "esencia", y sentí que el haber traicionado mi petición era una gran ofensa para mi fe.

Han transcurrido varias horas y ahora viajo hacia Kuwait en medio de una neblina densa. No sé por qué Dios me envía hacia Kuwait, sólo sé que El es quien ha planeado todo esto. Me ha enfrentado a mis miedos y este avión rodeado de una luz blanquecina lechosa, me recuerda la agonía de mi madre en su lecho de muerte. Estoy redescubriendo que el peor enemigo del miedo es el amor. Porque en última instancia ¿a qué se le teme?, a lo desconocido, a lo que se piensa imposible de ser amado, a lo que nos recuerda un pasado doloroso. A eso se le teme y en mi caso también a otras cosas. Me transformo en la mente de los otros y cuando no logro asirme de nada, resbalo hacia un abismo de vacío.

El avión está lleno de gente de la India, Kuwait y Arabia. La presencia musulmana es extraña para mí, aunque las caras, las formas y los colores me recuerdan a México. Inclusive, he estado a punto de confundir algunas frases en hindi con el español en la ciudad de México. Esta semejanza, la luz blanquecina y el bisabuelo que llegó a "cuidarme" en el aeropuerto de Londres me tienen lleno de temor. Miedo de los pies a la cabeza, temor en el estómago, miedo de que esto no me lleve hacia alguna parte y de pronto me asalta la esperanza de que este viaje valdrá la pena con el solo hecho de lograr vencer mi miedo y volver a conectarme conmigo mismo.

Vencer el miedo con amor, el mismo que nos dimos Huria y yo una noche en la que juntos revivimos nuestras vidas pasadas en un palacio flotante, todo él de mármol blanco en donde yo era un mahara y ella una doncella tántrica. Palacio de fuentes brotantes en salas de cristal de leche. Brillantes de mármol, de piso, de paredes, de techos, de cúpulas queriendo atravesar el cielo después de acariciarlo. Doncella tántrica toda ella, bellísima como ahora, con toda la femineidad a flor de piel, dándose toda como una flor de enero, fragante y fuerte, amorosa y toda compartida. Huria de mi vida, Huria de aventura, te extraño en este avión en el

cual casi todas las mujeres llevan un diamante aleteando en su nariz como el tuyo, homenaje a la tierra que está por recibirme como tú, fuerte y dolorosa pero preñada de buenas intenciones, galante y coqueta. Haria, te recuerdo con este amor que quiere vencer el miedo en este nacimiento de lo humano...

Mi sentido de identidad está ligado poderosamente con el ser judío. Como yo lo entiendo, el judaísmo es el amor a lo que no tiene forma o final, a la intangible pero siempre presente presencia de Dios. A la inspiración sin referencia concreta, sin imagen o figura, a lo que no requiere cuerpo y por lo tanto no se ajusta ni depende de alguna ley entrópica de descomposición. Esto es el judaísmo y cada vez que la mentalidad atmosférica se aproxima a tal portento, cuando el nivel de abstracción es suficiente como para detectar la inmediatez de lo absoluto, en ese momento mi temor se transforma en gozo y en amor. La mediocridad es lo que asesina, lo que acaba con la posibilidad de crecimiento; pero ella sólo es vista cuando también habita en uno mismo.

Estamos llegando a Kuwait después de atravesar la región con mayor tensión del planeta. Pienso que el miedo que sentí durante el trayecto está relacionado con esa tensión, además de mi interior alarmado por tantos cambios.

Otra vez logré establecer mi paz interna. No comprendo cómo sucede que se pierde y se reencuentra.

Paramos en Dubai, la "Perla del Golfo Pérsico". Bellísimo clima y una brisa marina fresca y rejuvenecedora. Junto a mí, un señor con turbante rojo me ha estado transmitiendo magníficas emociones a través de un medio invisible. Dubai debe ser un país multimillonario a juzgar por su aeropuerto: mármoleo y de estilo islámico contemporáneo. Repleto de luces, columnas, arcos y arabescos, luces brillantes y gente recostada en un suelo de mármol tapizado con una magnífica alfombra, o sentadas en sillones cubiertos de terciopelo brillante de tono café. Las mujeres lucen su entrecejo pintado con un punto rojo, femeninas y sinuosas al lado de hombres recios y morenos tocados con turbantes y largas capas... Otro mundo. Ojalá pudieran estar aquí Lizette y Estusha. Me dieron ganas de dejar todo mi equipaje y comprarme un traje blanco, una túnica árabe, un turbante y así visitar India. Estoy despertan-

do a la emoción de un lugar nuevo y me encanta la sensación. Las gentes discuten, gesticulan y son hiperactivas. Me dan la impresión de pertenecer a una sociedad en continuo quehacer, juguetona y desinhibida. Las mujeres son bellas, de ojos moriscos y almas gitanas.

Estamos ya sobre el territorio de la India y la sensación es muy bella, es como estar en el Ser. Si así es abajo, India es el país que he estado buscando durante años. Si es cierto que en otra vida fui mahara y en otra más monje tibetano, este viaje es como un retorno a mi origen. Con Huria me vi a mí mismo como un niño tocado con los mismos ojos de mi vecino de asiento, escondido junto a una escalinata de un monasterio y viendo pasar monjes ancianos sosteniendo velas en sus esqueléticas manos, alumbrando paredes de piedra gris tan fundamentales y viejas como ellos.

Son las tres de la mañana y falta una hora para llegar a Delhi. Mi vecino de asiento me ha ayudado mucho y yo le agradezco.

31 de enero

Mi vecino me sigue llamando la atención. Parece estar realizando un trabajo energético invisible sobre mí porque poco a poco mis preocupaciones y dudas se han ido desvaneciendo y en lugar de ellas comienza a aparecer una luz cálida y tierna llena de presagios mágicos y amor. Me dí cuenta que esto tiene que ver con la presencia de mi vecino porque cuando pienso con temor en los próximos días, él reacciona con molestia y, en cambio, cuando tengo pensamientos positivos, sonrío. Me pidió que le llenara su hoja de entrada a India. Lo hice y me di cuenta que su apellido es Singh y que sólo habla y escribe arábigo. La sensación de placer en su presencia fue aumentando hasta volverse estática. Sentí que él sabía de Babaji y con ayuda de señas le pregunté acerca de él. Me contestó que lo conocía y que vivía en Srinagar y que yo debía ir allá. Sentí vértigos. Singh había abordado el avión en Kuwait cargando una enorme radio grabadora y vestido muy elegante. Mi primera impresión de él fue negativa. Me pareció un hindú rico y echado a

perder. En Dubai bajó a comprarse un reloj de cuarzo y su interés por los objetos me hizo pensar que su desarrollo espiritual era bajo. Ahora, después de todas mis sensaciones y de su recomendación, dudaba. Algo me decía que debía ir a Srinagar, que allí encontraría un gran maestro y que a su lado podría desarrollar toda mi sensibilidad y capacidad de entendimiento psíquico. La idea empezó a tomar forma y me preparé para cambiar de dirección; no iría a Jaipur y en cambio me dirigiría a Srinagar, sin embargo dudaba.

El aeropuerto de Delhi me hizo entender la expresión de desprecio que tuvo una muchacha inglesa al decirle que me dirigía aquí. Desorganizado, sucio, ruidoso, absurdo y repleto de gente. Me encontré a Singh haciendo cola y me coloqué detrás de él. Seguía dudando de seguir su consejo. Pensaba que debían existir miles de babajis en toda India y que quizás el que Singh conocía no era el adecuado para mí. Por otro lado, me imaginé viviendo en mi tienda de campaña en algún campo nevado al lado de los Himalayas y recibiendo enseñanzas magníficas de parte de un maestro iluminado.

Después de una hora en la cola seguía dudando. Me despedí de Singh sintiéndome demasiado impropio por mis dudas y mi incapacidad de decisión. Me dirigí a la salida; debía cambiar dólares por rupias y no veía dónde hacerlo. Pregunté por un banco mientras me odiaba por haber traído tanto equipaje. Estuve dando vueltas en el aeropuerto, sudoroso, cansado y asustado sin saber a dónde dirigirme. La gente me venía a ofrecer sus servicios en una forma tan insistente y brusca que acabé enojado. Por fin encontré un banco y una oficina de Air India. Mi idea era comprar un boleto para volar hacia Srinagar.

Una cola enorme me hizo desistir de mi intento. Tomé un camión, que ruidoso atravesó Delhi a gran velocidad y me depositó en un edificio maloliente rodeado de pequeños autobuses marca Tatu. Lo que vi de Delhi me repugnó por su suciedad y su maltrecho estado. Las casas y edificios parecían viejos y las gentes vivían en las calles como si éstas fuesen las salas de sus casas. Pregunté por un camión hacia Srinagar y me dijeron que no lo había. En cambio, el de Jaipur estaba allí como esperándome. Alguien me dijo que había un tren expreso que tardaba doce horas en llegar a

Srinagar. Una niña cargando un bebé se acercó pidiendo limosna. Me impresionaron sus ojos enormes y bellísimos; me recordaron los de Estusha cuando bebé. Decidí ir a Jaipur. Subí al camión y éste empezó a andar casi en seguida. Lo sentí muy buena señal. El interior era una fiesta en esa hora de la madrugada hindú. Me encantó el espíritu de los pasajeros, libre, alegre, intenso y simultáneamente inocente.

Durante el trayecto, el que parecía inspector de la compañía de camiones se pasó discutiendo con por lo menos tres pasajeros. Les gritaba y su cara enrojecía a medida que vociferaba con fuerza. Por sus expresiones y por la magnitud de su coraje yo esperaba una tragedia. No me hubiera extrañado ser testigo de un asesinato o por lo menos de una sangrienta pelea. Sin embargo la discusión nunca pasó de ser verbalmente violenta. Afuera del camión veía pasar caravanas de camellos caminando con una calma regia y en total contraste con la algarabía del interior. En la carretera abundaban los mercaderes y los camiones ruidosísimos tocando sus claxones en medio de un paisaje terroso y semidesértico. Dos veces paramos junto a puestos de comida y todos nos bajamos a tomar té y comer galletas. Las gentes reían, gritaban y se saludaban entre sí como si estuviesen en una fiesta de familia. Yo seguía dudando de mi decisión de ir a Jaipur a pesar de que ésta parecía haber sido firme. Tres veces tuve el impulso de bajar del camión para regresar a Delhi y de allí dirigirme hacia Srinagar en avión. Pensaba que el curso de meditación de Jaipur no era para mí; yo ya conocía la técnica de Vipassana y lo que iba a vivir sería una repetición y no un desarrollo. Sin embargo, las tres ocasiones me contuve. Sentí que ir a Srinagar era una aventura demasiado riesgosa para mí. Además, tenía la obligación de atender el curso con Goenka y ver a Maura, una amiga mexicana que estaba en Jaipur esperando mi llegada. Seguí viajando encantado con la alegría de los pasajeros y contagiado por su intensidad de vida. La belleza primitiva del paisaje externo y la fuerza emocional de lo que acontecía en el interior del camión me saturaban despertándome una sensación de vigor y virilidad excitantes y deliciosas. Mi alegría terminó súbitamente al entrar en Jaipur. "The Pink City" la llamaban por el color de sus construcciones y por la fama de sus palacios construidos con la piedra rosada

que abundaba en la región. La ciudad me decepcionó aunque su movimiento era vertiginoso. Cientos de bicicletas, carritos impulsados por motores de motocicletas y camellos jalando pequeñas carretas, abundaban por doquier. Las veces que había intentado regresar a Delhi, un señor de edad madura y pelo canoso sentado detrás de mí me había detenido con sus consejos. Yo le había expresado mis dudas y mi indecisión. Ahora se me había ocurrido que podría ir a Srinagar volando desde Jaipur. Le pregunté por el aeropuerto de Jaipur confiándole mi plan y se burló abiertamente de mí. Me hizo sentir absurdo y loco.

Los hindúes parecen gustar de expresar abiertamente sus emociones o quizás descargar a través de sus discusiones lo que normalmente no se atreven a expresar. Lo digo porque las discusiones con el inspector se habían extendido hacia el resto de los pasajeros.

Una rishka de tres ruedas me llevó al centro de meditación en las afueras de Jaipur. Atravesamos parte del desierto de Rajasthan, pintoresco y lleno de cactus, ardillas y monos. El centro estaba formado por una serie de construcciones rústicas que albergaban la cocina, cuartos para visitantes, un salón de meditación y una pagoda cuyo interior estaba dividido en celdas individuales de meditación. Tres o cuatro gentes limpiaban el lugar y armaban tiendas de campaña para albergar a los estudiantes del curso. Todo era arena y sequedad y cientos de pequeños árboles y arbustos plantados en diminutos huecos regados pacientemente.

Fui a caminar por el desierto. Llegué a una zona de grandes construcciones, jardines rodeados de bardas y lo que parecían ser palacios muy antiguos. Uno de ellos estaba decorado por fuera con escenas de animales y príncipes y una placa en la que se podía leer la historia del lugar. El palacio había pertenecido a un mahara, quien se suicidó allí después de gobernar la región durante siete años. Me impresioné con la historia y seguí caminando. Llegué a una calle flanqueada por edificios sostenidos por columnas delgadas en el cual cientos de monos retozaban alegremente. Seguí caminando durante horas. Había salido del desierto y ahora veía campos de labranza. Estaba agotado cuando llegué a otro palacio rodeado de jardines frescos y sombreados.

Quería descansar y hacer yoga; al acercarme a la entrada del jardín un guardia me detuvo y me pidió media rupia para poder entrar. Busqué en mi ropa y me di cuenta que no había traído dinero conmigo. Seguí de largo y en un lote baldío junto a la carretera y al lado de una montaña rocosa medité e hice yoga.

Me acordé de Tepoztlán, de mis meditaciones en el Valle de Atongo en medio de frutales, con el Tepozteco frente a mí como testigo colosal y mudo de mis viajes internos. Sentía a India tan parecida a México que debía recordarme que estaba al otro lado del mundo y no en un pueblito de Oaxaca. La energía era prácticamente igual, lo mismo que los paisajes y la gente. Había, sin embargo, una diferencia muy importante: en India, diez millones de renunciantes (sadhus) vestían túnicas anaranjadas y vivían de la caridad y se dedicaban a meditar y a viajar. India los reconocía como seres que habían decidido abandonar el sistema para buscar la liberación espiritual. Se tenía obligación de cuidarlos y alimentarlos y formaban un mundo aparte. Por otro lado, India estaba plagada de ashrams, comunidades espirituales que acogían a viajeros y buscadores y les ofrecían un ambiente propicio para la meditación.

Después del yoga, me propuse regresar al centro Vipassana y de pronto me percaté que estaba perdido. Empecé a caminar buscando claves y señales conocidas y supe que en mi emoción por lo novedoso no había ni siquiera anotado, en mi memoria, la forma de llegar al único lugar de la India que conocía. Pensé que si hubiera ido al norte del país en busca de Babaji, sin dirección alguna y sin indicaciones precisas de su paradero, probablemente me hubiera sucedido lo mismo que me estaba aconteciendo pero en una escala tan alarmante que ni siquiera me atreví a imaginarme los detalles de esta vivencia. Obviamente, mi pensamiento demostraba mi falta de fe y mis grandes apegos e inseguridades. Recordé, en ese instante, una experiencia que viví en México varios años antes, y que no logré entender cuando sucedió, pero que ahora se empezaba a aclarar. Dos amigos y yo decidimos ir a Oaxaca a probar los hongos alucinógenos. Viajamos en un jeep descubierto atravesando la verdecida y fructífera sierra de Oaxaca mientras el viento y el paisaje majestuoso acaricia-

ba nuestros cuerpos henchidos de expectancia. En Huautla un niño llegó corriendo después de atravesar la calle y se subió al estribo del jeep. Nos dijo que su abuelita quería vernos para guiarnos en un viaje de hongos. Al llegar a la choza de la anciana, supimos que era María Sabina. Encantados nos preparamos para la noche. Mientras esperábamos, un nieto de la Sabina, borracho perdido, nos decepcionó, lo mismo que otro, sobrio pero obsesionado por nuestro dinero.

Por fin, al anochecer, María apareció en el umbral de su choza y después de restregarnos los brazos con un polvo negro, nos hizo ingerir una docena de diminutos y arrugados hongos. Llovía y un viento helado se filtraba por entre las rendijas de la choza. Treinta o cuarenta minutos después de la ingestión decidimos acostarnos. Cerré los ojos y una visión de una ciudad de calles onduladas apareció en mi mente. Busqué mi casa entre los edificios y tras un esfuerzo enorme la encontré. Mi sillón favorito me esperaba, cálido, confortable y seguro. En el instante en el que lograba sentirme seguro, María Sabina empezó a repetir una oración... San Pedro, San Pablo... que me regresó a la choza húmeda, al frío y a la incomodidad. De nuevo cerré los ojos y la misma ciudad ondulada volvió a aparecer. Busqué mi casa y cuando logré sentarme en mi sillón, María empezó... San Pedro, San Pablo. Siete veces se repitió lo mismo hasta que yo, desesperado, me salí de la choza prefiriendo la lluvia a vivir el tormento de la Sabina. Obviamente aquello fue una lección que empecé a entender años después en India. Prefería la comodidad al aprendizaje novedoso, la seguridad al crecimiento... Sin darme cuenta, India me empezaba a introducir, enfrentándome, a una realidad cruda y sin adornos, realidad que yo siempre había negado.

Después de mucho cavilar, pude recordar el apellido del mahara de la historia del palacio adornado, ¡Singh!, idéntico al nombre de familia de mi ex-vecino de asiento de avión y supuesto enviado de Babaji. Pregunté por el palacio del mahara Singh y nadie supo darme instrucciones acerca de su localización. Me asusté y caminé en dirección a un valle. A mi derecha había otro palacio con cientos de cúpulas sostenidas por columnas y decenas de monos brincando entre ellas. A mi izquierda, una montaña con una escalera zigza-

gueante terminaba en una construcción ashtrámica en las alturas. Sabía que iba por mal camino y de pronto recordé la forma de una montaña. La busqué y la vi a lo lejos. Caminé en su dirección y vi el palacio de Singh.

10. de febrero

Estoy en India, me lo repito una y otra vez. Me he enamorado muchas veces, pero nunca como cuando conocí a Joan. ¡Dios mío! sus ojos y los míos se encontraban en un abrazo psíquico que podía durar eternidades. Estoy en India y todavía no encuentro unos ojos parecidos y el problema es que no estoy dispuesto a aceptar un ápice menos que esa intensidad, entrega y amor. Probablemente Babaji, quizás Srinagar, ojalá Goenka, pero lo dudo. Sé que tengo una misión y que ella es más grande de lo que me imagino. Tiene que ver con el estado de la conciencia, con la luz que alimenta la esencia del hombre, con lo que sostiene la mente y el corazón humano. Con eso tiene que ver mi misión y alguien, alguien a quien todavía desconozco, me ayudará a darme cuenta y a trabajar en la dirección correcta. Alguien que ya me está esperando en algún lugar de la India para sumergirme en la vida con la misma intensidad con la que me sumergía en los ojos de Joan.

Son las cuatro de la mañana en el centro Vipassana del desierto de Rajasthan. Acaban de tocar la campana para la primera meditación del día. Hoy empieza el curso de Vipassana que durará diez días.

Vivo en una casa de campaña y me baño con agua helada en este desierto que es fundamento de la tierra. Me pregunto a dónde me llevará esta ansia por llegar a mis raíces. Ojalá que no sea al mismo lugar al que llevó a mahara Singh, mahara que quizás era yo mismo y que recordé en esa noche tántrica de la ciudad de México... Singh no resistió tanto desierto... ¿lo resistiré yo...?

11 de febrero

Me prohibieron escribir, no me dejaron hablar y durante diez días me senté durante doce horas diarias al lado de un ser maltrecho con una tos crónica. Casi ya no sé quién soy y qué quiero.

El primer día me asombré por la calidez del lugar y me gustó la sala de meditación. Una atmósfera plena y tranquila la llenaba. Cuando me inscribí en el curso, me asaltó la idea que ésa era mi última oportunidad para cambiar de opinión y en lugar de quedarme en Rajasthan, regresar a Delhi para tomar un avión hacia Srinagar.

Vencí la tentación y en el momento de entregar mis papeles me avisaron que otro mexicano estaba en el campo de meditación. Por supuesto, se trataba de Maura quien había venido a India hacía tres meses. Me encantó la idea de encontrarla y lo consideré una buena señal, un omen de bienvenida y una confirmación de que mi decisión de quedarme al curso había sido la correcta. Me lancé en busca de Maura, averigüé el número de su tienda de campaña y le dejé un recado. A los pocos minutos nos encontramos. Supe que nuestra energía no coincidía. Le dije que en México unos videntes me habían dado unos mensajes para ella. Éstos decían que su misión y la mía no eran las mismas. Maura se quejó de Vipassana y después me dijo que le habían avisado de una reunión de santos, los primeros días de febrero, en el norte de la India. La noticia me trastornó. Era la última pieza del rompecabezas asociado con Srinagar. Me confirmó que mis premoniciones acerca de Srinagar no provenían de un vacío falso e irreal, sino de un acontecimiento real. Sentí que debía irme inmediatamente, pero algo me detuvo.

Miré a Maura y la invité a irnos juntos a Srinagar. Me devolvió una mirada llena de interrogantes ansiosas y me dijo que valía la pena realizar otro intento y quedarnos. Accedí sintiendo de nuevo que nuestras energías no coincidían. Me acompañó a mi tienda de campaña y nos despedimos. Quedé solo y pensativo, sentí que me estaba traicionando y que debía irme, pero no lo hice.

En la noche ocurrió otro encuentro, pero esta vez con uno de los principales ayudantes de Goenka, un tal Mor, graduado de Harvard, alumno de Kissinger y director de la

Academia Internacional de Vipassana. Me invitó a hacer investigación en la Academia y accedí, aún sabiendo que jamás podría trabajar con él. Mor me ofreció dinero y financiamiento para investigación e hizo extensiva la invitación para Maura. Esta última había confesado que casi no tenía dinero y yo en lugar de ofrecerle el mío, le comuniqué la invitación de Mor. Me sentí miserable por ello.

Soñé con una reunión de sadhus en una tienda oriental a la mitad de los Himalayas. Antorchas de manteca de yac alumbraban el recinto en el cual decenas de seres barbados, magníficamente presentes en su sabiduría y espontaneidad, dueños de sí mismos, celebraban una reunión y daban gracias a Dios por estar juntos. Yo llegaba a la reunión y todos sabían que mi presencia implicaba haber logrado vencer pruebas muy difíciles. Entre el humo de las antorchas y el chispear de las voces encontraba a mi verdadero maestro.

Desperté sudoroso y desesperado pensando que había perdido la oportunidad de mi vida al no haber asistido a esa reunión.

Durante el día, hora tras hora me dediqué a recorrer mi cuerpo y a oír a Goenka, quien afirmaba que su técnica permitía un acceso directo a la mente inconsciente y una limpieza de la misma. También postulaba que no existía otra forma de lograr lo anterior. Para mí, tanta atención mantenida en una forma tan técnica y poderosa sobre el cuerpo me parecía un atentado en contra del Ser, el cual es inexistente para el budismo, puesto que esta religión niega la realidad de un Observador y únicamente acepta a lo observado en sí mismo. Esto lo discutí con Goenka en una entrevista después del noveno día. Me recibió sonriente y me invitó a sentarme en el piso frente a él; ocupaba una silla y la diferencia de niveles me cohibió. Miré sus ojos, un brillo violáceo eléctrico y una sensación de que su vista provenía de un fondo inimaginable me envolvió. Le dije que, para mí, sus ideas requerían la existencia de un Observador independiente de la individualidad pero interactuante con ella con el objeto de transformar la energía en sensaciones cualitativas. Según Goenka, las sensaciones corporales eran el resultado de la interacción de la mente con el cuerpo. Yo estaba de acuerdo con ello, pero la existencia de un transformador de la interacción en expe-

riencia era un requerimiento que no podía ser dejado a un lado. Goenka negó la necesidad del Observador. Su cuerpo regordete, su cara redonda y bondadosa se regocijaron cuando me dijo que la observación se hacía a sí misma.

El olor se huele a sí mismo y el sonido se oye a sí mismo igual que la visión. No existe un Observador separado y todo es una unidad, afirmó con seguridad en medio de risas estrepitosas.

La noche del segundo día soñé con un bebé recién nacido y de dedos gigantescos sobre un fondo en el cual el volcán Popocatepetl hacía erupción. Era el 3 de febrero, mi sueño tuvo tal realidad que desperté temblando por los movimientos de la tierra activados por la erupción volcánica. Estuve seguro que algo grandioso había sucedido en México. Sentí que yo era una especie de rey mago en camino para recibir al Mesías y que había quedado varado a la mitad del desierto de Rajasthan engañado por una serie de rufianes que deseaban concretar lo abstracto y hacer perder el espíritu en una negación de lo trascendente. Me sentí tremendamente enojado conmigo mismo y las palabras de mi vecino de avión, en camino hacia India, sonaron tronantes en mi interior: ¡ve a Srinagar! Golpée el piso de la tienda de campaña en mi desesperación y de pronto todo pareció un absurdo. ¿Y qué tal, me dije a mi mismo, si la tal reunión a la que digo no haber asistido no requería de cuerpos físicos?

Me levanté a la mañana siguiente sintiéndome mejor. Mi mente me jugaba tretas absurdas, comenzaba a ser consciente de estar viviendo una especie de locura incipiente. Sin embargo, al sentarme en el salón de meditación comenzó un dolor de espalda que no me abandonaría un solo instante durante el resto del curso. Goenka afirmaba que todo se resuelve cuando se logra mantener una observación ecuánime de los contenidos de la experiencia y sobre todo un vislumbrar neutro de las sensaciones corporales sin importar si éstas son o no placenteras. Mi dolor de espalda era un testimonio de que existen sensaciones que requieren más de diez días de observación ecuánime y constante para dejar de existir.

Extraño a México y no sé con exactitud qué es lo que extraño. Quizás es la sensación de familiaridad. Puede ser que lo que más deseo es parar de buscar, mantenerme en lo

que en ocasiones he vivido con tanto placer e integridad y que desaparece en cuanto lo pongo en duda o intento mantenerlo. ¿Cómo es que estoy practicando una técnica budista cuando creo en la existencia del Ser? Quizás la contradicción es sólo aparente o semántica. El Ser lo incluye todo; por lo tanto, tampoco en él existe un Observador separado. El Ser es la unificación total, pura, sin partes, es el Jehová judío.

Esto me recuerda que tengo pensado ir a vivir a Israel a un kibutz hasídico.

La noche del 6 de febrero soñé con una reunión hasídica en la cual estaba mi abuelo. Me dio un gusto enorme verlo allí, él que se pasó la vida en la ortodoxia más entregada y devocional. Los últimos meses de su vida ya no hablaba y cuando lo visitaba nos quedábamos, durante horas, mirándonos a los ojos. Yo sentía que esas miradas atravesaban mi alma y descubrían en ella recónditos recuerdos y patrones. La última palabra que lo oí pronunciar fue la abreviatura Besht del nombre Rabi Israel Bal Shem Tov, un visionario polaco que descubrió el éxtasis místico en uno de sus retiros en un bosque de Polonia y que después transmitió la clave para establecer una comunicación gozosa con Dios: el movimiento hasídico.

Al día siguiente empecé a recuperar la memoria. La técnica Vipassánica trae como consecuencia un afloramiento de contenidos inconscientes y yo lo constataba a cada instante. Bastaba con preguntarme a mí mismo por alguna fecha, algún amigo o familiar, para que toda una secuencia cronológicamente perfecta de imágenes del pasado apareciera ante mi mente. Las imágenes eran claras, me contestaban y pronto sentí la capacidad de escudriñar toda mi memoria con el sole procedimiento de plantear una pregunta.

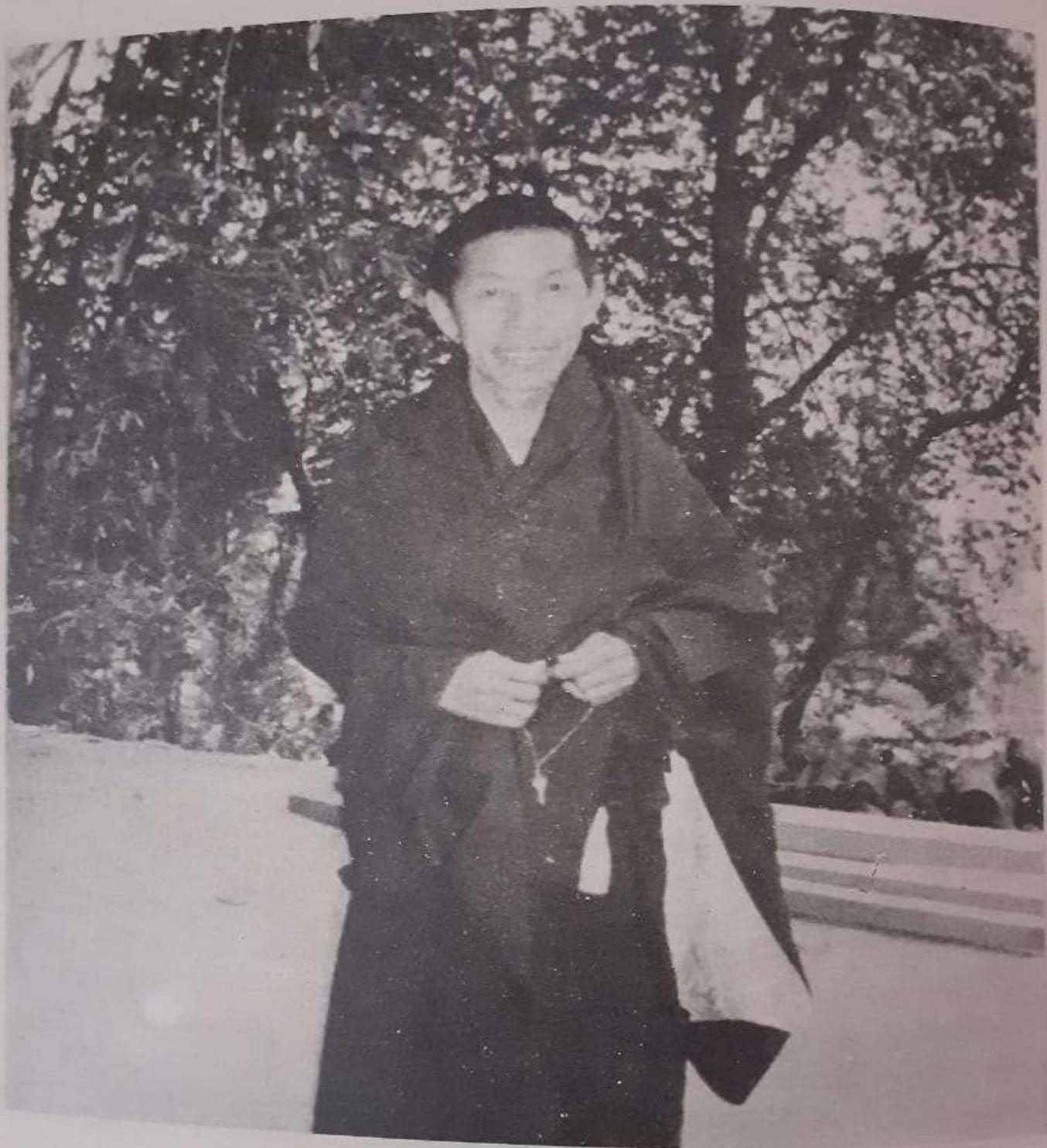
En uno de los descansos de la tarde, acostado en la tienda de campaña me di cuenta de un cambio extraordinario en mi percepción. El canto de un pájaro apareció en mi mente como proveniente de la propia mente. O el pájaro estaba adentro, o yo me había expandido de tal forma que lo que acontecía en el mundo sucedía en el interior de mí mismo como único Observador. No existía afuera y adentro. La realidad era una, sin divisiones. Sin embargo, la experiencia me encantó como si todavía y a pesar de la unificación,

existiese "alguien" con la capacidad de encantarse con la experiencia. La vivencia era, sin embargo, clara. La experiencia y el que la experimentaba formábamos una unidad indivisible, un mar en el cual una ola se transmitía de un lugar lejano a otro más cercano del mismo Observador. Los ruidos y los objetos me pertenecían como si formaran parte del propio cuerpo y no existía un ambiente externo separado de otro interno.

Recordé mi vida en Tepoztlán. Durante tres años me dediqué a escribir en un ambiente de inspiración creadora rodeado de una vegetación fresca y fértil y en contacto con artistas que, como yo, se dedicaban a explorar su propio ser, manifestado a través de la pintura, el teatro o la escritura. Sobre todo, recordé a Rita, una pintora con la cual sostenía interminables diálogos y que en una ocasión se había escandalizado cuando le mencioné la existencia de una separación entre lo interno y lo externo. Solamente ahora, en India y años después de esas pláticas empezaba a entender, viviéndola, la conciencia de Unidad.

La madrugada siguiente rompí las reglas del centro de meditación y me fui a correr por el desierto. Miles de estrellas brillaban y parecían perfumar las dunas apenas visibles, mientras un viento fresco acariciaba mi cara. Alrededor mío, pequeños templos-tumbas florecían entre la arena recordándome el pueblo cercano, una calle de arena rodeada de edificios sostenidos por columnas, con paredes repletas de dibujos y plagados de familias de monos. El mismo pueblo lo fui a visitar con Maura la mañana en que terminó el curso. Algunos monos nos siguieron con curiosidad mientras admirábamos los edificios; nos asombraba el parecido de las fritangas hindúes con las mexicanas. Limones con chile piquín, del mismo color, aroma y sabor que los niños mexicanos gustan disfrutar. Cacahuates, unas especies de charritos, chiles verdes fritos con una verdura empanizada y quién sabe cuántas cosas más cocinadas por un hindú sonriente, mientras sus compañeros alejaban a los monos y reían viendo pasar a los turistas.

Noté un profundo cambio en mis emociones. Algo había sucedido con mis tiempos de reacción y con mis umbrales emocionales. Disfrutaba de todo sin un asomo de inquietud, sin pensar en el pasado o angustiarme por el futuro. Camina-



Lama Lundrup.

mos por una carretera empedrada que ascendía zigzagueante por la ladera de una montaña hasta llegar a una cascada que lanzaba destellos de cristales. El agua de esa cascada surgía de una roca y esparcía su frescura en una alberca en parte natural y en parte construida. Se bañaban hombres morenos en el agua helada del manantial del desierto de Rajasthan. Seguimos subiendo hasta oír una campana que mostraba la entrada a un templo. Me acerqué siguiendo el rastro perfumado de un incienso delicioso, un altar con figuras de ojos asombrosamente vivos me recibió rodeándome de una vibración maravillosa. Entré en éxtasis y no me podía mover de la entrada del templo, mientras un monje le explicaba a Maura la trilogía hincú de Rama, Vishnú y Krishna, yo seguía embelesado por la vibración magnífica y le pedí al cuidador del templo permiso para meditar en la entrada del mismo. Accedió y pronto me asaltó el pensamiento de que lo que experimentaba era finito. Recuerdo, en este momento, que un pensamiento similar lo comencé a tener hace unos meses cada vez que experimentaba mucho placer. Algo me decía que esa experiencia terminaría y que no debía identificarme ni siquiera con la sensación deliciosa de mi mismidad. Debo confesar que la primera vez que acepté que ya no me era posible fluir con el placer del encuentro interno, me asusté y desesperé de mí mismo.

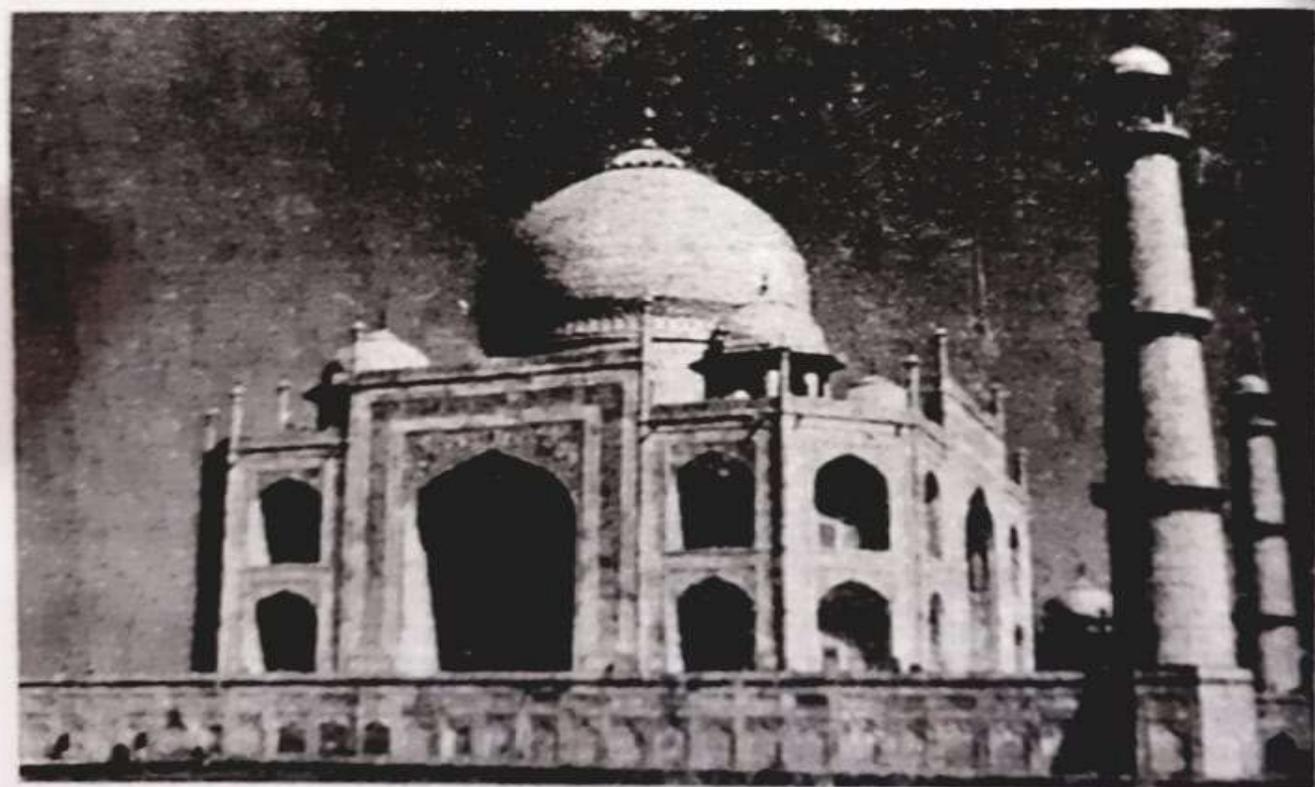
Consideré a esto como un prejuicio terrible que se había apoderado de mí y que ya no existía ni siquiera esa posibilidad de crecimiento. Precisamente ésa era la señal y el faro señalador que siempre había guiado mis pasos, he aquí que dudaba de lo que jamás pensé se pudiera dudar. ¡Qué espanto! ¡Qué falta de esperanza!, ausencia que, pensé, nada podía llenar hasta que conocí a Vipassana y supe que desde los tiempos de Buda alguien había descubierto lo mismo que yo sentía como fracaso pero sin esa consideración, al contrario, como señal de que el camino consistía en no identificarse ni con el placer ni con el dolor.

En la tarde regresamos al campo de meditación. Allí se anunció la posibilidad de asistir a un curso de meditación intensiva alrededor del discurso más famoso de Buda acerca de las técnicas para mantener la conciencia vigilante: el Maha

Satipatthana Suttam. Decidí tomar el curso porque presentí que en él averiguaría realmente el fundamento de Vipassana. Al final, me despedí de Goenka prometiéndole que volvería.

23 de febrero

Estoy en Agra, la ciudad del Taj Mahal después de otros 10 días en los que recorrí toda mi vida, desde mi nacimiento, hasta hoy. Sara, en Tepoztlán, me había advertido que gran parte de este viaje sería una revisión de mi pasado y al menos, estos días lo fueron. Mi mente fue invadida de imágenes salidas de mi reservorio de memoria y llegó un momento que bastaba que preguntara acerca de algún incidente, persona o suceso, para que la contestación apareciese a todo color, secuenciada, precisa, completa y profunda en mi conciencia. Jugué a hacer preguntas y recibir contestaciones hasta sentir que no había nada más por preguntar, aunque en realidad supe que el final del proceso se vio bloqueado ante mis impo-



El Taj Mahal en Agra

con mi padre.

El Suttam hace hincapié en la necesidad de observar todo proceso y lleva, poco a poco, de una atención restringida a la respiración hacia una apertura total a todos los componentes de la experiencia, desde pensamientos, estados mentales, sensaciones corporales, emociones y niveles de la conciencia, todos ellos observados desde lo que podría considerarse como silencio en pureza absoluta, único punto de referencia desde el cual todo el resto puede ser detectado, catalogado y considerado. Si yo puedo observar un estado de mi mente y decir que es confusión, debo necesariamente poseer un estado de mi mente que trascienda la confusión, puesto que de otra forma yo estaría incluido por "debajo" del estado confusional e imbuido dentro de sus tentaculares cambios y no "arriba", observándolo desde una posición de ausencia de confusión.

Buda hace hincapié en la observación de cada uno y de todos los estados psicológicos. Esto primero se hace en forma secuencial o seriada, y después en forma simultánea o paralela.

La necesidad de abrirse a toda la experiencia y de observar todos sus componentes simultáneamente, me pareció una maravillosa forma de incrementar el poder algorítmico del Observador. Yo ya había teorizado acerca de ello e inclusive había propuesto una terapia sintérgica en la cual el sujeto debería aprender a reconocer patrones cada vez más complejos incluyéndolos en algoritmos unificados.

Obviamente, la técnica es un acercamiento al judaísmo en el cual Jehová es visto como la Unidad total sin componentes "desarmables" o con posibilidad de desintegración.

Al final del curso sentí que no podía más. Habían sido tres semanas de trabajo casi continuo en Vipassana y mi sensación era la de encontrarme flotando en una especie de cascarón impenetrable a mi interior, pero totalmente transparente a lo externo. Me sentía incapaz de oponer cualquier barrera a la entrada de información y los últimos dos días los pasé aterrado por la invasión y sin poder conciliar el sueño. Éste, cuando nuevamente apareció, era lúcido, es decir, con conciencia vigilante. El estado de lucidez durante el sueño lo había estado deseando desde hace años y ahora que por fin aparecía, me pareció inútil. Al terminar la última sesión de

meditación de la mañana, me encontré con Maura y salimos a caminar por el desierto. A doscientos metros del centro la sensación de opresión terminó y en lugar de ella el análisis más profundo acerca de las raíces de la experiencia ocupó el lugar de lo que antes era invasión externa irremediable.

En esa caminata con Maura, cada cualidad sensorial la analizamos como perteneciendo a una categoría del campo energético, el que al llegar a su límite de organización, sufre una transformación cualitativa y se convierte en una nueva cualidad sensorial. Durante la evolución, eso había acontecido con el desarrollo de la percepción.

Primero había aparecido la sensación corporal simple, baja en frecuencia vibracional y con una expansión de campo muy limitada. Cuando el campo asociado llegó a su límite, apareció otra cualidad sensorial, la cual sufrió otro desarrollo similar y una transformación parecida.

Actualmente, nuestra visión tridimensional con todos sus colores, texturas y complejidad comienza a ser sustituida por una nueva cualidad sensorial, la de la percepción psíquica de pensamientos y contenidos mentales de otros seres, grupos y comunidades. El campo asociado con la visión está llegando a su límite máximo de complejidad y empieza a ser transformado en otra realidad.

La técnica de Vipassana, al estimular la percepción simultánea de todos los contenidos de la experiencia parecía estar acorde con el desarrollo evolutivo del incremento de complejidad y unificación tan bien explicado por Teilhard de Chardin en sus consideraciones teóricas acerca del fenómeno de la evolución de la conciencia.

El desierto del Rajasthan rodeaba estos pensamientos con sus dunas, arbustos y árboles totalmente verdes y de hojas diminutas, diseñadas por una naturaleza sabia, preocupada de conservar una humedad interna suficiente para mantener la vida del vegetal sin evaporación excesiva.

Llegamos a un pequeño pueblo y vimos gente hilando en pequeños aparatos rotatorios. Maura se emocionó y nos acercamos. Eran leprosos trabajando en su propio asilo. Me espanté del espectáculo de miembros mutilados, narices ausentes y rostros deformados, pero admiré su trabajo y deseo de vida. El asilo está enclavado en medio de templos

abovedados de techumbres blancas brillantes en sus reflejos del sol del desierto. Seguimos analizando, yo me sentía dividido por una interrogante feroz. Por un lado, la técnica de meditación parecía perfecta e idealmente construida como para estimular el desarrollo y la plenitud del Ser. Sin embargo, por el otro me producía un vacío de espanto. Era una especie de atentado en contra de un nivel de contacto conmigo mismo y, en cambio, un alejamiento de un centro repleto de tesoros de inspiración y grandioso por su ilimitada capacidad de producir éxtasis.

Vipassana parecía exigir la pérdida del yo o del ego o del centro y, en cambio, la apertura total a la experiencia del presente sin Observador separado de la misma. Era curioso que Vipassana llevara a tal estado, cuando el medio que utilizaba era contrario a la meta. En otras palabras, estimulaba la observación como medio para acabar con el Observador, reiteraba el contacto con el cuerpo y con sus experiencias sensoriales para postular un estado nirvánico en el cual finalmente el cuerpo era desintegrado con la subsecuente desaparición de toda impresión sensorial.

Empecé a extrañar a Muktananda y su énfasis en el Ser y en el contacto directo con él. Su frase: "Dios está en tí como tú mismo" me parecía apetecible después de la ausencia del Ser en el budismo o, por lo menos, en lo que mi pobre entendimiento entendía como budismo. Claro que el sidha yoga también exigía un pago y éste era la devoción hacia el Gurú cuando el Vipassana se oponía a esta devoción en teoría. En la práctica, sin embargo, Goenka era considerado un Gurú y todos mantenían hacia él una actitud devocional indudable, sobre todo sus alumnos veteranos.

Además, el centro de meditación se convertía en una especie de fortaleza de vigilantes atentos a cada paso de nosotros, los que iniciamos el estudio serio de Vipassana.

Después de todos esos pensamientos, me fui a caminar por los alrededores de Agra. Ahora estoy en camino de ver el Taj Mahal intentando comportarme como un turista, pero con tan mala suerte y tan poca aptitud que me temo no estar preparado para ver edificios independientemente de su maravilla arquitectónica y romántica historia.

Prefiero ver mentes palpitantes, vivas y ardientes y no

pedras marmóreas venerables, pero muertas. Sin embargo, mi condición sigue siendo humana y mi curiosidad también.

24 de febrero

La una de la mañana. Estoy en la estación de ferrocarril de Ketawah después de haber salido de Agra. En el Taj Mahal hice yoga y me encontré a un grupo de meditadores Vipassana que iban a ir a Nepal, a las montañas. Me uní al grupo y estoy viajando con Lila, una muchacha holandesa. La acompaño pero no me siento a gusto con ella.

Acostado en mi camastro en el tren hacia Nepal, pienso que son tres los problemas que debo resolver: mi angustia durante la toma de decisiones, mi dificultad para vivir en el presente y mi sensación de anulación total ante la autoridad. Es urgente trascender mi estado de incapacidad para tomar decisiones y parte de esa dificultad (entreveo en mi mente) es por la pérdida de contacto conmigo mismo. Debo entender si esa pérdida es favorecida o retardada por mi relación con Goenka. Ir a Nepal es una especie de huida y el retardo de un enfrentamiento necesario. Ir a Dharmasala y a Srinagar significa al menos saber si lo que imaginé en mis fantasías era o no cierto. Siento que no puedo continuar creyendo que he perdido la oportunidad única de conocer mi verdadero camino al lado de un maestro auténtico y sin tacha alguna. Cualquier camino parece estar plagado de estas dudas y mi sensación hacia mí mismo es la de una imposibilidad de aceptar la vivencia en el presente como la única y más acertada posibilidad de vida. ¿Por qué he descuidado este aspecto? Me siento un tanto inútil al plantearme esta cuestión. Simplemente me duele ser tan débil y tan incapaz de mantenerme en cualquier camino escogido no importando el tiempo.

Aproveché una parada del tren para bajarme de él después de explicar a Lila que ya no quería seguir viajando hacia Nepal. Le dije que Maura estaba esperándome en Delhi. Me sentí culpable por abandonar a Lila, pero para mi comodidad, superé mi culpa.

Tomé un tren que se dirigía a Delhi. Me subí en un vagón equivocado y al notar su movimiento de marcha contrario al

esperado me asusté. Me reconocí frágil y con un temor absurdo a lo inesperado. Sentí que todo era karma sincrónico. Había herido a Lila al dejarla sola en un vagón repleto de extraños y debía pagar el daño.

Por fin encontré al conductor del tren, lo que en India es toda una hazaña. Me ayudó y me mostró mi camarote de primera clase. Había escogido tan lujosa perspectiva de viaje para poder estar solo y meditar. Pero de nuevo mi karma me lo impidió. Un hindú con una tos desgarrante y fumador empedernido ocupó el camastro superior. Un par de mosquitos se añadieron (en su zumbido) a la tos de mi compañero de viaje y esto, junto con la culpa, la soledad y la sensación de haber perdido la oportunidad de conocer Nepal, llenaron mi conciencia de discusiones interminables siempre acompañadas de angustias y remordimientos.

Había quedado de ver a Maura a las 3 p.m. en Delhi, y el tren llegaba allí a las 3.30 p.m. Otra vez, pensé, es castigo. Durante las 23 horas más dolorosas que recuerdo haber vivido en toda la vida, mi mente se convirtió en mi peor enemigo y una sensación de muerte me envolvió cuerpo y espíritu. Intenté meditar, tocar la flauta, leer.

Lancé dos veces el I Ching y en ambas me resultó el primer hexagrama: el Creativo. Me escandalicé. ¡En un estado de desastre como el que vivía en ese momento, el Creativo no podía haber salido! Sin embargo, reconocí que en medio de mi terrible angustia y quizá alimentándola, había un poder tan gigantesco que yo me había quedado rezagado en la distancia intentando controlarlo. Era imposible hacerlo y además, inútil. Desistí después de diez horas de lucha, me recosté hacia arriba en medio de una respiración acelerada y empecé a ver cómo el compartimiento del vagón giraba a mi alrededor, mientras mi conciencia se iba sumiendo cada vez más en un sopor y una pesadez de muerte. Al final solamente parecía acompañarme una debilitada luz que me decía que todo estaba bien y que de pronto se transformó en una voz clarísima dictándome un mensaje. Me preguntaba por qué me castigaba y qué era lo que hacía que no aceptara ningún arreglo en mi beneficio. "Te hemos tratado de ayudar", me seguía diciendo "y no has hecho caso alguno de nuestros mensajes". Le pedí que se identificara sin éxito

alguno. Solamente siguió diciéndome que me daría una nueva oportunidad y que me calmara, que todo había pasado. Comprendí que Lila había sufrido y que yo sentía su sufrimiento como propio.

Llegué a la embajada de México a las 4 p.m. y me encontré a Maura platicando con la esposa del primer secretario. Me saludó y siguió platicando. Sentí que estallaba de coraje y le conté todo lo que había sufrido para llegar. Maura me contestó que ella ya no se afectaba si las cosas no resultaban tal y como las esperaba.

Comprendí que mi mente gustaba de desbordarse en fantasías y me dolió admitir la fatalidad de mis preocupaciones. Había supuesto que dejar abandonada a Maura le causaría mucho sufrimiento y aquello había sido sólo una fantasía irreal en mi mente.

26 de febrero

Maura y yo nos separamos en Delhi después de haber ido a Jaipur. Nuestras energías no coincidían y el efecto de estar juntos era el de disminuir en lugar de incrementar nuestra fuerza vital. Sin embargo, éramos grandes amigos y muy respetuosos el uno del otro.

Ahora estoy en un cuarto de hotel en Delhi, en el que casi no puedo respirar después de haber asistido a una boda típica en las calles de la ciudad.

Los niños de India son preciosos. Mientras una banda de música alegraba la ceremonia en la que el novio vestía collares de dinero y la novia enjoyada mostraba su clásica vestimenta de sedas y adornos, unas niñas de ojos gigantescos miraban la escena mientras yo me regocijaba de su inocencia. Recordé a Estusha y casi la sentí a mi lado viendo los sucesos.

Dormí deliciosamente recordando las imágenes de la boda. Al día siguiente decidí ir a Rishikesh a perfeccionar mi yoga en el ashram de Maharishi. Al llegar a la estación recordé a Babaji de Hairakhan. El grupo Sai Baba de México me había dado su dirección cerca de los Himalaya. Pregunté por su aldea, Hairakahn, y nadie pudo darme datos. Decidí esperar para preguntarlos en Rishikesh. Después de un mes de indeci-

siones me empezaba a sentir fuerte, seguro y a gusto conmigo mismo.

A la salida de Delhi se ponchó una llanta del camión. Lo sentí como una señal de precaución. Nos paramos en un pueblito para que la arreglaran, y mientras fui a tomar un té y a observar cómo unos pájaros negros y grises con ojos anaranjados se robaban los granos de cereales de los puestos instalados al lado de la carretera.

En estos puestos se preparaba un té delicioso y bocadillos de harina fritos.

Después de seis horas de viaje en dirección al norte, el paisaje y el clima empezaron a cambiar. Más fresco y boscoso, más húmedo y vivo. De pronto apareció el Ganges. Precioso en su cauce, ancho y ruidoso nos acompañó hasta que llegamos a Hardwar. Muchos ashrams bordeaban el río y la luz de sus faroles se reflejaba deliciosamente en esa agua sagrada proveniente de los Himalayas. La energía se volvía intensa por momentos. El cambio vibracional lo había detectado unos 50 kilómetros antes de llegar a Hardwar. Me recordó algunas zonas del estado de Morelos. Durante todo el trayecto lo había pasado haciendo Vipassana, y en Hardwar redoblé el esfuerzo. Tomé un taxi hacia Rishikesh y al llegar al pueblo me di cuenta que mis sensaciones habían cambiado. Se sentía un ambiente familiar, cálido e inspirado. Una sensación clara de activación en el entrecejo era predominante. Parecía que las zonas corporales reflejaban el nivel vibracional de una región y el entrecejo parecía significar una energía muy evolucionada.

27 de febrero

La meditación en Rishikesh es muy poderosa. La ciudad está repleta de ashrams dedicados al desarrollo espiritual y de monjes, maestros y santos quienes (con su energía) limpian la atmósfera y producen tal claridad en el ambiente que la interacción con él produce además de un estado de calma y paz muy profunda, un contacto con estructuras mentales muy finas.

Encontré un jardín situado en el quinto piso de un hotel

en el centro de la ciudad y allí medité rodeado de templos, sonidos de campanas y mantras. Hoy casi pude ver la interacción entre mis campos energéticos y la organización del espacio. Recordé que Goenka dice que las sensaciones corporales son un resultado del contacto de la mente con la superficie del cuerpo. Yo encuentro que es cierto siempre y cuando el cuerpo incluya los campos energéticos que se irradian a partir de la estructura orgánica materializada.

Le he preguntado a mucha gente por el paradero del Babaji de Hairakhan, el ser joven de cuerpo, pero muy viejo de edad a quien yo creí haber visto en sueños durante una reunión de santos en Srinagar a principios de febrero. Nadie me ha podido informar. Me quiero hospedar en el ashram de Sivananda con el objeto de revisar mi yoga y estar en un clima religioso. Ya había vivido en una comunidad Sivananda, en el monasterio en Cuernavaca. Había aprendido mucho en ese monasterio ocupado por maestros de yoga, quienes me enseñaron a manejar mis energías corporales a través de las posturas del hatha yoga y quería conocer el origen del grupo.

En Cuernavaca había vivido varios meses sintiendo que la energía del grupo era cada vez más tensa e incoherente. Siempre había supuesto que las sensaciones de tensión provenían de dificultades pasajeras entre los miembros del grupo y que esa sensación estaría ausente del ashram de Rishikesh.

Un carrito jalado por un caballo lento y guiado por un niño me llevó al ashram después de atravesar una ciudad encantada. El río Ganges la bañaba y el ruido del agua chocando con piedras y formando rápidos alegraba el ambiente llenando la atmósfera de "chispas acuosas". El camino se angostó, una montaña boscosa a la izquierda, el valle con Rishikesh y el Ganges a la derecha nos enmarcaban.

Llegamos al lugar y en una oficina que más bien parecía una central postal, me recibió un monje. Le expliqué que deseaba permanecer en el ashram y me dijo que el secretario estaba en el hall de meditación durante la realización de una ceremonia dirigida por swami Krishnananda, director del centro y secretario de la Divine Life Society. Fui al hall y me introduje a un aroma de incienso dentro de un salón largo y de elevado techo en el que un ser con túnica anaranjada, de avanzada edad e impresionante presencia, hablaba en un

inglés con acento hindú. Decía que la evolución ha ido modificando a los seres y haciéndolos más y más complejos, hasta llegar al hombre con su mente e intelecto. La evolución no ha terminado y deben existir, seguía diciendo, seres más evolucionados que el hombre. Estos seres suprahumanos viven y siguen desarrollándose.

El discurso terminó con un mantra y luego un conjunto de cítara, tabla y campanillas acompañó a una mujer quien, con una dulzura incomparable, cantó oraciones y mantras dejando el ambiente saturado de su femineidad madura y espiritual.

Las paredes del hall estaban tapizadas con dichos de Sivananda. Su tumba estaba al final del hall, en una especie de tabernáculo iluminado por lámparas de aceite, las que seguramente nunca habían sido apagadas. Una ceremonia de fuego se realizó en el tabernáculo. Consistió en hacer girar una copa con un combustible prendido. Después, ese fuego era compartido por todos. Un monje lo acercaba a cada uno de nosotros y con las manos lo tocábamos y acariciábamos nuestras caras con él.

Me permitieron penetrar al tabernáculo y mi sensación fue deliciosa.

Después de terminada la ceremonia, hablé con el secretario del ashram y éste me preguntó por una carta avisando mi llegada. Yo no había enviado una carta, pero sin podérselo decir, otro monje nos interrumpió diciendo que no había problema en admitirme. Todo fue tan sincronizado que diez minutos después dos muchachitos del ashram me guiaron hacia mi nueva casa situada en un edificio de arquitectura moderna. Al aproximarnos a la construcción sentí que una energía de grandes tensiones emanaba de la misma. La sensación era semejante a la del ashram en Cuernavaca. Intenté evadirme del alcance de ese campo de baja frecuencia, sin conseguirlo.

Después de una meditación infructuosa por no poder limpiar el ambiente, me dormí.

A la mañana siguiente asistí (con un retraso de treinta minutos) a la clase de hatha yoga.

Fue pésima y el maestro muy descuidado.

A partir de ese momento, una angustia in crescendo se

fue apoderando de mí hasta hacerse insoportable. Salí del ashram muy deprimido en dirección de Rishikesh. Quería olvidarme de mis sensaciones y encontrar un banco para cambiar unos cheques de viajero. En todos los bancos me dijeron que junto al hotel principal de Rishikesh me podían ayudar.

Me dirigí al lugar, en la gerencia pregunté por el banco y en un arranque de esperanza también pregunté por Babaji de Hairakahn. El empleado me vio con ojos penetrantes y me dijo que él conocía el lugar, pero que Babaji había fallecido hacía dos semanas. Algunos testigos habían dicho que envenenado y otros que suicidándose. Me quedé petrificado.

Dos semanas antes yo había terminado mi primer curso de Vipassana en India y estaba a punto de iniciar el segundo. ¿Será posible? me pregunté en ese instante ¿que la muerte de Babaji haya coincidido con la plática que sostuve con Goenka cuando me presenté por primera vez ante él? ¿o quizás los sueños que tuve durante el curso indicaban esta muerte? Me asusté y al mismo tiempo no creí la noticia. ¿Cómo sabes? interrogué con fuerza. ¡Porque apareció en el periódico! fue la respuesta enfática.

Me volví a sentir muy mal, una tristeza enorme surgió de mi interior; quise saber más. El hijo del dueño del hotel se acercó y dijo que él tenía una foto de Babaji. Me la enseñó; era la cara de un indio mexicano. Al verla me tranquilicé y pensé que seguramente Babaji seguía vivo y su muerte era únicamente una falsificación.

En la noche, Rishikesh se convirtió en un carnaval. Asistí a dos bodas con sus respectivas bandas. La segunda la encontré junto a un templo de Krishna. Una estatua primorosa, de ojos regocijantes parecía mirarme desde un altar, donde el incienso humeaba mientras unos monjes tocaban y cantaban mantras. A los pocos minutos de estar allí, sentí que swami Krishnananda del ashram de Sivananda tenía razón.

La evolución debe continuar y Krishna debe ser un ser suprahumano alimentado en su conciencia por la devoción de sus devotos. Me sorprendí de tener esos pensamientos, pero Krishna seguía viéndome y su cara parecía cambiar dependiendo de la comunicación que se establecía entre ambos. Los

monjes seguían con sus mantras mientras la banda de bodas seguía con su música.

Al día siguiente por la mañana, decidí ir a hablar con swami Krishnananda. Debía preguntarle acerca de mi relación con Goenka y Babaji.

Una carreta tirada de un caballo bravo me llevó al ashram de Sivananda. Me encontré con el mismo swami de barba negra y ojos penetrantes que había pedido se me permitiera permanecer en el ashram.

Le mencioné mi deseo de ver a Krishnananda y me acompañó a un pequeño jardín en el cual dos docenas de devotos estaban sentados junto al swami, quien descansaba en una mecedora. Su cara era bondadosa y sus anteojos sólo tenían uno de los lentes translúcidos; el otro, el izquierdo, era opaco.

El swami leía unas cartas y mi amigo le dijo que yo era de México y tenía unos problemas que consultarle. Krishnananda me vio y dijo que no deseaba oír problemas.

Los devotos lo acompañaron en su risa y yo me imaginé una escena similar pero con Muktananda como centro.

De pronto, Krishnananda volteó a verme y me preguntó qué es lo que yo quería. Sentí una relación muy directa con él. Le contesté que deseaba estar en el Ser. Pareció complacido. Volteó a ver a mi amigo y le dijo que yo sabía mucho y que incluso podía enseñarle algunas cosas. Me sentí muy honrado. Krishnananda estaba firmando unas cartas. Me volvió a preguntar ¿qué es lo que vas a hacer? Le dije que iría a Igatpuri con Goenka pero que tenía algunas dudas al respecto. Se rió y me dijo que había elegido bien, que fuera a meditar con Goenka. Lo sentí como una señal y de pronto mis dudas terminaron. Si un ser como Krishnananda me decía que había elegido bien, debía tener razón.

Mi amigo me invitó a su cuarto y a comer. Hicimos lo segundo en el comedor. Todos guardamos silencio después de cantar unas mantras, bendiciendo el alimento. En ese cuarto, mi amigo me confesó que era un maestro de yoga, religión y filosofía.

Sivananda había sido su maestro y se había leído los 300 libros escritos por él, además de las obras completas de Aurobindo, Hegel, Kant, los vedas, etc. etc. Me impresionó su sabiduría y simultánea ingenuidad. Me dijo saber tantra,

kundalini, sufismo, filosofía y hatha yoga y le pedí que me explicara lo que Krishnananda había querido decirme. Te dijo que sabías mucho y que estaba bien tu decisión de ir a visitar y a trabajar con Goenka. Yo le había preguntado a Krishnananda si el Ser se puede vivir directamente, o si se requiere (como decía Goenka) del cuerpo como intermediario. Me acordé en ese momento de un devoto de Rajneesh que me había dicho que el cuerpo como intermediario en la enseñanza de Goenka, era innecesario. Mi amigo no me contestó, como tampoco lo había hecho Krishnananda.

Le enseñé a mi amigo mi hatha yoga y estuvo complacido de la secuencia que utilicé. Me habló del maestro de música del ashram y en ese momento me dieron ganas de quedarme. Krishnananda había dicho que después de ir a estudiar con Goenka regresara con él, para contarle lo que había aprendido. Mi amigo decidió ir a bañarse al Ganges y yo lo acompañé. Me llevó a la orilla del río por una escalinata que partía del ashram. Una pequeña playa de arena blanca nos recibió. A la izquierda unas rocas en las que los pájaros se detenían a descansar y en las que la corriente helada del Ganges provocaba unas pequeñas olas se me apareció como visión deliciosa.

Me desnudé y me introduje al Ganges. No soporté su temperatura helada y regresé a meditar a la arena de la orilla. Mi amigo y otros monjes se habían internado en las aguas.

Medité deliciosamente y de nuevo me dieron muchas ganas de quedarme en Rishikesh. Vendría a meditar al Ganges, aprendería música y haría hatha yoga. Mi fantasía fue interrumpida por el recuerdo del compromiso con Goenka y la necesidad de averiguar la razón y las circunstancias del fallecimiento de Babaji. Mi amigo me había dicho que leyó que Babaji se enterró vivo durante 24 horas para hacer samadhi y que al desenterrarlo estaba muerto. Me impresioné por la descripción. Me imaginé que Babaji era capaz de salirse de su cuerpo y mantenerse vivo desde un plano inconcebible.

Decidí bañarme de nuevo en el Ganges y el agua helada activó mi cuerpo. Medité en el sol y de pronto sentí que mi yo se expandía y flotaba en el espacio. La impresión era la de ocupar todo el cielo de Rishikesh, como si limitaciones de distancia o presencia no existiesen. Rishikesh es una ciudad magnífica, pensé en ese momento.

Me sintió mal. Yo ya había notado en él un dejo de soledad. Me había dicho que deseaba ir a occidente a enseñar y también había hablado de ganar dinero para su vejez. Me habían advertido que en el ashram de Sivananda los swamis pensaban en dinero y en viajar a occidente y lo empezaba a constatar con mucha tristeza.

Me fui y en el camino visité otro ashram. Su limpieza y orden eran impresionantes. Se practicaba hatha yoga y raja yoga. Pedí informes y me dijeron que estaba lleno al tope. Medicé en su salón de meditación lleno de cuadros describiendo los diferentes chakras. Me concentré en el entrecejo y entré inmediatamente en un estado de placer y éxtasis.

Me pregunté si eso era lo que debía hacer. Goenka parecía estimular un cierto estado femenino y aquí lo que parecía activarse era una fuerza masculina. Parecióme que yo ya había trabajado suficiente con activación de chakras y que de alguna manera la concentración en una sola parte del cuerpo y no en su totalidad, como en Vipassana, era peligrosa.

Hablé con el swami encargado del ashram y me invitó a quedarme, me sentí mal por no poder decidir hacerlo. Me dirigí a mi hotel y pasé por una escuela de música. Un maestro tocaba un arpa, mientras una mujer bellísima de ojos verdes, lo escuchaba. Todo parecía invitarme a quedarme y, sin embargo, me fui. Compré un boleto para Haldwani, la aldea de Babaji y tomé el tren en su dirección.

En el camino tuve que cambiar de vagón y me fue imposible hacerlo. Perdí el tren, tuve que quedarme a dormir en la estación, solo, muriéndome de frío y miedo, y a las dos de la mañana sentí un impulso tremendo para irme. Alrededor mío todo era neblina, frío y vapor de las máquinas del ferrocarril. Me acerqué a una oficina y toqué la puerta. El personal se despertó y me informaron que en 30 minutos otro tren con dirección a Haldwani pasaría por allí. Supe que Babaji me llamaba porque en India a las dos de la mañana aquello era imposible.

El tren estaba repleto. Corrí a la máquina y me introduje en ella. El conductor se escandalizó y quiso que me bajara, pero yo sabía que una fuerza tremenda me guiaba y lo convencí. A los diez minutos llegó el otro conductor. A los trein-

ta minutos tomaba té con dos conductores simpáticos y amables dentro de su inmensa máquina.

En un pueblo tomé otro tren, subí a un vagón en el que un mecánico de una aldea cercana, conocedor del inglés, me ayudó todo el trayecto. Al final quería que me fuera con él, me pidió mi foto y su tristeza al despedirse se me contagió. Llegué al pueblo muerto de cansancio y muy triste. Encontré un camión destartado que me llevó a Haldwani. Una rishka, bicicleta de 3 ruedas, me condujo a la casa de Babaji. Allí me acogieron con gusto. Babaji, me dijeron, murió de un ataque cardíaco a las 8.30 a.m. del 15 de febrero, después de estar con tos durante tres días. Me impresioné, las fechas coincidían con mi decisión de tomar el curso de satipatthana y con mi propia tos contagiada por mi vecino de meditación. Quedamos de acuerdo que iría al día siguiente a visitar el ashram de Babaji. Descansé y al otro día en una rishka me dirigí a tomar el camión. Llegamos a una plaza llena de vendedores y peluqueros sentados en la calle trabajando con sus clientes.

Esperamos una hora y desesperado le pedí al conductor de la rishka regresar a casa de Babaji.

Media hora después todo se arregló y en un taxi me dirigí a Dam Site. Allí un guía me llevó a Hairakhan a través de un valle primoroso y una saliente del Ganges de agua cristalina. Atravesamos el río doce veces y de pronto, en la lejanía, un templo anaranjado de 9 cúpulas apareció magnífico al lado del río, en un valle rodeado de vegetación fresca y casas pintorescas.

Sentí una energía poderosísima. La misma que había detectado en la persona que me invitó, en México, a venir a Hairakhan.

Cada paso y cada piedra estaban inmersos en esa presencia magnífica. En el ashram, lo primero que me dijeron es que me quedara unos días, que la presencia poderosa de Babaji estaba en la atmósfera. Me dirigí a un templo junto al cual habían enterrado el cuerpo de Babaji. Me senté a meditar y a los pocos segundos mi sensación interna era la de estar en el centro del origen del gozo y la paz. Un placer enorme llenó mi cuerpo y recordé que Goenka decía que el placer debe ser experimentado con ecuanimidad. Traté de hacerlo pero decidí dejarme ir. En las paredes había retratos de Babaji. Unos

monjes me dijeron que una profecía predecía el momento de su muerte y que Babaji descendía de un lama tibetano muerto hacía 600 años.

La meditación seguía en el mismo nivel de gozo. Dudé por un instante si aquello era sólo una ilusión y una voz dentro de mí me dijo que si así era, que me fuera de allí. La sensación de gozo se acabó en ese instante y en su lugar apareció un vacío.

Le pedí a Babaji que regresara y así lo hizo. Decidí quedarme por unos días. A la salida del templo se lo dije al swami principal y él accedió.

10. de marzo

Todo mi equipaje lo dejé en Haldwani y llegué a Hairakhan con lo que tengo puesto: un sweater y una chamarra. Ahora probaré lo que es vivir con lo mínimo necesario. Me encantó la posibilidad. Estoy escribiendo junto al río, desnudo y en posición de loto. Siento que por fin estoy en mi verdadero hogar. Alrededor mío se perfilan los Himalayas, llenos de árboles frondosos. A mi izquierda el templo de las nueve cúpulas anaranjadas y más allá el ashram con el templo junto al cuerpo de Babaji. El sonido del río chisporrotea lleno de gozo y todo el tiempo yo estoy en contacto con mi verdadero Ser en una plenitud y unidad totales con el resto. Un swami me dijo que Babaji se mantenía siempre en contacto simultáneo con su subconsciente, su consciente y su supraconsciente lleno de gozo permanente. No lo dudo porque si lo que siento es su presencia, ella es todo gozo y unidad. Sobre todo, me recuerda mi estado interno cuando me dedico a meditar y a hacer yoga sin maestro alguno y en un contacto directo con mi Ser. Así se siente aquí, pero desde el primer momento y con una experiencia de contacto mantenida. Confieso que cuando mi guía regresó a Dam Site, tuve el impulso de seguirlo porque sentí que traicionaba a Goenka al quedarme aquí. Ahora siento que Goenka nunca me comprendió. Que lo que yo sentía y quería compartir con él era este estado y que desde "aquí" yo escribo y pienso. Goenka me consideró una especie de intelectual perdido en

una mente alejada de la experiencia. Así me hizo sentir cuando me entrevisté con él en el retiro del desierto de Rajasthan.

La energía de Babaji me guió hasta este lugar para reencontrarme de nuevo y así salir del absurdo error en el que estaba con Goenka. Vipassana es una preciosa técnica, pero es más grandioso el contacto directo con el Ser. Mi amigo el swami del ashram de Sivananda así me lo quiso hacer ver cuando me dijo que él era brahman y que como tal, recibía la luz de Dios en forma directa. La energía de este lugar se parece mucho a la de San José del Pacífico, en Oaxaca, o a la de Puerto Escondido en el mismo estado. México es divino y la similitud energética de un lugar tan poderoso como Hairakhan y Oaxaca me confirma que es en México en donde el contacto se realiza inclusive sin quererlo, sin swamis ni técnicas de meditación, sino así, simplemente en la vida diaria. Bendito México, te saludo desde aquí, el lugar más poderoso de la India, el valle de Hairakhan en los Himalayas.

Pregunté la razón de la muerte de Babaji. Todos los devotos con quienes platiqué me dijeron que había tomado para sí el karma de todo el mundo y su cuerpo no resistió más. Murió el 14 de febrero y no el 15, como me habían dicho en Haldwani.

Yo sigo sintiendo que aquí está una presencia grandiosa y bella que me está guiando hacia mí mismo.

Me senté a cenar y una pareja se sentó a mi lado. Ambos bellísimos y viejos devotos de Babaji. Nos reconocimos como judíos y a la mitad de la plática les conté acerca del mensaje que recibí en el avión al llegar a India, acerca de visitar al Babaji de Srinagar. Ella me miró con ojos brillantes y me dijo que era Laxman Jhu. El me dio su dirección en Srinagar.

Es el representante y maestro principal del shaivismo de Cachemira. Mi impresión no tuvo límites. Había venido a ver a Babaji para recibir esta noticia que consideré maravillosa. Le di gracias a Dios y a Babaji. Sentí que era un verdadero amigo y maestro y me agradecí a mí mismo el haber decidido venir a pesar de tantas pruebas y contratiempos. Empiezo a preparar mi viaje a Srinagar confiando en Dios.

Parte de la noche la pasé en el templo de Babaji. Cuando el frío fue insoportable me acosté en un dormitorio comunal acompañado de docenas de mujeres, niños y hombres devotos.

de Babaji y peregrinos de Hairakhan. Casi no pude dormir.
A la mañana siguiente fui a meditar junto al río.

4 de marzo

Sigo en Hairakahn. Estuve a punto de irme en un camión pero regresé comandado por una voz potente dentro de mí. Este lugar es muy extraño. Hay unos italianos que viven aquí, visten de negro y fuman hashish todas las tardes junto al río. El cielo se viste de anaranjado y nubes blanquecinas surgen de todas partes mientras el humo de las pipas sale de un pequeño balcón junto a una casa piramidal. Un italiano, con cara de mandarín chino y siempre sosteniendo un tridente en su mano derecha, es el líder. Dijo llamarse Kali, nombre que Babaji le dio y representa al Dios de la muerte, a la oscuridad. Estos devotos están convencidos que se aproxima una gran catástrofe y hablan de que Dios es oscuro porque absorbe todo. Yo los veo con un sentimiento de temor y desprecio. Me parece que juegan aunque al verles las caras me asustan sus expresiones. Estoy decepcionado de las enseñanzas de Babaji. Son aún más simplistas que las de Goenka y además, asociadas con manejos de poder muy sospechosos. Creo que abandonaré el lugar mañana por la mañana.

El 90 por ciento de las mujeres del ashram se han rapado el cabello de sus cabezas; parecen sacerdotisas egipcias. Las nueve cúpulas del templo de Hairakhan me siguen impresionando lo mismo que el río en el que todos se bañan dos veces al día, a las 4 a.m. y a las 6 p.m.

5 de marzo

Aunque sus enseñanzas me siguen pareciendo demasiado simples, la presencia de Babaji es la de mi propio Ser, aquel que es igual para todos y que se encuentra en el fondo de cada quien. Es indescriptible en su dulzura, amor y capacidad de renovación infinita. Es el Ein Sof, la emanación primigenia de Dios.

Babaji la encontró y de allí proviene su gran poder. Sin

jos redondos y su tridente lleno de serpientes, el representante de la muerte, acaba de anunciar que toda la noche habrá repetición de mantras en el altar del fuego, junto al río.

Mañana, 6 de marzo, se celebra la aparición de Babaji en la cueva que cuida Prem Baba, un viejo que descubrió a Babaji y lo acompañó hasta su muerte.

El monte Kailash se perfila a la izquierda de la cueva y el monte Sideshvara a la derecha. Este último es el monte de la diosa de todos los sidhis, los poderes psíquicos.

En la mañana, después de un sueño delicioso, decidí ir a una de las cabañas que se encuentran en el valle entre los arroyos para tomar chai, el té hindú dulce y delicioso.

Vi que Prem Baba y un grupo de gentes caminaban en dirección del monte Sideshvara. Algo me indicó que debía seguirlos. Era la misma voz que me había traído a Hairakhan y que me había impulsado ayer a bajar del camión que me llevaba a Haldwani para alejarme del ashram de Babaji. Corrí hasta alcanzar el grupo. Tres mujeres, una italiana adepta de Kali, una alemana de un cuerpo bellissimo, y una lituana lo formaban junto con Prem Baba y un americano. Les pregunté a dónde se dirigían y me dijeron que escalarían el monte de los poderes.

La ascensión fue toda una prueba. Estábamos en los Himalayas y después de una hora de atravesar barrancas, campos elevados de trigo plantado en terrazas horizontales arrancadas a la montaña, llegamos a unas cabañas en las que unas mujeres y unas niñas trabajaban. Le sirvieron agua a Prem Baba y luego a los demás. Baba sacó su pipa, la llenó de hashish y empezó a fumar. Todos participaban mientras yo los veía. Había decidido mantenerme haciendo Vipassana durante toda la ascensión y el fumar marihuana no me atraía en absoluto. Baba empezó a cantar y la italiana lo acompañó.

Seguimos la ascensión y otra hora pasó. Cada 15 minutos descansábamos y Baba fumaba con todos los demás. De pronto, ya muy alto, apareció una construcción rústica. Unas paredes de rocas la formaban y en uno de sus lados había un tridente enterrado. Prem Baba explicó algo en hindú que la italiana tradujo. Los cinco que habíamos acompañado a Baba habíamos sido elegidos para una ceremonia de iniciación para adquirir los sidhis.

Cada uno se quitó los zapatos y se introdujo en la construcción mientras Baba pronunciaba unos mantras y nos golpeaba en la espalda.

Seguimos la ascensión. Yo sentía una fuerza tremenda, sobre todo después de la ceremonia. La cima del Sideshvara se veía próxima. Llegamos a ella y otra construcción nos dio la bienvenida. También de rocas, pero mucho más elaborada. En su centro había un lugar para hacer fuego y unas campanas colgaban de un rodel. Lo que parecían ser espadas estaban clavadas en el interior de la construcción.

Baba prendió un fuego, incienso y luego nos repartió unas velas, dos a cada uno. Las prendimos y cada uno fue sometido a otra ceremonia que no puedo describir, pero en la que nuestro entrecejo fue cubierto de cenizas y nuestra columna vertebral fue activada.

De nuevo fumaron después de una comida de galletas, mandarinas y agua de manantial.

Decidí acompañarlos y fumé una bocanada de la hierba. Observé sus efectos y me di cuenta que su intensidad y características eran un juego de niños comparadas con el efecto de la meditación. Me dio mucho gusto comprobarlo y saber que había encontrado algo tan superior. Me compadecí de Prem Baba y la muchacha italiana. Parecían necesitar mucho de la hierba.

Empezamos a descender la montaña. Yo había fumado tan poco que los efectos desaparecieron pronto y me mantuve en Vipassana mientras corría montaña abajo por los senderos que otros caminantes habían abierto en el pasado. Me sentía soberanamente bien y lleno de vitalidad.

Llegamos a la base de la montaña en una hora y en un poblado de varias cabañas nos detuvimos. Prem Baba fue recibido como un personaje importante. Se le ofreció té y yogurt. Luego cada uno de nosotros recibimos lo mismo.

El dueño de las casas se sentó junto a Baba y también fumó marihuana de su pipa personal.

Beceros y perros junto con unos búfalos nos acompañaron mugiendo y ladrando desde sus respectivos lugares. El sol se ponía detrás de las montañas de Hairakhan y el ashram se alcanzaba a divisar en la lejanía. Me imaginé la vida de estas gentes, despreocupada y llena de ceremonias con hashish.

En una radio sonaban melodías árabes, mientras los niños del poblado nos miraban con esos ojos grandes, característicos de los niños de la India.

Después de comer atravesamos unos campos de trigo y llegamos al valle. Me sentía tranquilo y observaba mis emociones.

En el ashram me encontré con el americano. Se sentía muy mal. Comentamos lo que había sucedido y le dije que él no debía fumar marihuana. No la necesitaba y parecía hacerle daño. Agradeció el consejo y estuvo de acuerdo con él.

Caminé hacia los arroyos para meditar. Me senté en un declive de arena con las nueve cúpulas frente a mí y empecé a sentirme mal. Una mujer se había sentado cerca de mi lugar y yo la había visto de reojo. Me levanté y me di cuenta que la atmósfera olía a incienso. Busqué a la mujer pero no la encontré. Atravesé el valle y empecé a subir la escalinata que lleva al ashram. Casi llegando arriba me encontré con la misma mujer. Sentí muy extraño que estuviera allí y por un instante pensé que era una aparición psíquica.

Descarté la idea, aunque ahora, sentado en el templo escribiendo, me doy cuenta que la presencia de esa mujer fue verdaderamente extraña.

Me siento intranquilo. No sé si el haber fumado, aunque fuera una sola bocanada de hierba, me llevó a un estado de apertura innecesaria, o si la iniciación de Baba tiene como efecto inmediato provocar una sensación de fuego interno muy difícil de soportar. No lo sé, tendré que esperar a ver lo que sucederá en los próximos días.

He estado viviendo con una sola muda de ropa (la que tengo puesta) y me he percatado que es posible sobrevivir sin posesiones. Me da mucho gusto saberlo y experimentarlo.

6 de marzo

Medito junto a una alberca natural al lado de la montaña. A mi derecha está el ashram y a mi izquierda Sideshvara, la montaña de los poderes. Siento una disminución de mi fuerza de voluntad. No sé si es un efecto de lo que sucedió ayer o del poco tiempo que pude dormir en el cuarto de Yarnal, el

encargado del karma yoga, el trabajo devocional. Una cosa sí sé con seguridad y es que existen dos caminos de desarrollo: uno que lleva al amor y otro al poder. Este último no me interesa en absoluto. Vi poderes inmensos con Pachita y lo que más me gustó de esa maravillosa mujer era su capacidad de amar y no su milagroso trabajo de curación. Vi inmensos poderes en Don Lucio y pude percatarme de una espiral descendente que se apoderó de él para llevarlo al sufrimiento. Presiento que exactamente lo mismo sucedió con Babaji. Murió de un ataque cardíaco a los 32 años totalmente solo y en una condición de temor terrible. Sus adeptos dicen que fue como Cristo, absorbió el sufrimiento de todo el Universo y eso lo llevó a la muerte. Yo creo que no pudo encontrar el amor y en su lugar lo sustituyó con un manejo energético poderosísimo. Lo veo en mí mismo cuando recuerdo cómo vivía en México sintiendo áreas de sufrimiento que intentaba transformar mediante la meditación, pero que poco a poco me fueron llevando a un estado de mucha desesperación.

Paréceme también que existe una sensación directa de existencia pura. Cuando se la experimenta, se siente que uno está en contacto con uno mismo en el nivel más cercano y puro de la mismidad. Cuando no se soporta estar en otro lugar que allí y esto implica el aislarse del mundo, encerrarse en una cueva, no ver a los demás, no dar amor sino permanecer en ese contacto pero sin repartirlo, darlo o enseñarlo, se corre un grave peligro. Sé que ese contacto individual no es privado. Cuando se logra, algo sucede con la base de la conciencia, se la alimenta, se la engrandece y cuida, eso es indudable. Pero eso no basta. Sería mejor tener ese contacto en toda situación. Estar con Dios a la mitad del mercado, como diría un hasid o un sufi. Vipassana parecería ser una técnica adecuada para lograrlo siempre y cuando no se limite a un área de experiencia y se acompañe del estado de conciencia antes descrito. Sería algo así como incorporar la totalidad manteniendo una base de amor, sin rehuir contactos con el mundo ni confrontaciones con su realidad.

Hoy se celebra la aparición de Babaji en su legendaria cueva. Cueva en la que Prem Baba vive y en la que yo pude meditar experimentando un poder inmenso. Oígo las campanas y los tambores que anuncian una ceremonia y no sé si ya

irme de aquí o permanecer uno o dos días más. Toda mi ropa está en Haldwani y me temo que si me voy hoy nadie me la pueda entregar y me quedé varado entre dos imposibilidades. Por lo pronto, siento ganas de regresar con Goenka aunque el miedo de hacerlo no ha desaparecido. Le debo una explicación y un artículo para el instituto que quiere construir y para el que fui invitado a participar.

Ayer en la noche, tartamudeando, Yamal me contó cómo conoció a Babaji y la devoción que siente por él hasta llegar a considerarlo Dios todopoderoso. Me fascinó su simplicidad y su capacidad de amar a un ser humano con tal intensidad y ausencia de dudas. Ojalá yo pudiera tener ese corazón y humildad.

Le pregunté acerca de los italianos y su devoción a Kali. Yamal me dijo algo que me recordó a Pachita. Ella decía que todo ser, independientemente de su situación, nivel y color, busca a Dios. Yamal me dijo que Dios-Babaji no es mal o bien. Simplemente ama a toda su creación por igual. Los italianos sienten ese amor y aceptación y por ello son atraídos hacia Babaji.

Decidí irme de Hairakahn. Empecé a planear la forma de hacerlo mientras meditaba junto al río. A lo lejos se divisaba el Sideshwara y más cerca las 9 cúpulas anaranjadas. Tres personas caminaban desde las cúpulas hacia el ashram. Una de ellas era Svasteji, uno de los más cercanos devotos de Babaji. Se parece a Gurdjieff con un gran bigote blanco. Era psíquico y vidente. A mí me había dicho que iría al sur de la India, que regresaría a Hairakahn y que al cumplir 42 años me convertiría en un líder de mi país.

Presiento que regresaré como lo predijo Izviasteji pero más tarde, pensé al verlo acercarse.

Me estoy percatando que aquí con Babaji todo está entretelado en una red mucho más aparente que en ningún otro lugar que he conocido. Quiero decir que la sincronicidad es absoluta en Hairakhan.

Después de dudarlo, por fin me convencí que lo mejor era irme de Hairakhan. Me había encantado el lugar y le agradecía a Babaji el haberme devuelto el contacto conmigo mismo, pero no soportaba la marihuana de los italianos ni su insistencia en la muerte.

Había yo aprendido mucho y siempre recordaría mis meditaciones junto al río y el trabajo comunal que consistía en construir bordes y represas con rocas, mientras se repetía el mantra Om Namah Shivaya.

Empecé a caminar en dirección de Dam Site, respirando el aire fresco de la mañana y sintiendo el agua cristalina del río.

A la salida me acompañó un señor muy especial. Hablamos de sufismo, de Goenka, de Laxman Jhu. A todos conocía y me dijo que veía con buenos ojos mi viaje hacia el sur. Me pareció que me transmitía un mensaje. Le dije que en México me habían dicho que tendría tres maestros. El primero me enseñaría a purificar mi cuerpo y mi mente. Ahora sé que es Goenka. El segundo me enseñaría a manejar la naturaleza. Sé que Babaji es parte de esa enseñanza. La iniciación en el Sideshvara fue en ese sentido. El problema es que sin Babaji, su ashram está en un proceso tensional y de cambio muy fuerte y yo no quisiera participar como observador inocente y sin saber las influencias que me afectarían. Siento que Prem Baba me introdujo al poder. Lo sé porque ya he experimentado antes esta sensación de fuego interno y sincronidad total. Me la dio Pachita, Don Lucio y los indios de Nepopualco. Sobre todo, estos últimos quisieron introducirme al contacto con entidades espirituales y me iniciaron en ello. Recuerdo también a una curandera: Doña Jose, en Ciudad Netzahualcoyotl, que hizo lo mismo y activó esta sensación. No me gusta, por lo menos no me gusta ser invadido por ella. Me gusta observarla como la respiración o el paisaje. Incorporarla a mi conciencia, llegar a la Unidad porque éste es el camino de la Unidad, recién lo estoy entendiendo. Babaji me enseñó esto, a observarlo todo manteniéndome en un estado de inspiración y amor. Ahora creo que Sai Baba me enseñará a manejar la naturaleza tal y como está predicho. Me enseñará a incorporar la iniciación de Prem Baba.

Estoy en Dam Site esperando el camión que me llevará a Haldwani. Me bañé en el río después de comer una comida hindú deliciosa. Toda la comida en India es deliciosa y los hindúes son bellísimos, pero demasiado interesados en las cosas y en dinero. Un señor, dueño de dos molinos movidos

por la corriente del río, está junto a mí preguntándome el precio de todas y cada una de mis pertenencias y, en verdad, me es difícil estar junto a él. Tengo mucha fe que el tercer maestro sea Laxman Jhu. Siento que me llevará al Ser real de la misma forma en la que condujo a Muktananda. Había yo leído que uno de los maestros de Muktananda era precisamente Laxman Jhu.

Con Goenka siento que debo terminar mi compromiso. Por ello me apresto a ir con él pero sé que será por poco tiempo.

Un taxi me llevó a Haldwani. Un perro que en Hairakhan me seguía a todos lados persiguió el taxi durante 15 minutos y yo sentí un dolor y una tristeza muy grande. Me alejaba de un lugar muy extraño, lleno de contrastes y misterios y ese perro parecía decirme que lo reconsiderara, que no me fuera. Por fin desistió en la persecución y yo me sentí aliviado aunque seguía sintiendo ese poder inmenso lleno de fuego interno.

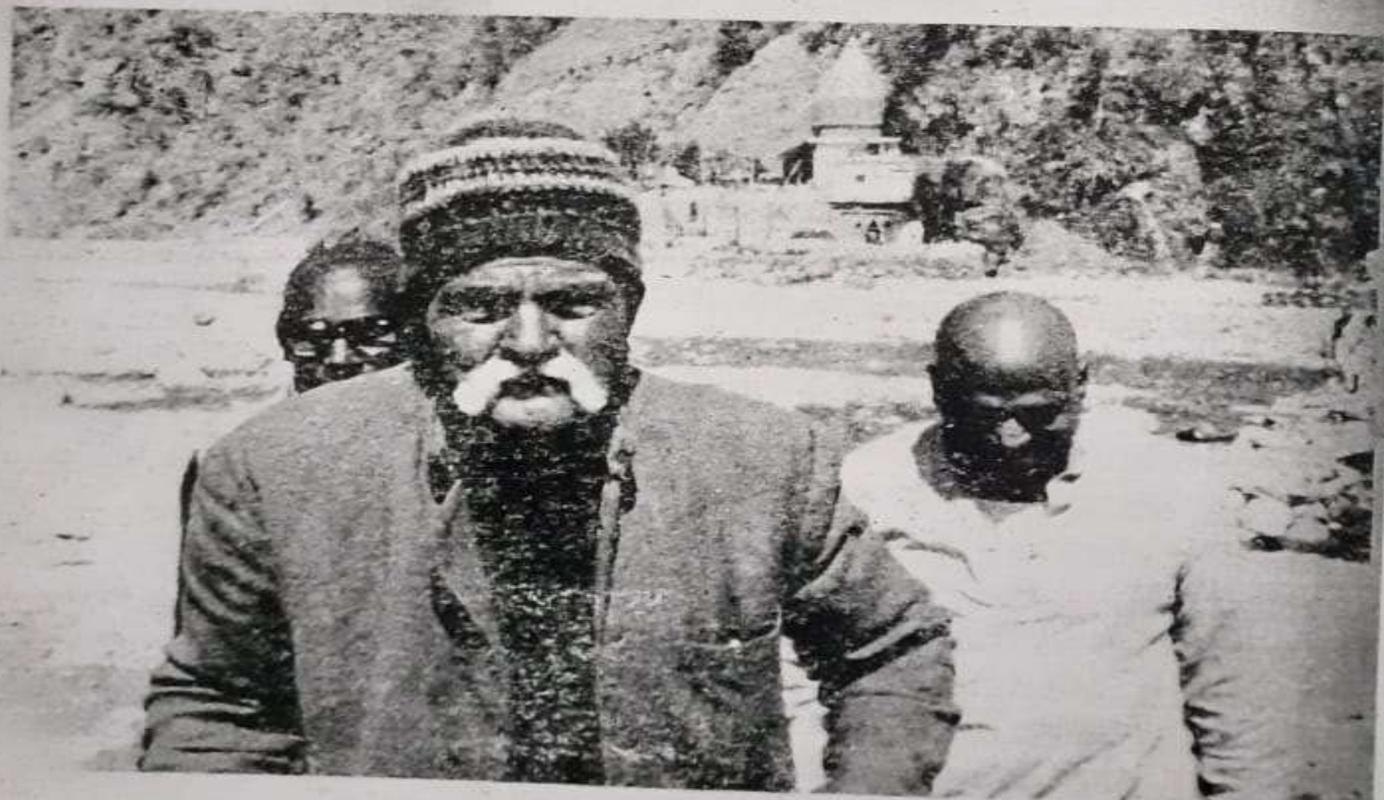
En Haldwani, la casa de huéspedes de Babaji me recibió con amor. Me bañé, lavé mi ropa y al pensar que iba a ver a Goenka sentí repulsión y miedo. Me había puesto a prueba hasta llegar al extremo del Sideshvara y algo en mí ya no quería seguir. Pensé en Rishikesh y la posibilidad de hacer raja yoga y me calmé.

Lo que aprendí en Hairakhan fue lo que me dijo Yogiji al llegar: ¡Existe el subconsciente, la conciencia y la supraconciencia, Babaji estaba en los tres niveles simultáneamente!

La sincronicidad no implica el que un ser humano sea Dios, simplemente quiere decir que su nivel de contacto con la realidad se produce en la fuente de los acontecimientos, su mente organiza el espacio en ese nivel y cualquiera que tenga relación con ese espacio sentirá que una conciencia divina guía sus pasos y hace milagros. Eso parecía hacer Babaji. La capacidad de estar en ese estado depende de la expansión del campo consciente hacia todos los niveles y cualidades; implica un simultáneo acceso a todas las realidades. Comparado con Vipassana, parecería existir una condición humana aún más satisfactoria y profunda en la que el contacto con el Ser es directo sin esfuerzo ni técnica alguna. Eso es lo que



En el camino rumbo a Hairakhan.



Suasteji y sus dos acompañantes.

Hairakhan me enseñó recordándome lo que casi había olvidado. Me lo dijo un yogui muy poderoso sentado a mi lado una tarde en el templo. Me dijo que todo dependía de la hambre que yo tuviera. Su cabeza, totalmente rapada, le daba una apariencia casi terrible. Sus facciones eran muy parecidas a las del artista principal del Apocalipsis. El contacto, siguió diciéndome, es directo. Uno mismo es la reflexión de "aquello".

Gente magnífica habita Hairakhan. Una de ellas es Brani, una mujer judía con la sabiduría de mil soles, siempre considerando a Dios como causa primera, siempre confiando en su magnificencia. Se había pasado un mes viviendo en la cueva de Babaji acompañada de Prem Baba.

Este último es un personaje de novela. Viejo, moreno, de barba totalmente blanca, nariz y labios fuertes, barbilla estampada en acero. Fumador empedernido de marihuana, acompañado de su infusión con mantras e invocaciones. Prem Baba siempre se acompañaba de una trompeta pequeña, la que hacía sonar cada vez que recordaba a su amado Babaji.

En Hairakhan conocí también a una pareja muy interesante. Él era un ex-estudiante graduado de psicofisiología, a la que había decidido dejar para irse a vivir a la India. Durante los últimos diez años había vivido en este país la mayor parte del tiempo, como un sadhu, es decir, un viajero perenne sin posesión alguna y mantenido por el pueblo de la India para quien el sadhu es un santo al que se tiene la obligación de cuidar y proteger.

Svasteji, el viejo parecido a Gurdjieff, de gran bigote blanco y facciones turcas. Autor de 62 volúmenes acerca de los vedas y Babaji. Lector de las palmas de las manos, visionario purísimo.

Yamal, mi compañero de cuarto, devoto absoluto de Babaji, ser hermoso en su inocencia de niño. Había decidido unirse a Babaji abandonando a su esposa para saber si era cierto que el joven aparecido en una cueva, 50 años después de la desaparición del viejo Babaji de Hairakhan, era realmente el santo y rejuvenecido Babaji o más bien era un agente de la CIA. (Se decía que Babaji tenía cientos de años de edad y que habían rejuvenecido su cuerpo después de

desaparecer hacía 50 años. Prem Baba había hallado al renacido Babaji en la misma cueva que ahora le servía a él de casa-habitación.)

¿De dónde podía Yamal considerar la alternativa de espía americano para el joven sadhu? No lo sé, pero así me lo confesó la noche en la que me contó la historia de su relación con Babaji.

Es de noche en la casa de huéspedes de Babaji, en Haldwani. Hice hatha yoga en la azotea admirando los campos cultivados de esta ciudad de aradores de la tierra. Ante la sensación de fuego que me invadía le pregunté al I Ching acerca de la posibilidad de ir con Goenka o de hacer raja y hatha yoga en Rishikesh. Goenka, me contestó, implica entrar a la vida pública de la que soy eximido siempre y cuando trabaje intensamente en el desarrollo de mi conciencia. Rishikesh es ese trabajo. Goenka es externo, mientras que Rishikesh es interno. Goenka es el mundo, mientras que Rishikesh es la experiencia interna. El cuidador de la casa de huéspedes, un joven extraordinariamente atento, me sugirió pasar la noche aquí, antes de decidir. Le hice caso y medité en el cuarto de los altares de Babaji.

Ahora, en mi cuarto, recuerdo todos los personajes que conocí en Hairakhan.

Salí de Haldwani a las 7 de la mañana, después de un sueño en el que reconocí el por qué de mi inquietud al tener que decidir entre ir a Igatpuri con Goenka, o a Rishikesh a hacer raja yoga. En mi sueño apareció el primer laboratorio que dirigí y que se construyó de acuerdo a mis especificaciones en la Universidad Anáhuac. Cinco años después de construido, lo abandoné para ir a estudiar a Nueva York. Goenka parecía representar una nueva oportunidad de crear un laboratorio y la posibilidad de ir a Rishikesh un viaje igual al de Nueva York. Me tranquilicé al reconocer el funcionamiento de mi inconsciente.

Una rishka me llevó a la estación de camiones. Había un taxi colectivo en dirección a Delhi. Ir a Delhi significaba viajar en dirección del ashram de Goenka. Me inquieté y decidí tomarlo. Después de todo había venido a India a trabajar con Goenka.

El taxi se negó a ofrecer sus servicios. Fui a la estación

de camiones. Uno se dirigía a Delhi a las 8 a.m., otro, unos metros atrás, a Rishikesh, también a las 8 a.m. Me impresionó la similitud. Decidí ir a Delhi y subí al camión. Arrancó y mi mente también. Todos me habían dicho no ir con Goenka, desde el I Ching hasta mi propia conciencia, y ahora traicionaba todas las señales.

A la salida de la estación el camión se detuvo y decidí bajarme y subir al otro con dirección a Rishikesh. Pregunté acerca del lugar de abordaje hacia Rishikesh y el conductor del camión me dijo que éste, en el que yo estaba y había tomado pensando que se dirigía a Delhi, era el de Rishikesh. No pude menos que reirme. India había decidido por mí y no podía negarme. Todas mis dudas se disiparon.

En el camino medité. Había descubierto que la técnica de Goenka, junto con el estado de conciencia de Babaji, producían resultados magníficos. Recorrí mi cuerpo bañándolo de la conciencia del Ser y cada vez me sentí mejor. De pronto todo mi cuerpo se convirtió en una unidad y en ese instante comprendí que la superficie de mi cuerpo era una interacción de campos. Lo que Goenka llamaba superficie del cuerpo considerándola como la mente externa, era el lugar del espacio en el que el campo neuronal y el cuántico establecían una interacción coherente. Me admiré en extremo y amé a Goenka. Decidí cambiar mi itinerario y en la siguiente parada del camión, pregunté por el cambio a Delhi. Intenté bajarme pero el conductor me detuvo.

Sentí que había iniciado un patrón. India ya me había enseñado las consecuencias de alterar un patrón recién iniciado. Decidí, pues, continuar.

En India viajar en camión de tercera, como yo me había acostumbrado a hacerlo, es toda una aventura. La gente se encima unos en los otros, gritan, los niños lloran y cada intersección con una vía de ferrocarril implica una detención de 25 a 30 minutos. Los campos están bañados por un sol clarísimo. Los pueblos tienen sus templos cupulares rodeados de flores amarillas que abundan en esta época.

Faltaban dos horas para llegar, el camión se detuvo y aproveché para escribir esto. He estado sintiendo los efectos de la iniciación de Prem Baba como una apertura a los campos de los otros. Esto ya me sucedía en México y jamás me

de camiones. Uno se dirigía a Delhi a las 8 a.m., otro, unos metros atrás, a Rishikesh, también a las 8 a.m. Me impresionó la similitud. Decidí ir a Delhi y subí al camión. Arrancó y mi mente también. Todos me habían dicho no ir con Goenka, desde el I Ching hasta mi propia conciencia, y ahora traicionaba todas las señales.

A la salida de la estación el camión se detuvo y decidí bajarme y subir al otro con dirección a Rishikesh. Pregunté acerca del lugar de abordaje hacia Rishikesh y el conductor del camión me dijo que éste, en el que yo estaba y había tomado pensando que se dirigía a Delhi, era el de Rishikesh. No pude menos que reirme. India había decidido por mí y no podía negarme. Todas mis dudas se disiparon.

En el camino medité. Había descubierto que la técnica de Goenka, junto con el estado de conciencia de Babaji, producían resultados magníficos. Recorrí mi cuerpo bañándolo de la conciencia del Ser y cada vez me sentí mejor. De pronto todo mi cuerpo se convirtió en una unidad y en ese instante comprendí que la superficie de mi cuerpo era una interacción de campos. Lo que Goenka llamaba superficie del cuerpo considerándola como la mente externa, era el lugar del espacio en el que el campo neuronal y el cuántico establecían una interacción coherente. Me admiré en extremo y amé a Goenka. Decidí cambiar mi itinerario y en la siguiente parada del camión, pregunté por el cambio a Delhi. Intenté bajarme pero el conductor me detuvo.

Sentí que había iniciado un patrón. India ya me había enseñado las consecuencias de alterar un patrón recién iniciado. Decidí, pues, continuar.

En India viajar en camión de tercera, como yo me había acostumbrado a hacerlo, es toda una aventura. La gente se encima unos en los otros, gritan, los niños lloran y cada intersección con una vía de ferrocarril implica una detención de 25 a 30 minutos. Los campos están bañados por un sol clarísimo. Los pueblos tienen sus templos cupulares rodeados de flores amarillas que abundan en esta época.

Faltaban dos horas para llegar, el camión se detuvo y aproveché para escribir esto. He estado sintiendo los efectos de la iniciación de Prem Baba como una apertura a los campos de los otros. Esto ya me sucedía en México y jamás me

gustó. Vipassana, al contrario, parecería tener un efecto de protección. El cuerpo se mantiene limpio y el recorrido que la conciencia realiza a través de su estructura lo protege de influencias externas y ajenas a su estado ideal de funcionamiento. Es de suponer que Vipassana también lleve a la experiencia del estado de los otros, pero seguramente sin dolor. Cada vez que lo pienso y veo sus resultados, Vipassana me gusta más. Algo sucedió con el motor del camión. La gente aguarda que lo compongan, pero se nota un ambiente de inquietud creciente.

Búfalos jalando carros llenos de cosechas de caña atraviesan la carretera junto con bicicletas, carros de tres ruedas y camiones. Estos últimos suenan sus claxones de continuo. Anuncian su aproximación en forma exagerada, quizás porque el hindú siempre está flotando en medio de sus sensaciones de niño inocente y sin inhibiciones.

Después del viaje en camión llegué a Rishikesh. La ciudad la sentí extraordinariamente inspirada, pero el hotel me sienta muy mal. Estoy acostumbrándome a la simpleza e inocencia del pueblo hindú y un hotel para turistas altera todos mis procesos.

Recordé, durante el viaje, una escena muy extraña de Hairakhan. A la mitad de los cantos un señor de origen suizo, de grandes bigotes, apareció vestido con un traje a rayas de todos colores y una corona plateada y dorada, y empezó a bailar. Su baile, reposado pero sinuoso, me impresionó. Pregunté y me dijeron que Babaji le había puesto tal trabajo y lo llamaba el Joker de Hairakhan. Cada miembro del ashram era un personaje totalmente individualizado. Babaji no tenía una fórmula única y estandarizada para todos. Cada quién recibía lo que le correspondía a él y a nadie más. Goenka, al contrario, es totalmente fijo y sin cambios. Su técnica es precisa, clara, estandarizada y rígida.

En México, antes de venir a India, me habían dado un mensaje. Iría, decía el oráculo, a trabajar sobre lo que el padre y la madre han echado a perder. Creo que la recuperación de mi ser en Hairakhan estuvo relacionada con el rescate de mi padre. A mi madre la rescataré cuando sienta que no existe diferencia alguna entre jugar y trabajar.

Cuando visité Rishikesh por primera vez me llamó la

atención un ashram de raja y hatha yoga construido sobre una montaña, al lado del Ganges. Lo visité y me invitaron a quedarme. Decidí hacerlo después de Hairakhan. Estoy allí recibiendo lecciones de yoga de Patanjali. El admirable sabio de la antigüedad siempre me asombró cuando lo estudié por primera vez a través de sus sutras.

Siento que este ashram es un lugar conocido. Aquí sí se habla de dimensiones superiores y se trabaja con niveles chákricos, activándolos para alcanzar la interacción con Dios, el Ser o Purusha.

Me da gusto estar aquí, pero me sigo sintiendo culpable con Goenka. En el ashram me encontré una pareja de israelíes que quieren tomar un curso de Vipassana. Me preguntaron mi opinión y no pude decirles nada. Simplemente que debían probarlo por ellos mismos.

Me hablaron de Israel, de la tensión que se siente en su atmósfera pero también de su mística y su cábala, y sentí que hablaba con gente muy cercana a mí. Prometieron darme las direcciones de los centros hasídicos y cabalísticos de Israel. Me encanta la idea de visitarlos.

La gente empieza a hablar de Goenka como de un buda y quizá lo sea, pero para mí me provoca el miedo mayor del mundo por su ausencia de Dios.

10 de marzo

Conocí a Shri 108 Brahmarsi Swami Yogeshwaranand Sarswati ji Maharaj. Me transmitió una sensación de orden, paz y contacto con el Ser muy parecida a la de Shri Shri 1008 Shri Bhagwan Herakhan Wale Baba, es decir, Babaji. Los nombres son impresionantes y el número 108 para uno y 1008 para el otro indican un parecido esotérico que soy incapaz de aclarar. El hecho de que sus energías sean tan parecidas y cercanas a lo que he experimentado como Ser, me llena de confianza y alegría. Es una confirmación de un camino y de su meta, y es una seguridad acerca de la existencia de un punto de referencia claro, profundo y muy elevado.

Vivo en Rishikesh en el ashram de Maharaji. La atmósfera es limpia y libre. A las 6 de la mañana se medita y después se

hace hatha yoga y el proceso se repite al atardecer. A mediodía voy a bañarme al Ganges y a meditar en una de sus orillas oyendo a los pájaros mientras se refrescan en el sagrado líquido. Frente a mí, en la otra orilla, multitud de ashrams con escalinatas anchas que penetran al río, reciben a los peregrinos de toda India. Se oyen cantos, mantras, campanas y toda la atmósfera de Rishikesh se enriquece con la tensión espiritual y la meditación colectiva que aquí, como quizás en ningún otro lugar del mundo, tiene tanta tradición y belleza.

Hoy visité el ashram de Sivananda y me volví a introducir a la plática matutina de swami Krishnananda. Le pregunté acerca de la meta del budismo y me contestó que aspira y lleva hacia la total liberación y la inmortalidad.

Obviamente yo me refería a Goenka. Sigo teniendo muchas dudas acerca de si reintegrarme o no a su grupo y estructura.

En la clase vespertina de yoga, un mosquito me picó en la parte derecha del cuello y en la siguiente postura me lastimé esa parte del cuerpo. Sentí que era una señal para regresar con Goenka. Las razones de la conexión son demasiado complicadas como para poder verbalizarlas. Lo digo así porque mi relación con los animales se está convirtiendo en un complicadísimo intercambio psíquico lleno de significados. Hace dos días, en una meditación, un tren de pensamiento me llevó a visualizar a un perro ladrando y un perro empezó a ladrar diez segundos después de la imagen. Puesto que tengo tantos problemas para tomar decisiones, después de la torcedura del cuello y de los piquetes de mosquito decidí consultar el péndulo psíquico y el I Ching. Ambos estuvieron de acuerdo en que ya era tiempo de regresar. Sin embargo, yo sigo dudando. El swami de este ashram dio una magnífica explicación acerca de la práctica de la meditación. Habló del estado supraconsciente y de la necesidad de purificación mental para lograrlo. La purificación se logra meditando y dejando que contenidos inconscientes afloren a la conciencia. El método es muy parecido al de Goenka, pero sin el énfasis en la necesidad de mantener una observación constante de las sensaciones corporales. En realidad se parece más al Zen. Pantajali, el autor y originador del yoga, es la autoridad legendaria de este ashram de raja yoga y Maharaj:

su figura central. Las fotografías de este último lo presentan como un personaje de un poder y autoridad notorios. En persona emana este poder, pero lo satura de afecto y humor natural y sencillo.

Me gustó mucho conocerlo, sobre todo porque fue totalmente inesperado. De tanto verlo en las fotografías yo había supuesto que ya había fallecido, y de pronto, al subir unas escaleras aledañas al hall de meditación, me lo encontré con sus discípulos hablándoles desde una cama en la que reposaba en la azotea del edificio de meditación. El viento fresco y el canto de pájaros enmarcaron ese cuadro del maestro con sus discípulos y yo simplemente me paralicé contemplando la belleza de esa escena singular, aunque repetida miles de veces a lo largo de la historia humana.

Me invitaron a sentarme y sentí que algo tomaba mis problemas, dudas e inquietudes, y me limpiaba de esas preocupaciones. No tuve duda alguna de que se trató de Maharaji y me maravillé del portento. De nuevo me recordé con la capacidad de Ser y me entristecí por haberla perdido.

Hoy visité a mi amigo el swami Burdman del ashram de Sivananda. Me lo encontré dormido en su camastro y me inspiró ternura pero al mismo tiempo lástima. Me habló de sus años con Sivananda y de las cosas que le enseñó. Mi sentimiento de lástima se acrecentó porque sentí que de alguna manera, después de tantos años de disciplina, este swami se había quedado estancado en algún punto de su desarrollo. Me dijo que los gurús muchas veces no pueden resolver un problema y envían a sus discípulos a resolverlo con otros maestros. Sentí que yo había venido al ashram de Maharaji a resolver un problema dejado por mi madre, la que al enfermar me sometió a la condición de mantenerme cuidándola durante tres años con un completo sacrificio de mis juegos infantiles y de mi capacidad de gozar la vida.

A partir de ese momento la vida se dividió en trabajo y juego, y cuando alguien me obligaba a realizar algún trabajo bajo presión, inmediatamente me rebelaba o me perdía en una angustia insoportable y trataba de buscar alguna enfermedad terrible para el causante de la presión. Mi madre tuvo cáncer en el cerebro del que fue operada, viviendo tres años en una situación insoportablemente dolorosa. Cuando viví la

experiencia de estar obligado a permanecer a su lado, nunca me imaginé que la situación sufriría una transferencia que me perseguiría incluso en India 24 años después. Goenka se había colocado en la posición de mi madre transferencial al obligarme a permanecer tres semanas meditando doce horas diarias. Por lo tanto, Goenka debía estar enfermo y yo no tenía otra alternativa más que buscar e identificar su enfermedad.

Cuando en las noches me acostaba en mi cama, después de cuidar a mi madre, creaba una fantasía acerca de su muerte en la que yo aparecía como su asesino. Era una tragedia griega con todo y anfiteatro. También ahora yo había tenido la fantasía de que Goenka moriría relevándome a mí de la necesidad de volver a su lado para hacer investigación en Vipassana. Por todo esto, yo dudaba de regresar con Goenka, pero al mismo tiempo me atraía porque significaba la posibilidad de resolver ese trauma de mi temprana adolescencia. El ashram de Maharaji era el lugar ideal, antecedente de la resolución por su trabajo reposado tan cercano al juego que hacía que la dicotomía empezase a desaparecer en un clima de satisfacción interna.

Lo extraño era que al llegar a sentir esa satisfacción, el deseo de ir con Goenka apareciese, y el péndulo y el I Ching estuviesen de acuerdo con el impulso. Ya me había sucedido antes que al encontrar una situación de felicidad o de placer acabara con ella en el mismo instante en el que la sensación empezaba a florecer. Había llegado a pensar que me estaba castigando a mí mismo, aunque también me congraciaba al notar que mi conducta revelaba un impulso de desarrollo y un deseo de no estancamiento. Recién había también entendido que el no aceptar una situación placentera como final del camino era una muestra de una disciplina de liberación y de no dependencia hacia lo sensorialmente pasajero y temporal. Me sucedía ahora algo similar. En el momento en el que este ashram empezaba a adquirir una belleza y a darme paz y tranquilidad mi deseo de abandonarlo aparecía.

Es de noche y acabo de regresar del ashram de Sivananda en donde oí la plática dominical de swami Krishnananda. Llovía mientras el anciano hablaba acerca de nuestra obligación con el Universo. Siete swamis de túnicas anaranjadas y

relucientes cabezas rapadas, estaban sentados frente a él y junto a mí otro monje parecía sufrir mucho a juzgar por las expresiones faciales que hacía. Yo notaba un ambiente oscuro a pesar de la iluminación del salón de meditación, con la estatua de Sivananda en un extremo del mismo, su tumba y las docenas de frases célebres dictadas por el autor de más de 300 libros. Había algo oscuro flotando en la atmósfera y las muecas del monje correspondían con las oscilaciones de "aquello" que sólo puede sentirse cuando se abandona lo sensorial concreto y uno se interna en el campo de las energías sutiles.

El discurso de Krishnananda no hizo más que acrecentar la sensación, mientras todo Rishikesh se estremecía por relámpagos y truenos. Después de hablar, el grupo de música hindú del ashram tocó una melodía y yo empecé a hacer Vipassana intentando aliviar la tensión. De pronto, comprendí que mi única alternativa era la libertad interna, que no podía someterme a la voluntad de nadie, llamárase Goenka o Metatron, que mi salvación era yo mismo y que no le debía nada a nadie. Inclusive, la meditación como técnica me pertenecía. Había hecho Vipassana sin saberlo durante años, pero a la inversa de Goenka. Siempre y cuando sentía un ambiente de tensión o un sentimiento doloroso, intentaba resolverlo en el plano sutil antes de que la energía invadiese mi cuerpo. Consideraba a la sensación corporal producida por un cambio energético sutil del campo cuántico, como la pérdida de una batalla, como un fracaso en el proceso de purificación. Goenka, en cambio, estimulaba las sensaciones corporales como medio de establecer un contacto con la mente porque, según sus enseñanzas, no es posible un contacto directo con ella. En realidad, la imposibilidad es de él y seguramente de muchas otras personas, pero no puede ni debe considerarse universal. Comprendí el por qué de mis dudas acerca de Goenka y decidí independizarme de él costara lo que costara. No iba a dejar que me utilizara ni tampoco iba a permitir someterme a una situación de contacto con un vacío absurdo a través de un intermediario corporal. La conexión con Dios es directa, me dije, y me sentí muy aliviado por respetar mis creencias y mi nivel de desarrollo. ¡No más dudas acerca de mí mismo!, me repetí una y otra vez.

Por primera vez en meses me sentí íntegro y no dividido por la necesidad de tomar una decisión entre dos alternativas. Había llegado de nueva cuenta a mí mismo y no permitiría que nada ni nadie me afectara golpeándome cobardemente en mi contacto con mi esencia.

13 de marzo

Sigo en Rishikesh y mi capacidad de asombro ha retornado. Resulta que Maharaji, que se ve como un hombre de no más de 65 años, tiene 98. Su mente es clara y su cara no tiene arrugas, sus manos y sus piernas son las de un adolescente y su continuo sonreír lo hacen ver como un optimista y todavía joven ser humano. ¡Pero casi tiene un siglo de edad! Baba Muktananda fue su alumno y seguramente ha conocido a los grandes santos de India del presente siglo. En las tardes, de 4 a 5, se le puede visitar en su casa localizada arriba de la sala de meditación. En su presencia el viento huele a incienso y casi se podría afirmar que pasa a través de él sin tocarlo, ¡tal es su transparencia! Hoy le pregunté acerca del Ser, si es o no individual, y me contestó en hindi (que alguien tradujo al inglés) que el Ser es como el espacio. Nunca cambia y se le encuentra de día y de noche con la misma presencia y estado.

También le pregunté acerca de la meditación sin objeto de concentración, sin mantra, sin cuerpo y me contestó que siendo el Ser sin forma y sin atributos concretos, la mejor y más directa forma de aprender a experimentarlo era precisamente esa, la meditación sin objeto.

Swami Muktananda Saraswati, su alumno predilecto y el director de este ashram, es una persona de una seriedad y modestia admirables. Me prestó un artículo escrito por él en donde describe algo que yo siempre he querido entender: los patrones del Ser, la total sincronicidad proveniente de un repertorio inconsciente pero real.

Muktananda lo llama chitta (la sustancia fundamental o esencial de la psique) siguiendo la tradición de Pantajali; en su artículo describe sus atributos como independientes de la mente pero con una influencia total sobre el ego, a quien le presenta mensajes durante los sueños y dirige en los eventos

sincronísticos. Obviamente esto es lo que yo esperaba de India, un conocimiento profundo de la mente y de la psique. No sé por qué me asombra tanto haberlo encontrado aquí (veo que pierdo fácilmente la fe y no aprecio lo que se me presenta). Tener, por ejemplo, la oportunidad de hablar con un ser como Maharaji es una bendición que nada puede evaluar.

Estoy visitando diariamente la biblioteca del ashram de Sivananda. El lugar es como un templo sagrado. Retratos de Sivananda, Ramana Maharshi, Ramakrishna y otros santos cuelgan de columnas que rodean un patio de mármol en el que incrustaciones centrales forman una flor que se expande en todas direcciones. Las colecciones más raras de obras de místicos, religión, yoga, hinduismo, etc., están en esta biblioteca bendita. Desciendo la escalinata del ashram de Maharaji y camino junto al Ganges hasta llegar a la residencia de la Divine Life Society, el ashram de Sivananda. Una escalinata aún más larga y empinada que la de mi ashram me lleva a la biblioteca y al salón de meditación de Sivananda, siempre oloroso a incienso fresco. Después de leer a Aurobindo me introduzco a la sala de meditación y me acerco a la tumba de Sivananda en donde la energía es absolutamente centrada en sí misma, floreciente, optimista, divina. Me quedo allí unos minutos y después me voy a bañar al Ganges.

Todos los días cientos de peregrinos vienen a Rishikesh. Botes especiales los trasladan a la otra orilla del río, en donde están la mayoría de los ashrams. Los veo cuando van y cuando regresan, y la diferencia es notable. De caras preocupadas o excitadas o con prisa a la ida a cuerpos relajados, ojos sonrientes y llenos de fe al regreso. Me hacen amar India y su interés por el espíritu. Docenas de carretas tiradas por caballos esperan a los peregrinos y a veces los caballos se estacionan uno al lado de otro como repitiendo la misma animalesca figura.

Amo este lugar que me hace sentir tan en casa. Amo a los sadhus de vestimenta anaranjada, luenga barba y mirada intensa, inspirados por la aventura de la vida y el espíritu. Amo los Himalayas y el Ganges serpenteando entre sus colinas y montañas sonando a mil campanas y arrojando aromas

de humedad profunda, nido de pájaros y pescados, refrescante tesoro de India. Comprendo por qué los peregrinos se acercan al río reverentes, toman entre sus manos el precioso líquido y bañan su cabeza y hombros con él y después lo ingieren como para que su cuerpo fatigado por el viaje se transforme en chispeante cascada y sonido de río burbujeante entre rocas y rápidos.

Comprendo cómo un anciano de 98 años, como Maharaji, puede conservarse joven en este aire de montaña sagrada y atmósfera energizante.

Terminé un artículo para Goenka y Muktananda pareció adivinarlo, porque hizo que alguien me entregara su artículo cuando yo ya estaba libre del mío. Me recuerda mucho a Mauricio Rusek, excelente fisiólogo, siempre inquieto y curioso, permanentemente invadido de nuevas cogniciones.

Este swami, de anteojos gigantescos, pelo totalmente blanco y cuerpo fuerte, revestido de anaranjado, también parece un fisiólogo pero del espíritu, de la mente, del ego, del chitta y del yoga.

16 de marzo

A las 4 de la tarde asistí a la reunión de Maharaji. Se veía radiante y su energía centrada y alegre. Yo también me sentía bien. Había hablado con "la madre", una viejita de 75 años, también swami, quien me había dado consejos y animado para que visitara Jerusalem y venerara mis raíces judías. Maharaji preguntó si alguno de los asistentes al darsham (reunión) conocía Israel. Obviamente, su pregunta la consideré sincrónica. Minutos antes la madre me había recordado al país de la Biblia y ahora Maharaji hacía lo mismo. Cuando alguien le dijo que yo había vivido en Israel, los ojos del yogui se alegraron todavía más. Parecía estar jugando con un nuevo descubrimiento, una cognición magnífica y ahora veía la oportunidad de satisfacer su curiosidad. Se sentó en el camastro que le servía de asiento y su actitud de despierta curiosidad y emoción me encantó. Yo me quejaba ya de mi edad y del cambio de motivación con respecto a mis años mozos y he aquí un centenario tan emocionado y

reluciente como un adolescente. Maharaji hizo una pregunta en hindú que me fue traducida: ¿en dónde nació Mohamed?, ¿fue cerca de donde nació Cristo?, ¿Jerusalem está cerca de Beirut? Asentí a las preguntas, Mohamed y Cristo nacieron cerca uno del otro y adiviné que la cognición de Maharaji se relacionaba con el poder de ciertos centros planetarios para activar el nacimiento de avatares.

Maharaji parecía regocijado por las confirmaciones de sus suposiciones. Yo, a mi vez, le pregunté si estaría dispuesto a meditar conmigo. Se rió y dijo que seguramente lo que yo quería era una inyección de conocimiento y que mejor sería que fuera a Srinagar, a su campamento de meditación que él y su gente estaban planeando realizar. Me entristecí. Hubiera sido magnífico poder entrelazar nuestras mentes en una sesión privada de meditación. Swami Muktananda, acompañado de un anciano ingeniero a quien el ashram había invitado para que diseñara un templo, se acercaron más tarde.

Hablaron en hindú, pero sus risas y alegría me contagiaron y sentí que estaba presenciando una escena de cualquier época en donde una reunión de seres humanos altamente evolucionados compartían su alegría de vivir. Solamente una frase se dijo en inglés: "La liberación es un estado mental, no un lugar en el espacio".

La cocina del ashram es un leño en flamas dentro de un orificio cubierto por una plancha delgada de metal. Allí se cuecen los chapati, tortillas hindúes muy parecidas a las mexicanas. Un señor en cuclillas prepara la masa y la coloca sobre el comal, mientras otro se encarga de voltear las tortillas en intervalos casi isocronos.

Los estudiantes nos sentamos afuera de la cocina en un pasillo largo y estrecho, adoptando posturas de yoga. Algunos meditan antes de comer, otros pasan sus manos sobre la comida como para darle energía. Yo me acostumbré en Hairakhan a pasar la comida por mi entrecejo como señal de pertenencia a Dios. Una muchacha italiana me lo enseñó. Ella primero tocaba la tierra y después el entrecejo. Decía que le pedía permiso a la madre y después al padre.

A mí me fascina tanto el fuego que procuro sentarme frente a la puerta de la cocina para poder ver las flamas. Hoy decidí, al verlas, que desafían la gravedad en su alocado movi-

miento y elevadísima sintergia. Podrían, en lugar de dirigirse verticales hacia arriba, viajar hacia abajo o hacia la derecha, pero no, siempre se remontan en dirección contraria a la atracción gravitacional. Si un cuerpo humano pudiera imbuirse de una vibración similar a la del fuego, podría volar. En realidad Patanjali en uno de sus sutras habla de la técnica para volar y menciona la necesidad del aspirante de identificarse con el espacio, volverse espacio para así caminar por los cielos.

El ashram está lleno de flores y el raja yoga practicado por Maharaji y sus discípulos ha entrenado a estos últimos en un camino de continua investigación interna, libre de estructuras. Lo digo porque aquí nadie se preocupa por reglamentos excepto los más indispensables. Más bien el énfasis es en ser tan auténtico como sea posible. No es que exista conciencia de la necesidad de ser auténtico, sino simplemente se es.

Así, Maharaji a la mitad de una entrevista puede tomar un periódico y ponerse a leer si así lo desea, o simplemente recostarse en su camastro y cerrar los ojos sin preocuparse de poses, entrevistadores u horarios. Muktananda, en las sesiones de meditación vespertinas, manifiesta la misma despreocupación con respecto a formalidades, aunque durante la hora de meditación nadie se mueve un ápice.

Raja yoga no es una técnica única y fija. Cada vez me doy mejor cuenta que es todo un sistema con centenares de formas, modificaciones, añadiduras y que uno experimenta de acuerdo con sus necesidades. Así, Maharaji cada día hace comentarios distintos acerca de cómo activar uno y otro chakra y siempre se refiere a técnicas distintas y novedosas.

Muktananda fija su vista en cada uno de los estudiantes al iniciarse la sesión de meditación. Cuando lo hace conmigo mi experiencia es la de un túnel a través del cual pasa nuestra energía. Cuando el túnel desaparece y el swami fija su vista en otro estudiante, el suelo de la sala de meditación oscila, ante mis asombrados ojos, como si estuviese formado de una sustancia gelatinosa. No me puedo explicar todavía la razón de este fenómeno, aunque definitivamente se relaciona con la fijación visual con Muktananda.

Cabras, changos, burros, gatos, vacas, borregos, elefantes,

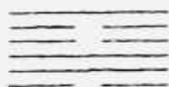
camellos, todos los animales son amigables en India. Y no es para menos, se les quiere y miman y nadie osa matarlos. Yo he visto a sadhus que viven de limosnas deshacerse de una papa y una zanahoria que alguien les regala para dárselas a una vaca a la mitad de la carretera.

Es de noche en el ashram y la luna casi llena se refleja en las aguas del Ganges, los edificios simétricos del ashram y los jardines muy cuidados rodean el salón de meditación —la residencia de Maharaji— situado en la azotea del mismo.

Yo me dedico a tocar una flauta barroca de madera con tonos de encantamiento, saboreando la frescura del ambiente y preguntándome si por fin voy a quedarme aquí o a seguir mi búsqueda. Me interesa conocer a Kirpal Singh y su técnica de yoga del sonido, el Surat Shabd Yoga. Me interesaría conocer a otro maestro de Baba Muktananda; Laxman Jhu en Cashemira, y me gustaría saludar a Sai Baba en el sur de la India.

17 de marzo

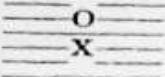
18: Ku

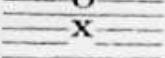


“Trabajar en lo que se ha echado a perder”, me contestó el I Ching cuando le pregunté si debía volver con Goenka. “Él no sirve a reyes ni príncipes. Sus metas son más elevadas”, decía la última línea del hexagrama y yo me sentí satisfecho. El yoga tan intensivo del ashram me está provocando dolores de espalda y la falta de proteínas me tiene en un estado de hambre permanente que no se calma con nada. Cada vez que practico Vipassana es como si abriera un río de recuerdos del pasado muy lejano y la mezcla de hambre, dolores y recuerdos me tienen en un estado deplorable. Para colmo, hoy se festeja un acontecimiento a nivel nacional y salir del ashram implica someterse al lanzamiento de agua coloreada, persecuciones y jugarretas de los niños y jóvenes de Rishikesh. Extraño a mi Estusha, la siento lejana y sometida a influencias extrañas y no lo puedo soportar. En fin,

estoy hecho un desastre total. Me asombra mi estado comparado con el de la víspera. Soy capaz de pasar de la paz a la tensión, de la claridad a la confusión en unas horas. ¿Quizás es porque mi ascendente es Géminis?

17: Sui Seguir con gozo.

9 

6 

56: Lü El vagabundo.



Conocí la obra de Sri Nisargadatta Maharaji. Se parece a Ramana Maharshi en su énfasis en el yo, el *self*, el Ser. Pero es este Vipassana lo que me parece una combinación ideal; observar todo, ser el testigo trascendente pero en el Ser, sabiendo que Dios es lo que uno es, que detrás de toda apariencia está lo eterno, el Observador. El testigo de todo acto, de toda sensación, de cualquier estado de la mente, del pensamiento, del sentimiento. El testigo único, no separable en partes, indivisible, totalmente unido a sí mismo en amor y Ser, en contacto con la esencia del yo mismo. Vipassana y Ser, así unidos forman una combinación hermosa, sublime, magnífica. Como hoy en la comida del ashram. Es domingo, lo sé porque al ir a meditar a las 6 de la mañana me encontré cerrada la sala de meditación. Medité en el jardín con el pensamiento recordando a Sri Nisargadatta y su énfasis en el "Yo Soy como la última realidad". En la comida seguí observando. Un viejecito sadhu de barba blanca, grandes bigotes, moreno como la India y sereno en su vejez, se sentó en un extremo del corredor en el que todos comíamos. Observé mis movimientos, el sabor de la comida, mis reacciones al acercarme un bocado a la boca, mi deglución, mis sensaciones estomacales, los pensamientos de mi mente durante el acto, la belleza de un niño y la majestuosidad del anciano sadhu. Observé a una mujer sentada a mi izquierda, francesa, toda sensualidad, mi emoción al pensar en su cuerpo, todo visto desde el testigo, observándolo todo pero sabiendo que el Ser existe, no solamente el devenir sino ambos, Ser y devenir, devenir y Ser.

Mientras me bañaba en el Ganges pensaba en Estusha. Ella me había enseñado a distinguir las gotas de agua como brillantes perlas alumbradas por el sol en su juego con el precioso líquido. Yo la imité tomando en mis palmas un poco de agua y lanzándola al aire.

Un sadhu se me acercó. Vivía en una cueva cercana y me invitó a conocer su casa. Excavada en la roca y revestida de una capa de cemento, parecía incapaz de albergar a un adulto, de lo pequeña que era; sin embargo, me dijo mi nuevo amigo, en ocasiones hasta tres compañeros venían a dormir con él. El cuerpo del sadhu era delgado y una barba hermosa le llenaba el pecho orgulloso de su libertaria condición. En verano vivo aquí, continuó diciéndome, pero en invierno me voy al sur porque Rishikesh se llena de un viento helado que paraliza el pecho.

Hoy no he comido, me dijo en seguida, pero no me importa. Lo temporal es irreal incluyendo al cuerpo. Cerca de aquí hay unas cascadas en las que uno se puede bañar, es delicioso introducirse a una de ellas. Le ofrecí las dos rupias que traía pero él se rehusó a aceptarlas. Por fin las tomó pero con un gesto de desprecio las lanzó al suelo de su pétrea morada. El dinero es lo más irreal, dijo después de su augusto gesto.

Me despedí sintiendo envidia y pensando en todas mis dependencias y posesiones. Pensaba que podría vivir como sadhu, pero, puesto que no lo hago, no puedo afirmar que podría. Más bien creo que no podría.

Me encontré con un muchacho español que recién había llegado a Rishikesh. Gustaba vestirse de anaranjado y era extraordinariamente ingenuo e inocente.

Los Himalayas se veían rodeados de una luz blanquecina lechosa. No se sabía si era provocada por la arena levantada por el viento, por polvo, o simplemente por una neblina producto de la evaporación de las aguas del Ganges. Parece una visión de un sueño, me dijo el español. Ambos comentamos que sentíamos un cansancio inmenso, quizás provocado por esa misma neblina. Casi no se puede respirar, ¡recontra!, siguió diciendo mi amigo, ni en Delhi, en donde me la pasé sin comer cuatro días, sentía este bochorno. Por ello la gente de aquí se ve tan pacífica y espiritual. Reí y me despedí de él.

Ciertamente algo en el ambiente producía una opresión enorme. Pasé junto a la sala de meditación y oí al Maharaj riéndose en compañía de unos visitantes. Decidí meditar. Lo hice en el jardín frente al Ganges y con la sala de meditación a mi espalda. Redescubrí la meditación Zen. Con ojos abiertos y sin objeto, únicamente estando allí. Con Maura había discutido el valor del Zen y habíamos llegado a la conclusión de que es la reina de las meditaciones, la más natural y profunda, la que lleva hacia el contacto con uno mismo. Al terminar de meditar me sentí renacido y optimista. Corrí a mi cuarto y le escribí a Goenka diciéndole que el Ser y el devenir son ambos reales, el devenir tiene sentido cuando el Ser da el estado y el Ser se ennegrece con el devenir. Mi carta significaba una clara despedida.

Al final le agradecí su interés y el haberme enseñado a observar. Me acosté y recorrí mi mente en busca de objeciones para la carta. Me sentí con un poco de temor. Acababa de terminar con la posibilidad de construir un laboratorio de investigaciones en India con todo lo que eso podía implicar: viajes, dinero, gente interesante, trabajo de alto nivel, publicaciones, pero al mismo tiempo pérdida de mí mismo. Consulté al I Ching y me dijo lo mismo que había yo pensado. Goenka era el representante del Rey, el que estaba construyendo una nueva sociedad, pero mi relación con él terminaría en una cárcel extraña para mí y situada en países desconocidos.

Decidí meditar de nuevo. Me fui a la montaña y lo intenté sin éxito. No podía concentrarme en nada.

Pensé que antes todo era muy claro y ahora se había vuelto demasiado complejo. Era cuestión de encontrarse en un nivel trascendente, sin juicios, considerando a cualquier cosa como digna y representativa de la totalidad del Universo.

Durante la cena swami Muktananda me invitó a mí y a Miguel, el otro mexicano del ashram, a preparar una comida mexicana. Accedimos en medio de comentarios alegres y risas sinceras. Me encantaba la naturalidad de los habitantes del ashram. Nada comparado con la seriedad y rigidez de los discípulos de Goenka. Me alegré de haber escrito la carta de despedida.

Algo me decía que fuera al ashram de Sivananda a oír el *satsang* de swami Krishnananda. Habíale escuchado ya en dos ocasiones. La primera, cuando recién llegué a Rishikesh, me lo encontré hablando acerca de la evolución y de la posibilidad de existencia real de seres más evolucionados que el humano. La segunda vez habló acerca de los deberes humanos.

En esta tercera ocasión, el tema fue la meditación y sus objetos. Krishnananda afirmó que, puesto que cada objeto contiene a todo el Universo en sí mismo y está en contacto con el resto formando una unidad, entonces cualquier cosa puede ser el objeto de la meditación. Yo pensé que era cierto pero que lo mejor era el Ser como motivo de meditación. El salón de reunión del ashram de Sivananda estaba repleto. Krishnananda, totalmente calvo y rodeado de su vestimenta anaranjada, hablaba frente a una docena de seres como él, swamis rapados y vestidos de anaranjado, y todos los demás, algunos occidentales y otros hindúes, lo oímos con mucho interés.

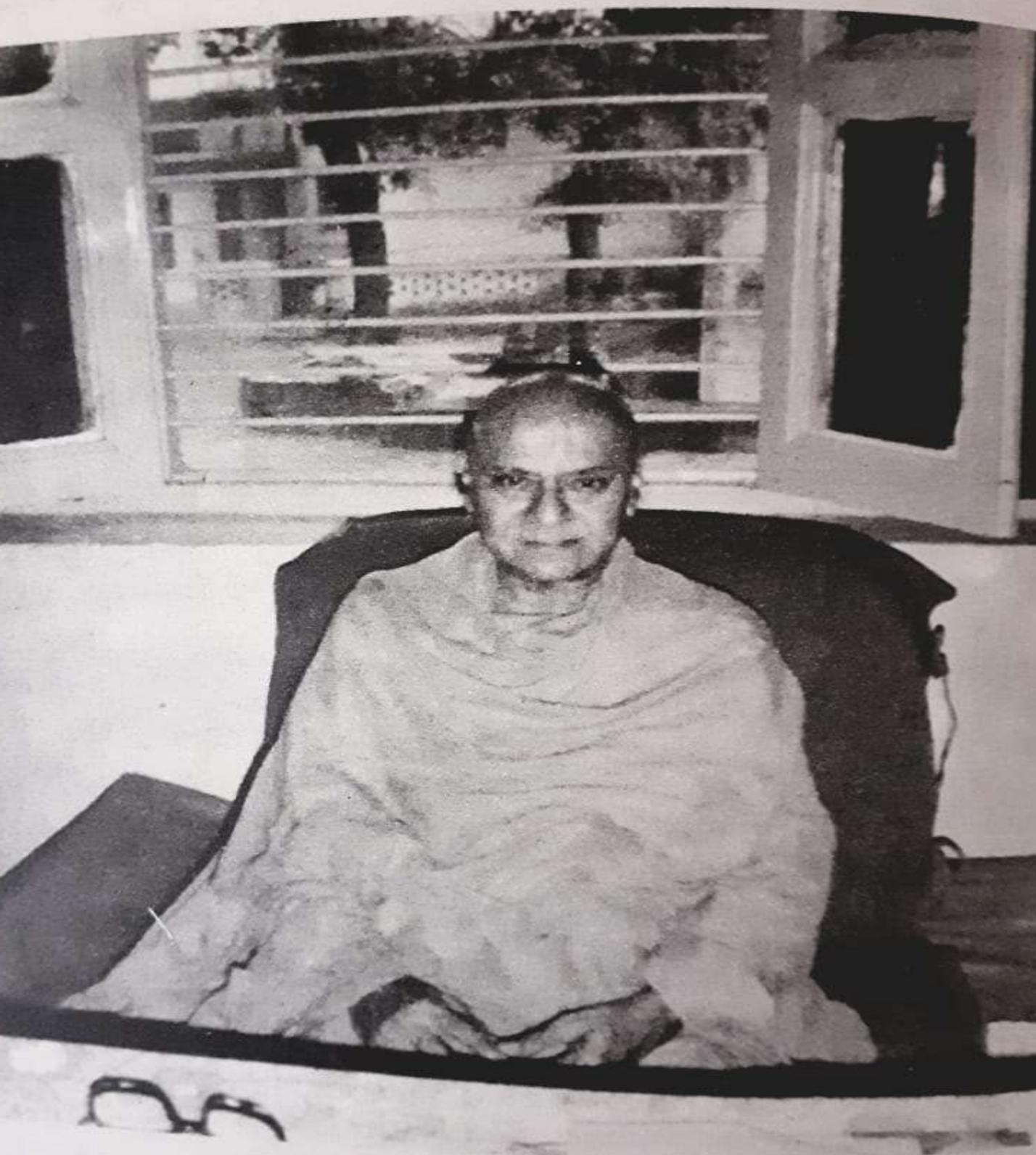
Me pareció estar a bordo de un platillo volador oyendo al capitán de la nave, un ser extraterrestre majestuosamente intenso, presente y fiero. Cada frase era de una realidad y firmeza totales. Algo en Krishnananda materializaba su discurso. Su característica más notable era la realidad de sus conceptos.

Al terminar, el maestro de música del ashram cantó y todos lo acompañamos a coro y después se hizo una ceremonia de recitación mántrica y manejo del fuego.

Me recordó al monasterio de Cuernavaca. Había vivido en él durante unos meses aprendiendo yoga y el manejo de cristales de cuarzo para fortalecer la meditación. Recordé las ceremonias casi idénticas a las de aquí, pero con la añadidura de manejo de cristales de cuarzo. Yo todavía conservaba el mío, había demostrado ser un amplificador de la conciencia y un instrumento que ayudaba a estar centrado.

Una luna gigantesca alumbró mi camino de regreso a mi ashram. Sentí que amaba a India. El Ganges, abajo, a mi izquierda, reflejaba la luz de los ashrams de la orilla y la de la luna, mientras los perfiles de los Himalayas aparecían como recortados en contra de un cielo gris oscuro.

Me sentí en mi casa y una alegría cristalina me llenó. Di



Un maestro en el ashram de Sivananda en Rishikesh.

gracias a Dios por haberme devuelto mi condición de libertad y me asusté por la dependencia que Goenka creó en mí.

Es el reflejo de mi padre, me dije al llegar a mi cuarto. Es su autoritaria figura y mi incapacidad de hacerle frente. Imágenes de escenas aparecieron en mi mente. En todas ellas mi padre me amenazaba sutilmente y yo no hacía más que humillarme. La última vez me amenazó con vender el departamento en el que yo vivía y que pertenecía a la familia.

Yo, en lugar de entregarle en ese instante las llaves y acabar con el juego de manipulación, me sometí a sus amenazas. Le había yo levantado la voz durante la comida y su respuesta era ésa. Me lamenté por mi cobardía y traté de justificarla como respeto, pero no pude.

Mi hija, de 13 años, me hablaba de igual a igual, y yo, de 38, no me atrevía a hacer lo mismo con mi padre. Goenka era, pues, el perfecto sustituto y mi despedida era como una respuesta de valor ante mí mismo y mi propio padre. El precio, sin embargo, era terrible. Por supuesto que la técnica centrada en sensaciones corporales era asfixiante por su limitación y concretidad, pero eso podía haberse intentado modificar.

Ahora era ya muy tarde. Me sentí contento y preocupado simultáneamente. Por fin un sueño delicioso me invadió y me acosté a dormir, recordando que estaba en India y en Rishikesh, la ciudad de los santos.

A los diez minutos me levanté asombrado. Krishnananda había hablado en su sermón exactamente de lo que a mí me preocupaba, de la necesidad o ausencia de utilizar objetos como tema de las meditaciones y, en su caso, cuáles objetos. Su respuesta era que, puesto que todo el Universo es una unidad y cualquier objeto está íntimamente ligado con el resto, entonces cualquier objeto es digno para convertirse en motivo de meditación. Creo que lo dije antes, pero no me importa repetir que aunque esto es cierto, el mejor tema es el Ser. Maharaji también lo había considerado así. Me había dicho que la concentración en objetos, el testimonio u observación de los mismos no llevaba al conocimiento. Si los objetos están relacionados, con mayor razón lo están las mentes y este sermón lo prueba, pensé con admiración. Algo en mí se estaba recuperando y volvía a entrar al conocimien-

to y la demostración de las relaciones sutiles y los campos energéticos asociados con la mente.

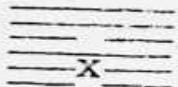
Krishnananda había detectado mi preocupación por la meditación con o sin objetos o yo había detectado su preocupación o la preocupación estaba en la atmósfera, no lo sé. El hecho es que la sincronicidad era clara en su caso y eso me gustó mucho.

19 de marzo

Desperté sintiéndome renacido y en menos de diez segundos comencé a extrañar a Estusha y a sentirme culpable con Goenka. ¡Demonios! pensé con asombro, no puedo mantenerme bien nunca y además, me duele el estómago y me gusta el cuerpo de Nicolle y estoy perdiendo mi tiempo en India.

Me dirigí al salón de meditación...

53: Chien Progreso gradual. La inseguridad inicial ha sido vencida.

☯ 

57: Sun El gentil.



Nicolle me invitó a bañarme en el Ganges con ella. Escorpiona, con ascendente Sagitario, muslos sensuales. Ascendente Sagitario siempre posee muslos sensuales. Es fascinante la relación de la astrología con la forma corporal. Me senté a meditar después del baño y recuperé el contacto conmigo mismo, directo, sin intermediarios corporales, sin goenkas, budas o maharajis o babajis. Me alegré muchísimo.

En la tarde platiqué con Maharaji. Según él, el ego nunca se pierde ni tampoco lo hacen las impresiones del ayer, los impulsos del pasado, los sanskaras. Le pregunté si el cuerpo los guardaba y me contestó que dos centros corporales son el asiento de la memoria, el corazón y el cerebro. El Ser se relaciona con el ego y éste último es el camino para llegar al Ser. No es un modelo del Ser, únicamente guarda relación estrecha con él.

Después del darsham fui a la ciudad. Me encontraba del mejor humor y el bullicio de la India no hizo más que acrecentarlo. Éste es un país muy ruidoso. Bicicletas con hombres barbados, camiones, vacas, carretas con caballos, todos tocando claxons, campanas, gritando. Me conservé en medio del caos y me sentí renacido, fuerte, masculino. Pensé que mi camino debe ser dictado por mi interior. Ojalá que lo recuerde...

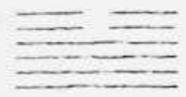
20 de marzo

43: Kuai

Rompimiento — Un ser inferior ocupando un alto puesto.



34: Ta Chuang El poder del grande.



Wang - Ch'ug Dor - je, el noveno karmapa, escribió el Mahamudra en el siglo XVI. Conseguí una copia del texto original editado por la biblioteca del Archivo Tibetano. Una obra maestra acerca de Vipassana. Lo conseguí en una librería al otro lado del Ganges. Me fui a leerlo a una de las riberas arenosas del río y me di cuenta que prescribe exactamente la misma técnica que estoy utilizando en mi meditación. Es extraordinariamente claro y preciso. Habla de la necesidad primera de calmar la mente y sugiere una técnica muy parecida al Zen y una meditación sin uso de objeto alguno. El espacio transparente, incondicionado, de total pureza, es utilizado como motivo de la meditación hasta que la mente adquiere sus mismas características. Una vez lograda la purificación empieza Vipassana. La técnica es la observación directa de la mente, el cuerpo, el pensamiento, etcetera.

Esto es mi primer acercamiento al budismo tibetano desde que estoy en India y me gusta haber coincidido "espontáneamente" con su técnica vipassánica. Medité oyendo chisporrotear al Ganges y después me dirigí a una lancha de motor para atravesar el río.

En el camino me topé con tres monjes tibetanos. quedé atónito, me sonrieron como si me conocieran, y fueron, desapareciendo, no los volví a ver.

Era demasiado sincronístico.

Apenas había empezado a sopesar la posibilidad de visitar Dharmasala hacía unos días y hoy, después de leer el Maha mudra, me había emocionado y treinta segundos después aparecían esos monjes. No había visto monjes tibetanos en todo este tiempo, no puedo adjudicarlo a una falta de identificación o reconocimiento de sus rasgos, porque éstos son inconfundibles. En mi vida ésta es la segunda vez que recibo un mensaje tibetano y, tal como la primera vez, éste aparecía rodeado de magia.

La primera vez ocurrió en la ciudad de México. Vivía en un departamento cerca del Bosque de Chapultepec. Una mañana me desperté después de un sueño muy extraño. Estaba en una pradera llena de rocas con Estusha. De pronto, en una nube, apareció una cara de un ser con ojos rasgados y completamente calvo. Lanzaba energía en forma de rayos de luz que nos atravesaba a Estusha y a mí. Yo no lo soportaba mientras que a mi hija prácticamente no le afectaba.

Volteaba a verme y me decía: "Papi, he comprendido mis límites del presente". De pronto, se oían ruidos como de animales gigantescos. Volteaba a ver y he aquí que una manada de toros se acercaba al lugar en donde estábamos. Nos escondimos detrás de una roca y allí terminaba el sueño.

Al día siguiente debía ir a Tepoztlán.

A la entrada del pueblo, en la plaza, alcancé a ver al mismo ser con el que había soñado. Venía detrás de una amiga mía. Indagué y en la noche di con ambos. Vivían en una casa rentada en la calle de Matamoros. Él era un lama tibetano y ella, Ana, lo había invitado a vivir en México.

Me acerqué y le conté al lama mi sueño. Me tomó de la mano y me mostró unos dibujos en los que aparecía Yama, el dios de la muerte, en forma de toro. "Te hemos protegido de la muerte" me dijo después, utilizando un tono misterioso.

Lama Lobsang (así se llamaba), quería construir un lamasterio en México. Yo estaba imbuido con la idea de Ayocuan de un renacimiento espiritual en México, y me ofrecí a ayudar a Lobsang a conseguir tierra para su lamas-

terio. Después de muchas peripecias que no deseo mencionar, el proyecto no se realizó y a mí me quedó una sensación de temor por el poder de los lamas y de cuidado por haber notado muestras de materialismo en ellos.

Por eso no había querido visitar Dharmasala, la ciudad del Dalai Lama. El mismo Lobsang me había ofrecido un lugar en su monasterio si hacía yo el viaje, pero me había negado. Ahora parecía que, con la segunda señal y estando en Rishikesh, a unas cuantas horas de distancia de Dharmasala, no podía más que visitar el lugar.

A las 4 de la tarde fui a ver al Maharaji después de consultar al doctor del ashram por unos problemas de dolor de espalda. El yogui se encontraba recostado en su camastro radiante de alegría. Mi espalda me dolía mucho y aproveché el que no hubiera más que otras personas en la sesión para preguntar acerca de mi dolor. Siento, le dije a la traductora, que cuando tengo demasiada energía me empieza a doler la espalda. Maharaji preguntó si la energía subía desde el primer chakra. Obviamente, indagaba si el dolor tenía relación con un bloqueo en la ascensión de Kundalini. Yo afirmé. Después, Maharaji me hizo sentar en posición de meditación y en ese instante el dolor desapareció. Se lo hice saber y él se rió. Tu dolor no es serio, es psicológico, me dijo. Maharaji había hecho algo misterioso para aliviarme. ¡Me entusiasmé! Le dije que desde hacía muchos años había trabajado con las relaciones entre la actividad cerebral y campos energéticos, específicamente gravitacionales y que había encontrado resultados positivos. ¡El cerebro es capaz de alterar la gravitación! Maharaji contestó que no era el cerebro, era la mente, puesto que ella tenía poderes infinitos. Casi siempre está dormida, añadió, pero si se le sabe utilizar, su poder no tiene límites. Yo le pregunté acerca de la posibilidad y la técnica para levitar. Si todavía tenía yo algún deseo, era ése, aprender a volar. El yogui me cuestionó directamente. Se olvidó de la traductora y me dijo algo que no entendí en palabras, pero sí en emociones. Su energía personal era devastadora.

La traductora me dijo que Maharaji era muy práctico y quería saber si yo tenía evidencia real acerca de la posibilidad de levitar.

* En una reunión realizada diez años antes con unos amigos

y alumnos de la Universidad, yo estaba recostado boca abajo cuando me vino un impulso irresistible de levantarme. No dudé un segundo y de pronto me empecé a elevar hasta que mi cuerpo se inclinó en un ángulo de 45 grados con respecto al piso. Los dedos gordos de ambos pies se mantenían en contacto con el piso, pero el resto de mi cuerpo flotaba en el aire. Se lo dije a Maharaji y mientras lo hacía, recordé con claridad la sensación de dicha que esa experiencia me había impartido. Maharaji pidió que se lo mostrara. No puedo, repliqué, aunque lo intentaré si recibo su ayuda. Él accedió y yo me acosté boca abajo frente a Maharaji.

Empecé a sentir un temblor en mi espalda y mi tórax empezó a ascender; me estaba despegando del suelo y mi sensación era parecida a la que había tenido diez años antes, pero mi cuerpo y mi voluntad eran distintos. Sentía que era demasiado difícil. La duda se apoderó de mi mente y caí al suelo. Lo intenté de nuevo logrando un poco mayor desprendimiento, pero fracasé otra vez.

Maharaji sonreía. Me dijo que necesitaba fortalecer mi mente, mi cuerpo y aprender a manejar el Prana. Bromeando me dijo que si lograba aparecer en su terraza atravesando el aire, me daría un premio. Me reí, y con alegría y una sensación de bienestar delicioso me despedí del yogui.

Walter, un discípulo de muchos años de Maharaji, me contó después cómo lo había visto curar a un monje utilizando la misma energía con la que me había apoyado en mis intentos de desafiar la gravedad. En esa ocasión, continuó Walter, cada vez que Maharaji colocaba sus manos por encima de alguna parte del cuerpo del monje, éste prácticamente se lanzaba al aire hasta que, no soportándolo más, se arrodilló frente al anciano yogui para suplicarle que disminuyera su shakti, su poder, porque su cuerpo ya no lo resistiría de nuevo.

Yo no quería llegar tarde a la clase de yoga y me despedí de Walter pensando que la vida en este ashram se estaba empezando a convertir en una verdadera delicia. Me hice el propósito de fortalecer mi cuerpo y lo mantuve durante el yoga.

Durante la meditación de la tarde me propuse empezar a experimentar con el espacio como objeto o motivo de la

meditación. Me senté y el swami Muktananda habló acerca de un sutra en el que se instaba a los alumnos de meditación a meditar en el infinito como objeto. Me reí por dentro sintiendo que existe un instante en el que se atraviesa un nivel detrás del cual el mundo establece una relación de total sincronicidad con uno mismo. Walter me había dicho que la energía que me había mandado Maharaji cambiaría mi vida. Lo creí por un instante al oír a Muktananda. Traté de percibir el espacio durante toda la hora de meditación. Lo logré los primeros veinte minutos y después mi mente ya no quiso obedecer a mi voluntad.

Recordé que en el Mahamudra se insistía en sesiones de meditación cortas y seguidas y se aconsejaba no hacer meditaciones de mucho tiempo, sobre todo al principio de algún desarrollo. Recordé a Goenka y las sesiones de 12 a 14 horas de meditación diarias y me empezó a doler la espalda de nuevo.

Por primera vez desde que llegué a India empecé a pensar en la posibilidad de quedarme.

22 de marzo

Soñé que estaba en México y me preparaba para ir a India. Me apresuraba, arreglaba mis papeles y de pronto me percataba que tenía una sola copia de mi acta de nacimiento. Más bien, que la última copia se había quedado en una oficina burocrática. Me desesperaba y por fin iba a la tal oficina a pedir un recibo. Me lo escribían mal y mi tiempo se acortaba. Faltaban minutos para que el avión saliera. A Estusha la había dejado con una amiga y me creaba culpa. Me desperté recordando a Freud y a Patanjali y su insistencia de utilizar los sueños como medio de auto-conocimiento. En este caso, la interpretación era sencilla. No tenía nación, me quería ir de mi patria adoptiva y lo único que me detenía era un trámite administrativo. A Estusha la abandonaba. En la mañana decidí ir al Ganges a meditar y a bañarme. Había visto una ribera al otro lado del ashram que prometía silencio y paz.

Tomé el bote y volví a sentir la delicia de viajar sobre el

Ganges. Dudo poder describirla, es una mezcla de liberación y paz coloreadas por una emoción de inspiración.

Caminé por las dunas saltando piedras y admirándome de los Himalayas y el movimiento del Ganges, plácido, casi sin alteraciones, fresco y totalmente verde.

Encontré una playa con una pequeña vertiente que podía servir de asiento para meditar. Había conseguido los comentarios a los sutras de Patanjali, escritos por Taimni y un libro de Hanlon acerca de la cuarta dimensión. La sesión de meditación con Maharaji en el ashram al otro lado del río empezaba a las 4 y eran las 11. Tenía cinco horas para explorarme en total soledad y en el entorno más espiritualmente paradisíaco. Rishikesh, la ciudad de los santos, me miraba a mi izquierda, decenas de ashrams irradiaban su preciosa energía en la atmósfera, el Ganges refrescaba el ambiente y el sol calentaba la arena finísima que me sostenía.

Me senté en posición de loto y decidí empezar con una sesión de Zen. Miré frente a mí y me concentré en mi respiración y en el aquí y ahora. Pequeñas olas, casi milimétricas se formaban frente a mí. Bañaban la arena dejando un diminuto rastro en el lugar en el cual la tocaban. De pronto, me di cuenta que estaba frente a un modelo perfecto de interacción entre dos campos energéticos, uno relativamente fijo que muy bien podría representar la estructura cerebral, la arena de la playa; y el otro dúctil, móvil, transparente y fluido, el agua del Ganges formando esas pequeñas olas. Recordé la técnica de Samyama y su insistencia en el mantenimiento de la atención y en la disolución del yo dentro del objeto de observación y me impuse el aplicarla para esa interacción agua-playa. Las olas seguían formándose sin descanso y a intervalos casi isocronos. A veces parecía que terminaban en el mismo lugar pero una observación más detallada mostraba ligeros cambios de orientación. El agua se volvía súbitamente línea brillante en el punto exacto de formación de las crestas. La transparencia desaparecía en el climax de la interfase igual que lo que probablemente sucedía entre el campo neuronal y el espacio. En cierto nivel de su interacción, la transparencia de ambos debía desaparecer para dar lugar a una estructura geométrica, probable base energética de lo observable.

Seguí mirando; las líneas brillantes eran el reflejo del sol. Por sí mismo ni el agua ni la arena las podían producir. Se requería de una energía externa todo penetrante para lograr esos reflejos adamantinos.

Pensé en una analogía. El cerebro vivo producía el campo neuronal resultante de todas las interacciones entre células nerviosas y después irradiación energética hipersutil que penetraba el espacio. El espacio mismo era impensable pero flotando en su existencia omnipresente y omniabarcante había también una estructura energética; el campo cuántico, que lo penetraba en todas sus posibles dimensiones. La interacción entre el campo cuántico y el neuronal sucedía en forma óptima y congruente en ciertos niveles que determinaban la aparición de geometrías.

La línea adamantina entre el Ganges y la arena podía considerarse como un modelo de las zonas de congruencia de la interacción entre el campo neuronal y el cuántico. Para que esta interacción sobresaliera en sus zonas óptimas era necesario un sol parecido al que iluminaba el Ganges. ¿Pero cuál? Seguí observando. Yo era el que miraba; desde un mí mismo sobrenatural, monstruosamente impensable para la diminuta ola, para la arena y para el mismo sol.

El sol era otra estructura energética, la misma que activaba la interacción entre el campo neuronal y el cuántico. No se necesitaba inventar otra cosa, estaba allí todo penetrante, común desde la línea brillante inconsciente, hasta mi percepto de la misma.

Por lo tanto, el sol y su energía más los dos campos podían ser representados con el modelo que percibía. Sin embargo, esto era demasiado simple. Era necesario pensar en un sol subjetivo, una luz interna similar a la externa por su poder de iluminación y eso quizás era el Yo Puro, la mismidad.

Las pequeñas olas rompían y empezaban a modificar la estructura de la arena. Una débil, pero clara vertiente se había formado, y allí las olitas rompían con mayor frecuencia. Se había formado una memoria en la estructura igual a la que podía formarse por el uso sostenido de ciertos circuitos cerebrales y que podía determinar zonas de activación más probables en la interacción entre campo neuronal y

cuántico. Mi atención se había fortalecido, no podía creer que hacer samyana sobre unas olas y la arena del Ganges podía guardar tanto conocimiento. Amé el lugar y me quise a mí mismo por estar haciendo lo que estaba haciendo. El sol, la arena, el agua helada, la brisa fresca, la India...

Cuando una olita rompía, no solamente afirmaba la estructura de la vertiente arenosa, sino que también modificaba la superficie del líquido y su profundidad. La vertiente en su interacción con el agua creaba ondas de complejidad asombrosa en el líquido. Éstas se irradiaban a partir del punto de contacto y avanzaban en todas direcciones.

¡Claro! exclamé entusiasmado, la interacción entre campo neuronal y cuántico afecta ambos campos. Por ello, por un lado se puede percibir, pero también por el otro, se afecta lo percibido y si un sujeto se colocase al alcance de la alteración producida por mi campo también afectaría su experiencia.

De nuevo me vi a mí mismo observando. Todo lo que sucedía a mis pies estaba siendo observado por mí mismo, yo era el que transformaba la ola y la vertiente y la energía del sol y las ondas concéntricas en la superficie del Ganges y el Ganges todo en la imagen que veía. ¿Podía encontrar un modelo de mí mismo allí afuera?

Pensé en mi hipótesis del Procesador Central, homúnculo, hipotético, estructura colosal de transformación de cualquier estructura energética en cualidad sensorial. El procesador central se encargaba de focalizar un aspecto de la interacción de campos y transformarlo en luz, color, imagen viva con una cualidad específica. Yo era el procesador central de las olitas, ¿quién era el procesador central de mi conciencia? Yo podía verme viendo, podía observar a mi mente en cualquier instante y en cualquier nivel de su actividad, pero eso no contestaba la pregunta: ¿quién o qué era ese Yo testigo de mi mente y quién era en realidad el que testificaba al Ganges?

De pronto una flor amarilla que flotaba en la corriente pasó frente a mí. El hindú amaba al Ganges y le lanzaba flores. Me reí ¿de quién era modelo esa flor?... Dejé de hacerme preguntas. Cerré los ojos y me concentré en el espacio. No en su estructura, ni en sus campos, ni en su contenido, sino en el espacio mismo.

Los tibetanos consideraban el espacio como perfecto.

simil de la mente por ser en su esencia totalmente incondicionado y todo penetrante. Si una mente meditaba en el espacio, suponíase que adquiriría su carácter natural de fluidez total. Era una meditación difícil pero deliciosa cuando se lograba. Al terminar me bañé en el agua helada.

Volví al ashram a las 3 de la tarde deseoso de escribir mi experiencia. A las 4 fui a ver a Maharaji quien estaba preparando una nueva edición de uno de sus libros. Parecía totalmente centrado en el proceso de escoger figuras mientras quince de nosotros, sentados en el suelo, observábamos su total naturalidad y humildad. Parecía un abuelito sonriendo a cada instante y feliz de estar vivo.

En la meditación de la noche mi mente se dispersó. Sentí que detectaba el estado mental de un muchacho japonés sentado detrás de mí. Me acordé del Ganges y de la irradiación de ondas a partir de cualquier interacción. Comencé a sentirme muy mal, disperso, falto de sostén; fui a dormir.

No podía dormir. Me senté en posición de meditación y apliqué Vipassana en la región de mi cabeza. Sentí la actividad neuronal como un mar embravecido. La contemplé asombrado de poder sentir mi propia actividad cerebral. La frecuencia de las sensaciones era altísima. Sentí que dentro de mi cabeza la actividad era a tal grado frenética que casi desistí, pero me mantuve firme. Era un milagro poder hacer lo que estaba haciendo y, además, seguramente me llevaría a concentrarme conmigo mismo y así terminar con la terrible sensación de dispersión. El oleaje continuaba implacable y en altísima frecuencia. De pronto, lo que era sensación casi táctil en la profundidad de la masa cerebral se transformó en imagen. Era como si la actividad hubiese llegado a un umbral, el que, traspasado, sufría un cambio de cualidad. O quizás era como si la observación de la actividad cerebral hubiese cambiado de zona y ahora estaba viéndola un escalón más arriba o un escalón más abajo. No lo sé, únicamente experimenté un cambio de cualidad y me regocijé. Realmente, pensé en ese momento, a eso vine a India, a poder penetrar en mi interior y así estudiar directamente fenómenos como el que estaba experimentando.

Extrañé a Goenka y me pregunté si acaso no había cometido un error al abandonarlo. Recordé su énfasis en las sensa-

ciones corporales y su negativa rotunda a estudiar o penetrar en otro nivel de actividad y me tranquilicé.

Swami Muktananda había discutido los Upanishads antes de empezar la sesión de meditación. Según ellos, existen cuatro niveles de conciencia: vigilia, sueño, sueño sin contenido alguno y superconciencia.

El sueño sin contenido es unión sin dicotomías, sin objetos, sin experiencias específicas o diferenciadas. En esta noche de insomnio envidié los estados de sueño. Recordé que las últimas noches había permanecido en, por lo menos, dos estados (simultáneamente) de conciencia. Tenía y experimentaba sueños, pero al mismo tiempo los veía desde la vigilia como si el Observador se mantuviese todo el tiempo. Goenka había mencionado que la práctica de Vipassana conducía a experimentar la vigilia durante el sueño. Yo me había alegrado al oírlo, pero la vivencia real no me gustaba, era demasiada vigilia para mi gusto.

24 de marzo

¿Cuál es el camino? ¿Atestiguar o fundirse con la experiencia? ¿Vipassana o samadhi? En Vipassana se observa, según Buda, desde los distintos estados de la mente, las emociones, los pensamientos hasta (según Buda y Goenka) las sensaciones corporales. Uno se mantiene en un estado de independencia observando sin verse afectado por las experiencias. En samadhi, el yo se pierde y lo único que se mantiene es el objeto de observación sin Observador. Es, según el yoga de Pantajali, un contacto con la realidad. Es curioso que Goenka, que afirma que no existe Observador, utilice el atestiguar en Vipassana mientras que Patanjali, para quien sí existe, utilice la fusión del samadhi. Lo fui a consultar con swami Muktananda. Cada vez le tengo más cariño y confianza. Me dijo que tanto fundirse como atestiguar ofrecían destellos del estado de liberación, pero que éste no era posible alcanzarlo a través de experiencias. Inclusive era dudoso que pudiera alcanzarse antes de la muerte corporal.

Quise ir a consultarlo también con swami Krishnananda, pero se me rompieron mis sandalias y tuve que ir al centro de

Rishikesh a comprar otras. El movimiento ciudadano, el ruido de los claxons, los vendedores, la música oriental, los caballos y sadhus, los limosneros, el mundo fuera del ashram, me trastornaron. Me asusté. Yo me estaba preguntando acerca de condiciones conscientes que parecían no tener que ver con esta vida acelerada del mundo. Era como si saliera de una porción de la mente, reposada, contemplativa y, de pronto, me encontrara en medio de otra porción, acelerada, caótica, viva, con una intensidad de estruendo.

Fui a la biblioteca de Sivananda. En el yoga se describen diferentes tipos de samadhis. Primero, samadhis con objetos gruesos y luego con cada vez más sutiles. Llega un momento en el que es posible concentrarse en el espacio. Su estructura energética es tan similar a la mente, que esta última se topa con un espejo de sí misma. Cuando la sutileza del objeto es suficiente y el meditador realmente se funde en él, aparece el gozo como condición súbita y aparentemente independiente del objeto pero seguramente provocado por la cercanía de la mente a su propia naturaleza. Pantajali (según Muktananda) describe un samadhi sobre la sensación del gozo. Esta última meditación lleva hacia el contacto con el Yo. Cuando esto se realiza, entonces se puede hacer samadhi sobre el Yo y eso se acerca mucho más a la meta del yoga, que es permanecer puro y sin modificaciones en la propia naturaleza real sin objeto y sin alteraciones en la mente. En este samadhi se unifica el budismo y el hinduismo, el vedanta y el mahamudra, porque aquí lo único que existe es el Ser. Claro que un budista me diría que el propio Gautama se ofendería al leer lo que escribí, porque él juzgaba al Ser como inexistente. Yo le contestaría que lo consideraba inexistente para quien necesitara la inexistencia y existente para quien la existencia del Ser fuese necesaria. El verdadero pensamiento de Buda no es claro al respecto de la existencia o inexistencia del Ser aunque su énfasis en la observación de cualquier contenido y algunas referencias a discursos parecen referirse a la condición de existencia de "algo" que se mantiene constante.

En fin, la verdad es que todavía no estoy preparado para internarme en las encrucijadas de la mística, aunque debo confesar que mi pensamiento se inclina, en forma poderosa, a mantenerse ocupado en esas cuestiones.

Revisando mis propias ideas fisiológicas acerca de la realidad, las encuentro sumamente acertadas. Según ellas, la experiencia es producto de la interacción de dos campos. Cuando el campo neuronal llega a rozar cierto umbral sintérgico, se pone en contacto con una realidad siempre existente que experimenta como Ser; esto explica el contacto con la supermente de Sri Aurobindo.

Ayer en la tarde disfruté de un espectáculo único, de una condición de felicidad provocada por lo que vi, que sólo puedo comparar con algunos instantes supremos en la meditación.

Vi al Maharaji haciendo yoga con sus 98 años a cuestas. Vi su esfuerzo y el gusto y la felicidad de su ser y la imagen de ese hombre centenario viviendo su cuerpo como un niño; jamás se me olvidará. Le doy gracias a Dios por haberme permitido presenciar este prodigio.

Aproveché una hora de descanso en el ashram para meditar solo, en el salón de meditación. En las paredes, representaciones gráficas de cada uno de los chakras y varias fotografías de Maharaji me miraban. Me senté en medio loto, cerré los ojos y vi la figura de Maharaji recostado en su diván de descanso. Me sentí a mí mismo con una claridad total. Casi podía tocarme. Era increíble la pureza del contacto, podía meditar sobre mi Yo, verlo, introducirme a él, conocer sus relaciones, origen, su independencia del cuerpo. Me sentí liberado y fuerte, sentí que nada podía opacar mi contacto con mi Yo. Me levanté sintiéndome el dueño del mundo. Había introyectado a Maharaji y el resultado era esa sensación de fuerza y libertad totales y ese conocimiento directo de mí mismo.

Había conseguido unos tratados de budismo tibetano en el ashram de Sivananda y me dieron muchas ganas de consultarlos. La simbología tántrica, los mandalas, las deidades simbólicas, todo Tibet me pareció fascinante.

Recordé que dentro de unos días iba a tener que decidir si ir hacia Dharmasala, al encuentro de los lamas, o a Bangalore, a conocer a Sai Baba. Busqué un libro de Sai Baba y lo empecé a hojear. Inmediatamente me empecé a sentir mal. El libro hablaba de Baba como si fuera Dios y él mismo, en sus mensajes, eso decía de sí mismo.

Recordé una reunión en Tepozotlán en un centro dedicado a Sai Baba. Vi los adornos, las fotografías, la devoción total hacia Baba, la arena que conservaban porque Baba había caminado sobre ella, y el pelo que Baba les había regalado y que conservaban dentro de un recipiente especial. Yo no era capaz de esa devoción. Recordé que en Hairakhan alguien había dicho que Sai Baba era homosexual y evoqué el enojo que me produjo oír eso. Cerré el libro sintiéndome peor. Eran casi las 4 de la tarde y Maharaji estaría casi listo para el darsham vespertino. Me apresuré y al llegar al ashram mi sensación de malestar aumentó. Yo era judío y no podía aceptar a Dios en forma concreta.

Como siempre, Maharaji estaba semirecostado en su camastro y con una sonrisa en sus labios. Uno de los niños del ashram se acercó a él y le ofreció unas flores.

El hatha yoga fue lo que me ayudó a recuperarme. Parado de cabeza el panorama ya no se veía tan desesperante. Después de todo, Sai Baba tenía derecho a decir lo que quisiera.

En la noche, Muktananda habló acerca de las diferencias entre samadhi y atestiguar estimulado por la pregunta que yo le había planteado. Cuando samadhi llega a ser sobre el Ser o Atman y atestiguar es también sobre el Ser, el Observador individual (en ambos casos), se funde en la conciencia universal. Sin embargo, continuó el swami, no existen dos personas que experimenten lo mismo y, si lo hacen, es porque la secta o escuela metafísica a la que pertenecen los incita a ello. Educado en Londres, swami Muktananda tenía un dominio total del inglés.

A medida que se extendía en su discurso, aceleraba el paso de las palabras como si no le diera tiempo de expresar todo lo que pensaba. También en esta ocasión lo hizo y sentí que la contestación que había dado al principio no necesitaba mayores comentarios. Era perfecta y clara. Lo que ahora seguía diciendo era que el relativismo en la mística era total. Algo en mí reaccionó. No me gustó el concepto de total relativismo en experiencias místicas. A mí me parecía que existen grados o niveles claros y comunes de conciencia y lo que decía Muktananda era que la realidad de los estados de conciencia era totalmente subjetiva. Un vedantista, continuó el swami, sentiría que en el punto más alto de su desarro-

llo su yo y el self universal están indisolublemente fusionados. En cambio, un yogui de la tradición de Patanjali, encuentra que su yo aparece como separado y sobre la naturaleza.

Un budista tibetano experimentaría sonidos espirituales hasta llegar al sonido más trascendente, signo y señal de la realidad más universal.

Algo me hizo recordar a Pachita. Cuando ella se preparaba para realizar una operación psíquica, entraba en trance para que su cuerpo fuera ocupado y manejado por Cuauhtémoc, un ser desencarnado, entidad espiritual que realizaba milagros a través del cuerpo de Pachita. Ella me había dicho que la presencia de Cuauhtémoc la sentía cuando en uno de sus oídos aparecía un sonido muy especial.

La decisión acerca de ir al sur o al norte también apareció en ese momento de evocación a Pachita. En Delhi, Kirpal Singh tenía un ashram en el cual enseñaba a percibir la corriente sonora divina. Quizás lo que Pachita oía era el sonido que Singh denominaba divino.

Me gustó encontrar un significado tan inesperado al deseo de conocer la técnica de Singh. Después de todo, me dije en la noche, después de la meditación, en Hairakhan Suasteji me dijo que iría al sur y quizás tenía razón.

Antes de dormirme entendí por qué el relativismo subjetivo de Muktananda no me gustaba. En mis ideas fisiológicas existían niveles exactos y congruentes de interacción entre campos. En esos niveles se activaban lo que yo llamaba "orbitales de la conciencia", los cuales eran iguales para todos, tenían una existencia real y objetiva. La consideración del swami, acerca del relativismo espiritual, estaba en contra de mis ideas y eso me hacía reaccionar negativamente.

El relativismo lleva a la proliferación de las diferencias, seguí pensando estimulado por un recuerdo. En una visita a los Estados Unidos había ido a cenar a un restaurante en el que se ofrecían 300 o más variedades de sandwiches. La proliferación de las diversidades es infinita pero hastiante, seguí pensando. Después me di cuenta que tenía demasiado sueño y que mi mente empezaba a corto circuitarse activando recuerdos por simple analogía.

llo su yo y el self universal están indisolublemente fusionados. En cambio, un yogui de la tradición de Patanjali, encuentra que su yo aparece como separado y sobre la naturaleza.

Un budista tibetano experimentaría sonidos espirituales hasta llegar al sonido más trascendente, signo y señal de la realidad más universal.

Algo me hizo recordar a Pachita. Cuando ella se preparaba para realizar una operación psíquica, entraba en trance para que su cuerpo fuera ocupado y manejado por Cuauhtémoc, un ser desencarnado, entidad espiritual que realizaba milagros a través del cuerpo de Pachita. Ella me había dicho que la presencia de Cuauhtémoc la sentía cuando en uno de sus oídos aparecía un sonido muy especial.

La decisión acerca de ir al sur o al norte también apareció en ese momento de evocación a Pachita. En Delhi, Kirpal Singh tenía un ashram en el cual enseñaba a percibir la corriente sonora divina. Quizás lo que Pachita oía era el sonido que Singh denominaba divino.

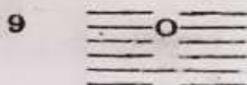
Me gustó encontrar un significado tan inesperado al deseo de conocer la técnica de Singh. Después de todo, me dije en la noche, después de la meditación, en Hairakhan Suasteji me dijo que iría al sur y quizás tenía razón.

Antes de dormirme entendí por qué el relativismo subjetivo de Muktananda no me gustaba. En mis ideas fisiológicas existían niveles exactos y congruentes de interacción entre campos. En esos niveles se activaban lo que yo llamaba "orbitales de la conciencia", los cuales eran iguales para todos, tenían una existencia real y objetiva. La consideración del swami, acerca del relativismo espiritual, estaba en contra de mis ideas y eso me hacía reaccionar negativamente.

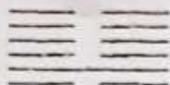
El relativismo lleva a la proliferación de las diferencias, seguí pensando estimulado por un recuerdo. En una visita a los Estados Unidos había ido a cenar a un restaurante en el que se ofrecían 300 o más variedades de sandwiches. La proliferación de las diversidades es infinita pero hastiante, seguí pensando. Después me di cuenta que tenía demasiado sueño y que mi mente empezaba a corto circuitarse activando recuerdos por simple analogía.

¿Qué significa quedarme en Rishikesh?

29: K'an . . . El abismo — Peligro.



7: Shih El ejército.



Hoy conocí a un hombre santo. Vive desde hace 20 años en una cueva en la ribera del Ganges. Medité a sus pies y me llenó de bendiciones. Después describiré la experiencia.

Después fui a la sala de meditación de Sivananda, la que olía a incienso.

Me acerqué a la tumba de Sivananda y sentí una presencia magnífica, llena de bondad y luz. Me mantuve unos minutos allí hasta sentir que todo mi ser había absorbido esa energía. Me fui a sentar a mi lugar. En el trayecto, y mientras caminaba desde mi ashram, había estado escuchando una melodía que surgía de la otra orilla del Ganges y que saturaba toda la atmósfera de Rishikesh. Se repetía isócrona, suave... Om Namaha Shivaya, el mantra de Muktananda de Ganeshpuri, el mismo de Babaji de Hairakhan y de millones de hindúes. En la sala de meditación alguien tocaba el órgano y también cantaba mantras. Rishikesh me había devuelto la confianza en mí mismo y mi capacidad de trascender. Era como si Goenka me hubiese limpiado dejando vacío, Babaji me hubiese llenado del Ser y Maharaji y Rishikesh me hubiesen dado la fuerza para mantenerme en mí mismo y encontrar la manera adecuada de continuar mi desarrollo espiritual.

Ahora, desde hacía dos días, estaba sintiendo un llamado para dirigirme a otra parte de la India. No sabía si al norte o al sur.

La sala de meditación se fue llenando. Todos esperábamos a swami Krishnananda. Yo había aprendido a respetar su presencia; su intelecto y su comportamiento eran de una fuerza y dignidad impresionantes. Por fin apareció, y uno de sus jóvenes adeptos se arrodilló frente a él y le tocó un pie. Krishnananda lo regañó riéndose. Dentro de 15 o 20 minutos tendría que dar un mensaje a la comunidad de su ashram.

Viejos monjes rapados, entusiastas occidentales, visitantes de la India y de todo el mundo lo escucharían. Su voz iba a ser grabada para luego transcribir sus palabras y hacer de ellas imploraciones, folletos, revistas, libros.

Él lo sabía y en una actitud de total concentración se sentó al frente de la comunidad. Yo lo veía pidiendo claridad e inspiración. Su campo era tenso y fuerte, parecía indagar en la mente de todos por algún problema común, algún desarrollo que estuviese en la frontera de la conciencia humana. Sentí a la conciencia impersonal esperando ser estimulada un paso más. Era como si el conocimiento planetario tuviese vida y allí, en ese ashram, Krishnananda estuviese explorando su última frontera, tratando de alimentarlo con coherencia e intentando reorganizarlo para que continuara avanzando. Se retorció, rascaba la cabeza. Uno de sus ayudantes repetía un mantra interno y parecía estar al borde de la locura. Me impresionó su total falta de paz. Parecía vivir en el filo de una navaja y estar, a cada instante, a punto de resbalar de ella.

Por fin Krishnananda descansó, juntó a sus manos a la altura de su entrecejo en un gesto rápido, casi anónimo, buscando no ser visto, pero sin éxito. Parecía darle las gracias a alguien por haberle hecho llegar la inspiración.

Habló, de nuevo, de lo que más me interesaba a mí, del significado del samadhi. Me había intrigado tanto ese concepto los últimos días, que casi no me sorprendí al oírlo hablar de ello.

Sin embargo, no era coincidencia. Era la segunda ocasión que acontecía que Krishnananda hablaba de lo que yo estaba pensando. La sincronicidad era perfecta. Yo había llegado a la conclusión de que la meditación debía tener como objeto de concentración el último punto del desarrollo o lo que más cerca estuviere del espíritu. Así, el espacio era un buen candidato para ello aunque el mejor era el Ser en sí sin intermediarios o modelos aproximativos. Krishnananda dijo que samadhi debía hacerse sobre aquello que satisficiera todas las necesidades intelectuales, religiosas, racionales, emotivas, etc., del meditador. Me encantó la conclusión y me gustó la referencia continua a Patanjali, el creador del yoga y el que primero habló de samadhi como técnica. Samadhi es comunión sin ego. Total fusión del Observador con lo

observado, unión que cuando se realiza con Dios trae como consecuencia el autoconocimiento universal. Recordé lo que me había sucedido en la tarde: Walter, el discípulo veterano de Maharaji me habló de la existencia de un gran hombre en Rishikesh. Vive, me dijo, en una saliente de la ribera del Ganges. Allí tiene su cueva. ¡Ve a verlo!

Ni tardo ni perezoso, tomé un bote y me dirigí hacia el encuentro de Baba. Lo encontré sentado debajo de una roca, junto con algunos de sus adeptos.

Su pelo y su barba blancas me dieron la bienvenida. Su cara era de una placidez y paz totales. Lo saludé y me devolvió el saludo con una mirada que me traspasó.

Me senté y cerré los ojos. Una brisa fresca soplabá y traía el olor húmedo del Ganges. Mi mente se fue fundiendo en sí misma y de pronto me encontré experimentando una sensación de gozo sin obstrucciones. Pensé que acababa de entender la diferencia entre el samadhi sin y con semilla, y que lo que acababa de experimentar era lo primero.

Seguí meditando y la sensación de gozo, libertad, frescura y calma continuó. De vez en cuando alguien le preguntaba algo a Baba y éste contestaba con una voz tan tranquila y pacificadora que en lugar de distraerme me hacía ir más adentro en mi felicidad. Era maravilloso y natural y bellísimo. Durante más de una hora me mantuve en ese estado dando gracias a Dios y a Baba por sus bendiciones y satisfecho de no hablar ni entender lo que se decía a mi alrededor. Oía los pájaros y el sonido del agua del río, el viento me acariciaba y la sensación de gozo se hacía cada vez más intensa.

Por fin me levanté y me despedí.

Me acerqué a una playa localizada a una pequeña distancia de la cueva de Baba y me senté a meditar. El gozo continuaba. Era puro, sin objeto, sin medida, sin condición externa. Simplemente era.

Abrí los ojos. El agua y sus destellos vespertinos me maravillaron. Hice samyama (samadhi) sobre su superficie y me pareció infinita en sus ondas, reflejos, cambios de densidad, movimientos, interacciones entre ondas. Pensé que podía quedarme allí toda la vida, era atemporal, infinito, lleno de gracia. Volteé a ver los Himalayas y su majestad me llenó aún más. Todo era hermoso y todo estaba bañado

de gozo. Regresé al ashram después de bañarme en el agua helada del Ganges. Ya no me afectaba su frío. Era delicioso y refrescante.

Me mantuve en gozo todo el día y en todo instante le mandé las gracias a Baba.

Ahora, mientras escribo esto en mi cuarto, en la medianoche, sigo sintiendo esa felicidad incondicional que parece surgir de una fuente infinita puesta al descubierto por Baba. ¡Que todos sientan esta paz, que los seres se saturen de ella y que el amor circule en nuestra casa planetaria!

Krishnananda había dejado de hablar y el maestro de música del ashram de Sivananda se aprestó a tocar una canción espiritual. Uno de sus discípulos cantó con esa tonalidad y oscilación de la voz que hace de la música sacra hindú un ejemplo de inspiración y belleza. La misma forma de cantar decía que todo en la realidad es vibratorio y oscila de la misma forma que la voz femenina cantando. Cerré los ojos y seguí sintiendo ese gozo delicioso que me empapaba y llenaba todos los poros de mi ser. De nuevo le di gracias a Baba.

Recordé que cuando regresé a mi ashram después de visitar a Baba, me encontré con un sadhu anciano. Llevaba un bastón terminado en tridente, y con una madera en forma de serpiente, enrollada en toda la longitud de la pieza. Me recordó a la representación de Kali en el ashram de Babaji de Hairakhan en la persona de aquel italiano parecido a un mandarín chino. Este sadhu parecía representar lo mismo. Me llamó. Fumaba hashish de una pipa parecida a la de Prem Baba. Me la ofreció. Yo me negué y él insistió. Un soldado se acercó al sadhu y a mí y me llené de temor. El soldado extendió su brazo y le entregó un cubo oscuro al sadhu. Era hashish muy concentrado. Voltéé a ver al soldado y nos sonreímos. El sadhu volvió a insistir en que yo fumara. Me alejé de allí después de negarme de nuevo. En el momento en el que me paré, un camión que pasaba por la carretera tiró el tridente del sadhu.

Me fui pensando que había sido una prueba de lo que Prem Baba representaba. Me sentí muy bien de haberla pasado sin tacha alguna.

26 de marzo

Aquellos que se satisfacen con las sensaciones corporales como objeto de meditación deben sentirse sumamente satisfechos con la técnica de Goenka. Yo parezco no pertenecer a ese grupo de seres a pesar del dictamen personal de Krishnananda cuando me felicitó por querer ir a Igatpuri. Pero ahora, el mismo Krishnananda me aclaraba el por qué de mi desesperación y desencanto cuando terminé los cursos con Goenka.

El hombre debe buscar lo trascendente, lo religioso, decía Krishnananda, y yo nunca estuve más de acuerdo con alguien.

Soñé que viajaba en un avión junto con el Dalai Lama y otro monje. Ellos estaban sentados en el asiento delantero izquierdo y yo en un asiento trasero. El avión intentaba aterrizar pero se encontraba con una puerta de hierro y sufría un accidente. Obviamente, decidí no ir a Dharmasala. El día amaneció nublado y a la mitad de la meditación matutina el rugido de los relámpagos y el tintinear de las gotas de lluvia refrescó nuestro espíritu. A las 6.30 de la mañana Rishikesh se bañó en agua celeste y el perfume de la tierra nos agasajó al salir del salón de la meditación. Recordé tiempos pasados en Tepoztlán.

27 de marzo

Me preparo para viajar a Delhi. Salir de Rishikesh es como dejar el paraíso. Estoy seguro que regresaré.

El día amaneció como si fuese el primer día de la creación. Después de la meditación y del yoga fui a ver al swami Krishnananda. Me lo encontré firmando cartas y fuera de sí mismo. Le pregunté la diferencia esencial entre atestiguar y samadhi y no me quiso contestar. Me fui sintiéndome muy mal. Me encontré a mi amigo, el swami filósofo, y le dije que debía ir a ver a sus hijas. Me dijo que tenía cosas más importantes que hacer. Tenía dos, una de 12 y otra de 6, y no las había visto desde hacía años. Me sentí enojado con Sivananda por tener tales discípulos. Fui a la biblioteca y me enteré que otro de sus alumnos, swami Vishnu Devananda, gustaba de

volar en un monoplano atravesando las áreas de mayor tensión planetaria llevando flores y mensajes de paz.

Yo había conocido a los discípulos de Vishnu y por lo que sabía de él, su actitud era suicida.

Dejé la biblioteca y penetré al salón de meditación de Sivananda. Me senté a meditar en el tabernáculo junto a su tumba, cerré los ojos y me concentré. Inmediatamente una energía parecida a la del Babaji de Hairakhan me envolvió. Su cualidad era similar pero más madura, más constante, con mayor sabiduría. Me dejé ir y olas de éxtasis me llenaron. Mi mente y mi cuerpo parecían sumergirse en un océano de Gracia eterna e infinita. No existía más que luz y Gracia, bienaventuranza, delicia, espíritu, mismidad bañada de gozo.

Era increíble, era más de lo que podía imaginarme. Absorbí esa energía, la guardé en mí mismo y de pronto supe que debía darla, irradiarla y que yo era un canal, una especie de antena que recibía y emitía. Lo hice. Visualicé a mi hija y la irradié, lo mismo hice con mi familia, con partes de mi país, con mi casa en México, con mis amigos y con quien necesitara de esa bendición que Sivananda me estaba regalando. Supe que Sivananda estaba vivo. Allí mismo, frente a mí, en su tabernáculo. Lo amé y lo perdoné y busqué su perdón.

En la tarde fui a visitar al Baba de Rishikesh. Su inocencia me traspasó. Una niña de 8 años era su traductora y todos nos reímos por su gracia y su perfecto acento inglés. Me sentí en casa, viéndome con un sabor delicioso y tratando de recordar a quién se parecía Baba. Yo conocía a alguien con un parecido extraordinario o quizás lo había soñado.

Me fui de allí sintiéndome renacido. Llegué al ashram y subí a ver a Maharaji. Me lo encontré con su sonrisa de abuelito, recostado en su camastro. Los grandes hombres, me dije a mí mismo, son como Baba y Maharaji, simples, inocentes y humildes.

Llevaba mi cristal de cuarzo y me había propuesto convencer a Maharaji para que lo probará. En México lo había utilizado para activar y estimular la visión extraocular en niños.

Cuando viví en el monasterio Sivananda en Cuernavaca, aprendí a meditar con cristales. Algo en el cuarzo amplificaba

la mente y permitía profundizar en la meditación. Yo había pensado que era una especie de amplificador de la conciencia y probablemente un estimulador de los chakras.

Le conté a Maharaji acerca de la visión extraocular y el caso de María, una niña que veía un programa de televisión con los ojos vendados cuando al ponerse en contacto con un cristal de cuarzo, su percepción extraocular se volvió más fina y enfocada. Los niños que aprendían a ver con sus ojos tapados lograban perfeccionar su arte cuando interactuaban con cristales de cuarzo. Maharaji se rió. Me dijo que en Rishikesh había vivido un motociclista que gustaba viajar en la calle con los ojos vendados. Por otro lado, continuó, uno no necesita cristales para hacer lo que yo decía. El uso de cristales y su efecto, siguió diciendo, no lo conozco, la ciencia física es la que podría estudiarlo, yo sólo puedo decir que si el cristal lo usas en lugar de tu corazón, vas a acabar con cristal y sin corazón. Me gustó mucho lo que oía. Yo había querido estimular el uso de cristales con la petición de que Maharaji lo probara y su contestación era de total respeto hacia lo humano. Después dijo que yo debería meditar sobre las cosas que oía en el satsang (las reuniones vespertinas con Maharaji).

Yo le había comentado lo bien que me sentía en Rishikesh a una de las muchachas que cuidaban a Maharaji. Me encantaba esa muchacha, morena, directa, sin inhibición alguna y totalmente sincera y abierta en sus movimientos, palabras y emociones. Ella, a su vez, le había dicho a Maharaji lo bien que me sentaba Rishikesh. Por supuesto que te sientes bien aquí, me dijo aludiendo a mi comentario, Rishikesh es un lugar lleno de bendiciones, su atmósfera está saturada de espiritualidad. Si aquí no te sintieras bien en ningún lugar te sentirías bien; somos nosotros los responsables.

Era totalmente cierto. Cuando fui a visitar a Baba aproveché la presencia de la niña traductora para preguntarle acerca de la técnica de meditación usada por el santo. Él preguntó a su vez si yo deseaba conocer la técnica de meditación o su técnica de meditación. Yo quiero saber, le dije, tu técnica de meditación. Baba se rió como un niño travieso y dijo algo que la traductora me hizo llegar: ¡Baba no sabe cómo medita!

Detrás de Baba estaba sentada otra niña. Yo había visto

cómo, al despedirse del santo, se había enojado porque este último no la había mirado directamente a los ojos.

Estoy en un país maravilloso, me dije recordando a esa niña.

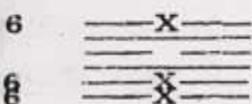
Maharaji, Baba y tantos otros eran los responsables de que Rishikesh se sintiera tan maravilloso, pero seguramente no solamente Rishikesh.

28 de marzo

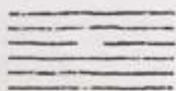
Otra vez, cuando estoy a punto de hacer un cambio, me lleno de temor, me paralizó, siento que mi vida va a terminar, que mi mente será destruida, que no existe luz en el firmamento de mi espíritu. Es terrible, sobre todo porque es nuevo, antes no me sucedía y ahora acontece con relación a mis decisiones. Había decidido ir a Delhi, tomar un curso con Kirpal Singh y después ir a Varanase para terminar en Nepal. Ahora, después de una noche llena de bendiciones y de una meditación matutina en un contacto total con el Ser, empecé a dudar ¿para qué me voy de aquí si en Rishikesh he encontrado la paz y la Gracia del Ser?

¿Debo quedarme en Rishikesh?

39: Chien Obstrucción.

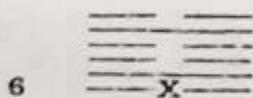


9: Hsiao Ch'u El poder de lo pequeño.

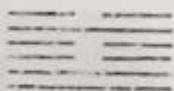


¿Debo ir a Delhi?

29: K'an El abismo.



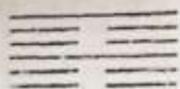
60: Chieh Limitación.



¿Qué debo hacer?

52: Kên

Quédate quieto.



Estoy en un tren nocturno camino a Delhi con dos amigos, Walter y Cindy. Él con más de doce años de experiencias espirituales viajando por todo el mundo, ella domadora de caballos salvajes.

Me costó mucho trabajo salir de Rishikesh. Subí a despedirme de Maharaji y no me atreví a entrar a verlo porque estaba solo. Me fui al ashram de Sivananda a meditar en el tabernáculo. Al sentarme en una esquina del altar una voz me preguntó por qué me iba. Yo traté de explicarle, pero no encontré una razón de suficiente peso. Después me dijo que estaba bien siempre y cuando regresara. Yo dudé acerca de si el origen de la voz era Sivananda o algún nivel de mi propia mente. Después me dejé ir, pero no sucedió lo del día anterior. Recordé algo que había leído acerca del budismo tibetano. En él existen prácticas que prometen generar mentes autónomas a partir de la propia. Lo llaman: generación de deidades. En México este tipo de "trabajos" es muy común. Me pregunté si realmente me interesaba estudiar ese tipo de cuestiones.

A la salida del salón de meditación me encontré a un grupo de españoles platicando alrededor de una muchacha a quien había visto en un curso de Goenka en Jaipur y quien me había llamado poderosamente la atención por su belleza felina. Estaba trabajando pulseras de hilo en un pequeño telar de manufactura casera. Me senté junto a ella. Le estaba enseñando a fabricar pulseras al otro mexicano, Miguel. Me encantó el trabajo. Victoria (así se llamaba la muchacha) explicaba que haciendo pulseras se había costeadado un viaje por todo el Oriente.

Contó sus aventuras y la fe que había adquirido en los momentos de mayor necesidad. Siempre, dijo con firmeza, siempre uno recibe la ayuda necesaria.

Mientras platicábamos y yo también aprendía a tejer pulseras, oí el sonido del tambor hindú, la tabla, a mi derecha. Me dieron muchas ganas de quedarme en Rishikesh,

aprender a tocar la tabla, estar en contacto con esta gente, Maharaji, Krishnananda, las bibliotecas, el Ganges, los ashrams.

Eran casi las 4 y me apresuré a mi ashram. Era el tiempo del darshan con Maharaji. Llegué y me encontré con la terraza llena de gente y Maharaji, como siempre, acostado en su camastro.

Me senté recargándome en un pilar y Maharaji hizo burla de mi gordura. "Te vas a tardar años en llegar a ser yogui", me dijo. Me preguntó por mis planes y al oír que me iba y que tenía pensado explorar el budismo tibetano y el Shaivismo de Cachemira me dijo que al final de todos esos ismos regresaría con él; que lo que necesitaba era conocer el último nivel de la realidad. Conocerlo directamente, recalcó, saber si es o no sensible, si tiene atributos, si se mueve. Le pregunté acerca del por qué a veces uno se sentía lejos y otras veces cerca y en contacto con uno mismo. Se rió; ¿quién se pone en contacto con uno mismo? Yo me quedé mudo, por supuesto que era absurda la pregunta. ¿Qué acaso existen dos atmanes (self, yoes)? me preguntó riéndose con su gracia de abuelito bonachón.

Yo también reí, pero dentro de mí empecé a preguntarme si no debía cancelarlo todo y quedarme junto a Maharaji.

¿Cuáles son los atributos de la última realidad? le pregunté, sintiendo que se me iba el corazón en la pregunta. Maharaji se puso serio, sabía lo importante que era lo que me acontecía en ese momento.

No tiene atributo alguno, contestó con firmeza. La materia es movida por Él pero Él es inmóvil.

Busca, me dijo con una seriedad y un poder que me traspasaron totalmente, busca aquello que está al final de la materia, la última realidad, lo que le da vida al resto. El intelecto, la conciencia humana es sólo un espejo de esa realidad última. Experimentala en tí mismo.

Un silencio inspirado siguió a las palabras de Maharaji. Volteó a verme y yo sentí que recriminaba mi súbito abandono. Sentí su amor. Me preguntó si había aprendido algo nuevo en ese ashram. Yo no supe qué contestar. Solamente dije que había aprendido las bases de la aparición de la luz divina, aquella que permite ver y había recordado lo que es

la Gracia. Había sentido que ambas cosas se podían mantener pero que todavía no sabía cómo mantenerlas en mí mismo. Yo llevo, me contestó Maharaji, 75 años trabajando en ella y tú crees que en tres semanas lo puedes lograr. Ve a ver a tu Laxman Jhu a Srinagar, a tu budismo tibetano, y cuando quieras llegar a aprender a mantener el gozo y el Ser vuelve a mí.

Me impresioné. Debía haberle dicho que lo que aprendí era el haberlo conocido pero, como siempre, no se me ocurrió sino varias horas después que el verdadero conocimiento novedoso era su propia presencia.

Tampoco le dije que tres días antes, en una meditación solitaria, lo había visto dentro de mí mismo y me había guiado hacia el encuentro con una realidad de mismidad absoluta y gozo inacabable.

Walter me llamó la atención. Eran ya más de las 5 de la tarde y debíamos irnos. Íbamos a viajar en el tren hacia Delhi, el mismo tren que detenido más de dos horas en Hardwar me está permitiendo escribir esto.

29 de marzo

Llegamos a Delhi a las 7 de la mañana, después de una noche difícil. Yo no había podido dormir, sobre todo después de una plática con Walter. Me había relatado su encuentro con Maharaji después de años de una búsqueda febril que lo habían dejado casi sin fuerzas para seguir viviendo. Había estado en Nepal, Pakistán, Turquía..., buscando, siempre buscando. Por fin, había llegado a India y al preguntar en una oficina de turismo por un lugar en el cual habitaran hombres santos, le habían mencionado Hardwar. De esta ciudad alguien lo había llevado a Rishikesh, directamente al ashram de Maharaji. Al verlo, supo que era él su maestro. Durante cinco años vivió en Rishikesh aprendiendo raja yoga del anciano yogui. Ahora se preparaba para regresar a los Estados Unidos, su país de origen, para después retornar a Rishikesh, y poder permanecer otros cinco años al lado de su centenario maestro. Walter me contó las giras mundiales de Maharaji y la protección y sincronicidad que siempre se

daban en ellas. En la noche, mientras el tren avanzaba y se detenía docenas y docenas de veces en otras tantas estaciones, yo pensé en mí y en mi poca capacidad de entrega. Yo también buscaba, pero parecía haber llegado a la conclusión inescapable de que debía encontrar a mi maestro y guía en mi interior. De hecho, cada vez que me lo proponía y dejaba atrás ilusiones y dependencias, oía la voz de mí mismo diciéndome qué hacer y mostrándome el camino. Cuando la voz era auténtica y lograba diferenciarla de mis condicionamientos e identidades introyectadas y seguía sus consejos, el mundo me mostraba sus patrones sincronísticos con una claridad prístina e indudable.

No lo sabía en ese momento, pero más tarde, ese mismo día, iba a tener una muestra clara de las inexistencias de azar en el mundo. Al llegar a la estación fui a preguntar acerca de la dirección del viaje a Varanase y a Bangalore. Varanase era una posibilidad que tenía planeada. Algo me decía que allí aprendería mucho.

Bangalore significaba Sai Baba y puesto que había desechado la posibilidad de ir a verlo, me asombré al preguntar por la duración del viaje con ese destino.

El tren a Bangalore había salido ya y el de Varanase saldría en 30 minutos. Me dieron ganas de irme de una vez, pero me refrené. Debía sacar una visa para Nepal y recoger mi correspondencia en la embajada de México en Delhi. Además, quería conocer a Kirpal Singh.

Me despedí de Walter y Cindy sintiéndome fuerte y agradecido con ellos y sabiendo que los volvería a ver algún día. El día anterior había martirizado a mi mente con temores acerca del futuro y el futuro estaba aquí y todos mis temores eran falsos. En Rishikesh me había sentido incapaz de viajar en tren, de regresar a una ciudad, de seguir viviendo y he aquí que acababa de viajar, estaba en Delhi y a punto de quedarme solo y, a pesar de todo, me sentía muy bien.

A Delhi la volví a sentir con la misma energía, presencia y vibraciones que la ciudad de México en un día domingo.

Corrí a la calle sintiendo que había renacido, que era un hombre de nueva cuenta gracias a Maharaji y que era dueño y maestro del presente gracias a Goenka.

Fui a la embajada de México. La sentí como mi casa,

arreglé mis cosas, leí la correspondencia y una carta de mi hija me hizo entender que ya era yo un padre de una mujercita adolescente.

Después fui a desayunar tras de hacer yoga y meditar junto a un templo imponente, parecido al Taj Mahal, localizado frente a la embajada. Era la tumba de un emperador y me asombró su poderío y la razón de su construcción. Me encontré con un señor delgado que se me acercó y me empezó a contar que era un jockey profesional. Al enterarse que yo era de México se entusiasmó. Su sueño era ir a México a correr caballos en el hipódromo. Me hizo acompañarlo al hipódromo de Delhi y me enseñó las caballerizas, los establos construidos por los ingleses y los magníficos caballos de carrera, indios, árabes, de pura raza, de pelo lustroso y estampa poderosísima. El templo del emperador, los caballos de carrera, el poder de la fuerza y de la sangre real me llenaron. Me pareció que todo ello contenía un mensaje. Le pregunté acerca de su ciudad natal y me dijo que venía de Madras, muy cerca de Bangalore, que conocía a Sai Baba, que el clima de Bangalore era benigno, en fin, que debía yo ir allá.

Me sentí incómodo, todo era claro excepto unas vibraciones aplastantes del jockey que me ahogaban. Pregunté por su fecha de nacimiento y resultó ser un cáncer del 28 de junio. Supe la razón de mi ahogo y me despedí sintiendo que me liberaba de un viejo yugo. Mi ex-esposa era cáncer y todas las mujeres de las que me he enamorado han sido cáncer. Mi relación con los signos de agua era de gran acercamiento y amor seguido de parálisis y muerte.

Sai Baba era Escorpio, casi Sagitario, como yo, pero Escorpio. De nuevo me asombré de mí mismo por mi tendencia a caer en pensamientos astrológicos. Siempre los he tenido en gran estima por su sabiduría, pero también me han detenido, me han hecho ser supersticioso y limitado en mi capacidad de trascender. Últimamente rechazaba cualquier alusión a la astrología, pero al mismo tiempo me seguía atrayendo e influyendo.

Fui a la embajada de Nepal. La encontré en una esquina arbolada en uno de los barrios más elegantes de Delhi. Su arquitectura oriental-china me encantó. A la entrada había

unos adeptos de Rajneesh. Su energía me traspasó, era maravillosamente viva, como una campanada de plata. ¡Dios!, el pensamiento astrológico se volvió a apoderar de mi mente. Rajneesh era Sagitario, del 11 de diciembre, un día antes de mi fecha de nacimiento. Quizás mi destino era unirme al movimiento de Rajneesh y vivir en él mi propia naturaleza. Volví a ver el edificio de la embajada y pensé que quizás la energía provenía de allí. Me dije que si volvía a recibir una señal tan poderosa de Rajneesh iría a buscarlo a los Estados Unidos o visitaría su ashram en India. En Jaipur, otro de los discípulos de Rajneesh me había encantado con su fuerza vital, era quizás la persona con la que más identificación había sentido en India y ahora esta gente, también de Rajneesh... Desvié de nuevo el pensamiento, era demasiado complejo pensar en cambiar todo por una impresión que podía ser errónea. Penetré a la embajada. Me encantó el ambiente y recordé que había escrito un libro acerca de una montaña, el Nanga Parbat, que estaba en Nepal. ¡Qué magnífico sería (me dije con entusiasmo) conocer el lugar que me había imaginado y constatar su realidad!

Pregunté y me dijeron que sí, que el Nanda Parbat (no Nanga) existía en Nepal.

Me arreglaron mi visa casi inmediatamente y me pidieron pasar a recogerla al día siguiente. Pedí por un adelanto y accedieron a entregármela el mismo día, lo que era una hazaña y una magnífica señal. En India había yo entendido que una vez que se inicia un patrón, éste se construye y se manifiesta por sí solo siempre y cuando no se le traicione. Era una enseñanza magnífica de la que tenía evidencia casi constante. Las ocasiones en las que había roto un patrón, las consecuencias eran terribles, hasta que se lograba construir otro. Obviamente, en parte lo que sucedía con los patrones era puramente psicológico y subjetivo, pero había una parte indudable de realidad objetiva que no dependía de la mente personal. Era como establecer o no un contacto con la fluidez. Cuando el contacto se realizaba, todo seguía un curso sincronístico. Cuando el contacto se rompía era necesario un tiempo y mucho poder personal para establecer un contacto de fluidez con otro nivel sincronístico. Era como si el mundo estuviese construido por esferas homogéneas de aconteci-

unos adeptos de Rajneesh. Su energía me traspasó, era maravillosamente viva, como una campanada de plata. ¡Dios!, el pensamiento astrológico se volvió a apoderar de mi mente. Rajneesh era Sagitario, del 11 de diciembre, un día antes de mi fecha de nacimiento. Quizás mi destino era unirme al movimiento de Rajneesh y vivir en él mi propia naturaleza. Volví a ver el edificio de la embajada y pensé que quizás la energía provenía de allí. Me dije que si volvía a recibir una señal tan poderosa de Rajneesh iría a buscarlo a los Estados Unidos o visitaría su ashram en India. En Jaipur, otro de los discípulos de Rajneesh me había encantado con su fuerza vital, era quizás la persona con la que más identificación había sentido en India y ahora esta gente, también de Rajneesh... Desvié de nuevo el pensamiento, era demasiado complejo pensar en cambiar todo por una impresión que podía ser errónea. Penetré a la embajada. Me encantó el ambiente y recordé que había escrito un libro acerca de una montaña, el Nanga Parbat, que estaba en Nepal. ¡Qué magnífico sería (me dije con entusiasmo) conocer el lugar que me había imaginado y constatar su realidad!

Pregunté y me dijeron que sí, que el Nanda Parbat (no Nanga) existía en Nepal.

Me arreglaron mi visa casi inmediatamente y me pidieron pasar a recogerla al día siguiente. Pedí por un adelanto y accedieron a entregármela el mismo día, lo que era una hazaña y una magnífica señal. En India había yo entendido que una vez que se inicia un patrón, éste se construye y se manifiesta por sí solo siempre y cuando no se le traicione. Era una enseñanza magnífica de la que tenía evidencia casi constante. Las ocasiones en las que había roto un patrón, las consecuencias eran terribles, hasta que se lograba construir otro. Obviamente, en parte lo que sucedía con los patrones era puramente psicológico y subjetivo, pero había una parte indudable de realidad objetiva que no dependía de la mente personal. Era como establecer o no un contacto con la fluidez. Cuando el contacto se realizaba, todo seguía un curso sincronístico. Cuando el contacto se rompía era necesario un tiempo y mucho poder personal para establecer un contacto de fluidez con otro nivel sincronístico. Era como si el mundo estuviese construido por esferas homogéneas de aconteci-

mientos y uno se conectase con una u otra. Mantos sincrónicos podrían denominárseles.

Cuando el contacto no era posible y uno se mantenía en la interfase entre dos mantras, dos esferas, niveles o patrones, el sufrimiento era horrible. Un patrón u otro era la calma de un destino en desenvolvimiento fluido. Una interfase era confusión, la pérdida de la coherencia y del centro del Ser y el miedo.

Salí de la embajada de Nepal dispuesto a encontrarme con Kirpal Singh. Tomé un rishka de tres ruedas que me llevó a través de una carretera en ascenso y llena de curvas a uno de los suburbios de Delhi en donde se localizaba su ashram.

Llegué a una serie de edificios localizados a la mitad del suburbio, formando parte integral del pueblo. Sentí un poco de temor ante lo inesperado. Le pedí al chofer que me esperara y penetré. Inmediatamente se me acercó un señor y me llevó a un patio cubierto de mantas de todos colores en donde una multitud de hindúes se aglomeraba. Me tomó de la mano y me guió hacia el patio. Me dijo que el maestro se encontraba allí. Nos vimos. Él me pareció un sufi con su barba blanca, su turbante magnífico, su cara de miles de misterios. Pareció reconocermé. Se me acercó y me abrazó diciéndome que era bienvenido. Me sentí bendecido. Lo miré a los ojos y me asombré por su brillo. Casi resplandecían como si una luz interior los estuviese alumbrando. Sentí familiaridad, protección y amor. Un fotógrafo empezó a tomar fotografías. El maestro me miraba y yo sentía un gozo y una tranquilidad total.

Después pude platicar con él. El santo Kirpal Singh era su padre. Había muerto hacía unos años y ahora él, llamado Darsham Singh, ocupaba su lugar, dirigiendo uno de los movimientos espirituales más originales del planeta. Me preguntó cómo meditaba y yo le conté que primero limpiaba mi cuerpo con Vipassana y después hacía raja yoga activando mi tercer ojo y viendo la luz divina para, finalmente, concentrarme en el Ser y enriquecerme con su presencia.

Sonrió, yo me sentía frente a un sheik a la mitad de un desierto con un oasis como fondo. Era Arabia, era las mil y una noches, era la fantasía más desbordada, la mística sufi, la poesía musulmana.

Me invitó a visitar el ashram los días que yo quisiera y a hablar con él. Me dijo que me enseñaría a detectar la corriente sonora y que ella me guiaría de plano en plano hacia mi propio Ser.

Me ofrecieron té, dulces, galletas en medio de sonrisas que yo seguía viendo como provenientes del Sahara, de una duna de arena en medio de una noche estrellada, de la luna vista a través de una palmera. Del Islam y su vida misteriosa y llena de inspiración.

Me despedí. Debía encontrar acomodo en Delhi. Encontré un lugar para turistas frente a la estación de camiones. Acomodé mis cosas y me fui a recorrer Delhi. Sentía que nada era azar, que la sincronicidad era absoluta y me sentí muy bien conmigo mismo. Probablemente Darsham Singh recibía a todos sus visitantes de la misma manera, pero para mí había sido una bendición su encuentro.

Estaba yo muy feliz y con muchas ganas de oír música hindú. Miré a mi alrededor y vi una biblioteca. Faltaban cinco minutos para que la cerraran. Recorrí algunas hileras de libros, uno de ellos me llamó la atención, lo tomé y lo abrí. El título de la página se refería a los sonidos internos asociados con la activación de los chakras. Era increíble, hacía unas horas me había encontrado con el líder del yoga shabd y ahora un libro me empezaba a explicar el significado de las corrientes sonoras, esencia del shabd.

La biblioteca contenía miles de volúmenes y yo había encontrado el adecuado. El libro trataba de muchos temas y yo lo había abierto exactamente en el lugar correspondiente. No me permitieron seguir leyendo. Apunté rápidamente tres sílabas: *lam*, *vam* y *ram* principales asociadas con la activación chákrica y me fui de allí mientras cerraban la biblioteca. Le agradecí al busto de un poeta por su bendición y me volvieron a dar ganas de oír música hindú. En el basamento de la biblioteca encontré un cartel anunciando un concierto de danza y música hindú a realizarse ese mismo día a una cuadra de la biblioteca y dentro de 60 minutos. No pude más que reírme. Me dirigí al lugar y me senté en un auditorio deliciosamente acondicionado. La primera parte la interpretó una mujer que representaba la amante en busca de su amor y todas las peripecias alrededor de su búsqueda. La segunda

parte fue una delicia de sonidos de tablas, cítaras, flautas con una bailarina sin un dejo de artificialidad, totalmente sincera, ella misma, en contacto real con los músicos y con su arte. Le agradecí a Dios por la oportunidad de ver verdadero arte.

En la noche un carrito de tres ruedas con una bicicleta como tracción me llevó a recorrer Delhi. La noche era cálida y la arquitectura oriental de las plazas y la gente recostada en los jardines en una noche sin luna me llenó de placer.

Después de una aglomeración terrible en uno de los suburbios, en total contraste con la placidez de las plazas y jardines y que me hizo pensar que India no era Capricornio, sino Leo (otra vez el pensamiento astrológico: la independencia de la India es el 15 de agosto), llegamos a mi hotel.

Pequeños cuartos rodeaban un jardín en donde italianos, españoles y un mexicano departían alegremente. Fumaban marihuana. Después me enteré que el lugar estaba lleno de adictos a la heroína, la mayoría de origen italiano.

Saqué el colchón de mi cuarto y lo acomodé en el jardín. Me acosté en él y me dormí viendo cómo una pequeña rana cazaba insectos.

30 de marzo

Me desperté a las 6 de la mañana sintiendo la delicia de la cercanía del pasto y la frescura de la madrugada hindú en Delhi.

¡De pronto un sentimiento me atravesó! ¿Debía ir a ver a Sai Baba?

Traté de apartarlo de mi mente, hice yoga, medité pero el sentimiento persistía. Lancé el I Ching y éste me advirtió que ir con Sai Baba era sólo para engañarme con un despertar demasiado apresurado y lleno de dependencias. Me sentí triste, sabía que el I Ching tenía razón pero al mismo tiempo algo en mí deseaba confirmar que Sai Baba era un hombre de Dios y no Dios, y que era posible estar en comunión con él, sin perderse en una dependencia terrible.

Me fui a desayunar a la estación de camiones después de lavar mi ropa y supe que no podía luchar en contra de la tristeza por lo que me había dicho el I Ching. El oráculo

chino tenía razón, me percaté de ello; sin embargo era parte de mí mismo el desear encontrar un verdadero maestro o, al menos, un amigo real. Quería ir a ver a Sai Baba, mi corazón me lo demandaba pero mi mente me lo prohibía. Recordé a Goenka. Si no empezaba a observar mi propio proceso y salía del conflicto entre mi corazón y mi pensamiento acabaría deprimido. Sentí que era muy frágil. Podía estar sintiendo la Gracia y al instante siguiente el martirio de la indecisión. Podía sentirme liberado e independiente y cualquier duda me llevaba hacia la orfandad, el abandono, la tristeza y la muerte de mi Ser. Era de nuevo, seguí pensando, la muerte de mi madre y la búsqueda de su alma.

Era horrible y no podía observarlo. Lo intenté de nuevo, me acordé de todo lo que Goenka me enseñó. La posibilidad de observar cualquier proceso, la posibilidad de ser más allá de los contenidos mentales, la posibilidad de estar en observación en un lugar sin final y sin frontera.

Empecé a verme a mí mismo en el conflicto desde un lugar en el cual no existía más que mismidad y self. De pronto, me pude colocar allí y todo adquirió sentido. Estaba en el infinito, en la calma viendo a mi mente y a sus procesos como algo digno de ser atestiguado pero sin ser afectado por sus cambios. Me sentí libre e independiente y recordé la admonición de swami Krishnananda diciéndome que el budismo llevaba a la liberación total y a la inmortalidad. Me dieron ganas de regresar con Goenka. Vi la fecha en mi reloj y recordé que en dos semanas más empezaría un curso de Vipassana en Dharmasala. Sería magnífico ir y profundizar en Vipassana, pensé por un momento.

Eso me permitiría liberarme de las identificaciones con las oscilaciones de mi mente. Recordé que Maru, una amiga de México, me había dicho que yo tenía mucho de Géminis y que eso se relacionaba con mis cambios.

Paré el pensamiento astrológico. De nuevo caía en las garras de esa estructura. Volví a recordar a Goenka y su énfasis en la imposibilidad de observar el pensamiento en forma directa y, por lo tanto, en la necesidad de hacerlo a través de las sensaciones corporales. Me pareció limitante.

Caminaba saliendo de la estación y, de pronto, también me observé pensando en Goenka y en Vipassana y en sensa-

ciones corporales y me di cuenta que cuando observaba todo me alejaba de la experiencia y observéme alejado y me desesperé.

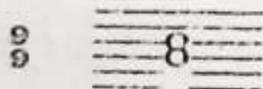
No, ésa no era una forma adecuada de comportarme. Había algo más allá del observarse y más allá del identificarse. La pregunta no era si era mejor ser la lluvia u observar la lluvia, sino cómo estar en el Ser más allá del atestiguar y más allá del samadhi. Observar era magnífico, ayudaba a lograr el estado de Ser pero cuando éste se lograba ya no había necesidad de método. "La red se usa para pescar, pero una vez habiendo pescado, la red ya no debe usarse".

Decidí ir a ver a Darsham Singh. Tomé una rishka y llegué a su ashram. Me dirigí directamente al salón de meditación. Me senté y observé que dos gentes que estaban allí utilizaban unos extraños soportes que les permitían descansar los brazos y taparse los oídos con sus pulgares. Los imité y al instante oí el sonido de la circulación de mi sangre. Quizás, me dije a mí mismo, éste era el método para aproximarse a la corriente sonora: concentrar la atención en ese sonido. Así lo hice y 40 minutos después empecé a llenarme de Gracia y de gozo. Era deliciosa esta técnica. Decidí preguntarle a Darsham Singh si el método que había yo intuido era correcto.

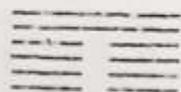
31 de marzo

¿Debo iniciarme con Darsham Singh?

33: Tum Retiro.

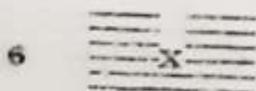


20: Kuan Contemplación.



¿Debo ir a ver a Sai Baba? ¿A Bangalore?

19: Lin Aproximación.

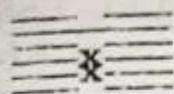


¿Debo ir a Varanase?

8: Pi

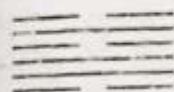
Unión — Pregunta de nuevo.

6
6



48: Ching

El pozo.



Me dieron una cita para ver a Darsham Singh en la tarde. Esperé en un pequeño jardín junto al comedor del ashram. Por fin, Carolina, la discípula más cercana de Darsham, me dijo que el maestro me esperaba. Habíamos comido dos horas antes y yo no me había sentido tranquilo. Me preocupaba el peligro de caer en una técnica concreta. Era cierto que me había sentido muy bien meditando en lo que parecía ser la técnica de Singh, pero también era cierto que la técnica dependía de la actividad sensorial, interna, y eso me daba miedo.

Ya había sufrido las consecuencias de restringirme al uso de una técnica rígida bajo el mando de Goenka y no quería repetir la experiencia.

Carolina me guió al aposento del maestro. Subimos unas escaleras que parecían acabar en un cielo azul cristalino. Darsham Singh se encontraba leyendo, sentado en un sillón en un cuarto pintado de blanco con cortinas también blancas. Se respiraba una atmósfera de calma y concentración. Me senté en un sillón junto al maestro y éste siguió leyendo. Cerré los ojos y empecé a meditar. Por fin oí la voz de Singh preguntándome lo que buscaba. Le dije mis dudas, me preguntó acerca de mi religión. Le dije que era judío y creía en un solo Dios sin forma, color o limitación alguna. Le mencioné que el uso de una luz o un sonido me preocupaba y que lo sentía limitado. Me acordé de la admonición de Maharaji diciéndome que buscara el origen del resto. Darsham me vio a los ojos y algo pareció espantarlo. Se cubrió la cara con sus manos. Sentí que algo en mí lo molestaba. Obviamente debía ser mi estado de duda e incomodidad. Le dije que me disculpaba si le hacía muchas preguntas. Me contestó que no me preocupara, que estaba bien y me aconsejó que leyera un

artículo comparando su técnica con la mística judía. Además mencionó (ya sin cubrirse la cara) que el día 3 de abril habría una iniciación a la que estaba yo invitado. En ella, me dijo, se resolverán tus dudas; mientras tanto, concéntrate en el tercer ojo y repite el nombre de tu Dios. Nos despedimos y recibí la invitación de regresar para discutir las relaciones entre la Cábala y la meditación shabd.

Un discípulo de Singh me llevó a la biblioteca y me mostró los tratados de Cábala, las biblias, el Talmud y la Gemorah y un libro muy conocido titulado "Jesús murió en Cachemira". Puesto que ya había leído los libros de Cábala, tomé el libro acerca de Jesús y otro de Darsham Singh.

Me trajeron té y me senté en el suelo a la manera hindú. Me enteré que según el autor del penúltimo libro, Jesús no murió en la crucifixión. Vivo fue aliviado de sus heridas y junto a su madre María y Tomás salió de Israel hacia la India para buscar las 10 tribus perdidas de Israel, las que se habían establecido en Cachemira y en el norte de Pakistán. El libro mencionaba a Srinagar, a Leh y a todos los lugares que yo había decidido visitar como zonas en las que Jesús vivió y en las que los descendientes de las 10 tribus viven actualmente. También mencionó que la tumba de Moisés se encuentra por esos rumbos. Yo me entusiasmé. Recordé que el I Ching había predicho que me entusiasmara en Delhi. Seguí leyendo y cada línea me confirmaba más y más que algo que yo había deseado profundamente, el encuentro con los descendientes de las tribus perdidas de Israel, estaba a punto de ocurrir. Era maravilloso y le agradecí a Dios por sus bendiciones.

Cansado de leer, me fui a meditar. No sentí lo que el día anterior, no me pude concentrar; mi pensamiento estaba en Cachemira y Srinagar.

En la tarde me invitaron a una reunión de los discípulos e iniciados de Singh. Después de dos días de convivir con ellos me había dado cuenta de algo que me producía mucha tristeza. Parecían depender totalmente de su maestro, no hacían nada sin consultarlo y se veían apagados y sin vida cuando él estaba ausente. En cambio, si él aparecía, inmediatamente se transformaban.

Me fui a mi hotel y en la mañana desperté sudoroso. No

deseaba depender de alguien. Había luchado mucho para no hacerlo y he aquí que, de nuevo, alguien me tentaba para caer en dependencia. Me empecé a sentir confuso. No deseaba perder el contacto conmigo mismo pero estaba a punto de hacerlo. Le pregunté a mi inconsciente a través del I Ching y del péndulo psíquico y la respuesta fue clara: debía ir a Varanase y cuanto antes mejor.

Me fui a la estación de tren en donde encontré boleto y cama y unos discípulos de Rajneesh. Les pregunté acerca de Poona y me dijeron que sólo había hindúes en el ashram pero que aceptaba visitas. Decidí seguir con mi plan de Varanase.

Por fin, me acomodé en el tren y me preparé para pasar las siguientes 18 horas en un vagón de segunda clase, repleto y con una temperatura de horno. Hice meditación Vipassana casi todo el trayecto. Llegué a Varanase sintiéndome muy bien. Había sido una especie de retiro y la meditación me había llevado a observar zonas de mi mente que antes nunca se habían mostrado a mi conciencia.

Bajé del tren y algo me dijo que mi estancia en esa ciudad sería un fracaso. Lo sentí con tanta claridad que estuve a punto de tomar un tren con destino a Madras, en el sur, pero me detuve, era demasiado viajar: 48 horas en tren.

Me interné en Varanase. Fui en busca de unos amigos que no encontré y después terminé en un hotel que más bien parecía una casa inglesa del siglo pasado, con balcones y herrería rematados de detalles.

Dejé mis cosas y fui a recorrer la ciudad. Me espantó su suciedad y la aglomeración total. Era domingo y las calles parecían un carnaval. Caminé hacia el Ganges para ver si acaso los famosos templos y la atmósfera de espiritualidad me refrescarían. Me encontré con más suciedad y vitrales, templos, ritos. Solamente vi a una persona meditando. El resto parecía un total abandono y la impresión era la de un conjunto de muertes enfiladas una detrás de la otra. Tomé una barca y mi impresión se suavizó. Vi los crematorios y gente buscando cosas en el río. Quizás dientes. Me asusté, no soportaba el ambiente que se respiraba alrededor de las piras fúnebres. La barca me dejó en la orilla y casi desesperado, me interné por callejones sucios, olorosos y con basura pero increíblemente pintorescos. Parecía y era el Oriente en

toda la expresión de la palabra. En medio de los callejones, de pronto uno se topaba con templos y lugares de adoración. Un árbol, en cuyas raíces habían construido varios adoratorios, me llamó la atención. Todo retorcido y maltrecho, surgía de la ritualización del espíritu. Mientras caminaba, vendedores de todas las especies se acercaban a mí. Me sentía artificial, copado, atacado por lo que ya no tiene sentido. Quise irme de Varanase, sentí que era una especie de castigo por haberme alejado de Goenka y de Darsham Singh y por haber salido de Rishikesh.

Nada del mundo externo me satisfacía. Me estaba volviendo loco por encontrar un camino de autorrealización y cada vez que me acercaba a lo que parecía un lugar de bendición interna, algo me hacía alejarme de allí y buscar de nuevo. Ya no era posible seguir haciendo lo mismo.

2 de abril

Me sigo sintiendo muy mal. Solamente el yoga y la meditación me salvan de caer en una depresión total. Extraño a alguien y no sé a quién. Ayer me encontré con unos amigos israelíes que conocí en Rishikesh. Me dio mucho gusto verlos.

Al llegar a mi hotel lo encontré sin energía eléctrica. Eso significaba una noche sin ventilador y, con la temperatura de Varanase, eso implicaba insomnio.

Mis amigos habían tomado un curso de Vipassana y se veían muy contentos. Me sentí extraño al enterarme de ello.

Amanecí mejor a pesar del calor.

Antes de la salida del sol me dirigí al Ganges. Hoy es el primer día del año hindú. Cientos de gentes se bañaban y hacían abluciones saludando al sol. Renté una barca y floté durante dos horas en el agua sagrada del río observando el movimiento incesante y abrumador de los pobladores de Varanase.

Regresé a mi hotel y en el camino encontré la sede nacional de la Sociedad Teosófica. Me sentía todavía mal y al penetrar en los edificios centenarios de la Sociedad y ver ancianos trabajando en ella sentí que había llegado con un siglo de retraso a la India. En la biblioteca encontré un volumen rarísimo de Ramana Maharshi. Al

empezar a leerlo volví a sentir que me hubiese gustado llegar a India cuando Maharshi todavía estaba vivo. El viejito que cuidaba la biblioteca me recomendó ir a visitar el ashram de Maharshi cerca de Madras. Sentí que era una magnífica idea y que quizás el tren que me encontré al llegar a Varanase tenía el propósito de llevarme a Madras.

Descarté la idea y seguí leyendo. Maharshi fue uno de los seres más iluminados y claros de la India. "Me dijo" que hice bien al no introducirme al shabd, que la autorrealización no implica ninguna dependencia hacia lo sensorial interno o externo. Le agradecí muchísimo el confirmar y apoyar mis pensamientos más íntimos y empecé a sentir que, de nuevo, me había colocado en el plano de sincronicidad y que todo iría bien a partir de ese momento. Y así fue. En la tarde me encontré con un maestro de música clásica hindú y juntos tocamos unas ragas, él en su cítara y yo en una tabla que había comprado el día anterior. Me invitó a quedarme a estudiar con él y al decirle que yo era mexicano, mencionó a Maura, la que había estado con él durante un tiempo. Recordé que Maura me había contado algo acerca de un maestro de música hindú y me asombré de estar con él.

Habíamos estado tocando durante horas en un cuarto que pertenecía a una fábrica de sedas y telas. El suelo cubierto por un colchón blanco nos había sostenido mientras él se introducía en su cítara y yo lo acompañaba con mi tabla. Otro tocador de tabla se nos unió y yo sentí que ése era mi mundo. Recordé la depresión de la tarde y me asombré por el poder de Dios quien puede dar o quitar su Gracia en una forma tan contrastante.

Caminando hacia mi hotel, de noche, en medio de carretas, búfalos, bicicletas y una muchedumbre, me llamó la atención la fotografía de un ser muy extraño en una tienda. Pregunté al dueño si era su gurú y me contestó que sí y que recién acababa de cumplir 150 años de edad.

En la noche empaqué mis cosas porque al día siguiente viajaría hacia Nepal.

3 de abril

Estoy en la frontera con Nepal. Tengo grandes dificultades para mantenerme concentrado en el Ser y cada vez estoy más seguro que fui drogado en Varanase. Me ofrecieron varias tazas de té mientras intentaban venderme unas sedas y lo que recuerdo de la experiencia es una alteración perceptual intensa y después una sensación de debilidad mental. Estoy muy enojado con India y siento que el estar a punto de penetrar a Nepal es como una respuesta de desprecio hacia el país que he amado tanto y que me ha enseñado tanto para después tratarme como un objeto manipulable a través de drogas.

En mi estado de debilidad he pedido ayuda a una maestra de yoga, ya fallecida, a la que verdaderamente llegué a amar. Se llamaba Nenató y su espíritu sigue vivo con la misma luz y belleza que manifestaba cuando ocupaba su cuerpo. Nenató querida, le pedí, tú que me inspiraste a venir a este país, ayúdame en este trance difícil. Hice yoga en mi cuarto de hotel y después medité. Goenka apareció en mi mente. Me reclamaba mi ausencia de Igatpuri.

El trayecto de Varanase a la frontera estuvo lleno de la atmósfera de Occidente. Un camión de turismo me llevó a mí y a otros 30 occidentales a través de campos secos y calientes en los que, de vez en cuando, aparecían pequeñas lagunas dentro de las cuales búfalos oscuros y gigantescos refrescaban su colosal envoltura corpórea.

Una de esas lagunas me llamó la atención porque en su superficie flotaban lirios acuáticos y flores violetas y un búfalo atravesaba ese paraíso como una especie de exótico rompehielos. Su lentitud y el movimiento de los lirios a su paso me gustaron mucho.

El calor del norte de la India está empezando a volverse insoportable. Espero que Nepal sea más fresco que este infierno. Por otro lado, mi mente no descansa un solo instante. Todo lo analiza y en el trayecto se enfrascó en una discusión consigo misma acerca del origen de sus contenidos. Estoy repasando el Mahamudra y su técnica de observación de la mente como un espejo en el cual se reflejan contenidos. Resulta fascinante el momento en el que es posible separar el contenido del reflejo, permaneciendo consciente de la

pureza del espejo mental. Es como darse cuenta de la verdadera naturaleza de la mente en su pureza fundamental y de la experiencia como oscilación o alteración de la superficie pulida y pura de la misma. Lástima que Goenka insista en que la observación debe hacerse a través del uso intermedio de sensaciones corporales. No comprendo por qué niega la posibilidad de una observación directa de contenidos mentales y pensamientos tal y como el Mahamudra y el budismo tibetano lo aconsejan. Para mí, la negación de Goenka y su insistencia tan poderosa en la imposibilidad de que la mente sea capaz de observar sus contenidos abstractos, me ha alejado de lo que podía haber sido una relación muy productiva. Aún en este momento que lo escribo, siento mucha tristeza por ello.

Durante cinco de las nueve horas del viaje de Varanase a Nepal me dediqué a observar mis pensamientos, emociones y el impacto de las impresiones sensoriales sobre el espejo de mi mente. Un español, compañero en el camión, me relató una experiencia parecida mientras se dedicaba a patrullar el Sahara español durante su servicio militar. Durante 18 meses se dedicó a observar su mente mientras el desierto lo envolvió en una atmósfera candente.

6 de abril

Estoy empezando a sentirme muy solo, en una batalla mortal para mantenerme optimista y en el presente. Al atravesar la frontera entre la India y Nepal pensé que me iba a encontrar con un paraíso y obviamente no fue así. El único cambio ostensible fue la aparición de unos anuncios de Coca-Cola, menos aglomeración de gente y algunas caras morenas de ojos rasgados.

Creí sentir alguna diferencia vibracional. Una sensación interna de mayor suavidad pero tan leve que no pude diferenciarla como objetiva.

De pronto me percaté una vez más que no existe condición de cambio fundamental que no tenga su origen en el interior. A donde voy siempre me llevo a mí mismo y si no soy capaz de cambiar, nada en lo externo me ofrecerá un

sustituto de mi propia mente. Esta lección, tan repetida y constantemente presente, volvía a aparecer en mi conciencia con una claridad y fuerza tales que me hicieron sumirme en el vacío. En realidad, empecé a sentir que yo sólo era un ser despreciable, incapaz de mantenerme vivo, confiado y optimista. Un ser que se ha desperdiciado en la dispersión más absurda y, ahora, lo único que existía era un dolor sostenido por un vacío de muerte.

Algo en mi mente estalló y me llené de terror. Nada existía ni nada era real excepto el dolor y un hueco de podredumbre, un terror sin final, una condición de inexistencia de objetivos, significados y razones válidas para existir. Recordé a Estusha y a mi desesperación por no tenerla cerca, a Goenka como mi más reciente fracaso, a Maharaji, a Babaji, a Muktananda, a Darsham Singh.

La sensación de miedo se fue expandiendo y sentí que llegaba al fondo de la experiencia más intolerable que he sufrido en toda mi vida. Estaba sentado en un camión hirviente cuyo techo parecía haber sido aplastado. Detrás de mí, alguien fumaba marihuana y a mi izquierda, dos nepalíes discutían en un tono de voz que me traspasaba. Recorrí todas las técnicas de control que conozco y resolví repetir un mantra, enfocarme en él y no dejar que ningún otro contenido penetrara a mi mente... Om namah shivaya, Om namah shivaya, Om namah shivaya, Om namah shivaya...

Después de veinte minutos de una batalla de vida o muerte empecé a sentirme localizado en la parte más alta de mi cráneo. No existía otra cosa más que el mantra y la sensación de estar localizado allí, en el tope de mi cabeza.

Volteé a mi alrededor. Los nepalíes seguían discutiendo y aunque el calor seguía siendo muy alto, el paisaje parecía empezar a refrescarse por la aparición aquí y allá de unos árboles frondosos al lado de casas de paja. Atravesábamos una llanura de tierra oscura y de vez en cuando un cauce de un río pintaba la tierra de reflejos de cielo.

La suavidad vibracional que había creído sentir al penetrar a Nepal, se había transformado en fuerza y una envoltura energética de un poder inmenso me penetraba. Lo único que me sostenía dentro de esa masa gelatinosa de energía era el mantra. Durante horas lo seguí repitiendo mientras el calor

no me gusta. Estoy sintiéndome en una total ausencia de conocimiento.

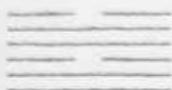
¿Qué me pasa?

25: Wu Wang Inocencia — Esperar con paciencia.

9 

6 

58: Tui El gozoso.



21 de junio

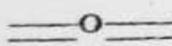
Me llegó ayer un telegrama avisándome que mi hermano Jerry me mandó el boleto a México y dinero. ¡Alabado sea el Señor! Hoy traté de arreglar un registro faltante en mi pasaporte sin éxito.

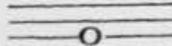
Salí del ashram hacia un pueblito localizado en una montaña, a 14 kilómetros de Rishikesh. Fue horrible, sobre todo porque viajé con la mujer Aries adepta de Rajneesh, la que estaba muy neurótica.

Estoy muy contento pero al mismo tiempo nervioso. Todavía me pregunto acerca de si debo ir a Israel.

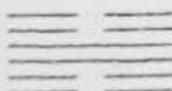
¿Qué me sucede?

50: Ting El caldero.

9 

9 

62: Hsiao Kuo Preponderancia de lo pequeño.



Estoy aprendiendo la técnica de yoga de Iyengar en el ashram de Sivananda. Me la enseña uno de los discípulos del maestro de yoga más estricto de India. Él parece una copia de su gurú. El yoga de Iyengar me impresiona por su originalidad y fuerza. Activa la sensación de Ser en una forma muy

directa. Me gusta el ashram de Sivananda. Está lleno de vida y de espontaneidad a diferencia de mi ashram, el cual me está pareciendo cada vez más un asilo de ancianos y de retrasados mentales.

22 de junio

Debe ser ya Cáncer, porque se siente la emoción del parentesco y la afiliación flotante en la atmósfera húmeda de un casi julio. Rishikesh permanece sumergido en la bruma y todo se moja.

Durante el yoga me di cuenta que estoy aceptando que la realidad del entorno afecta y me da miedo darme cuenta que puedo ser destruido o elevado, dependiendo de la atmósfera, la sociedad, la cultura y el grupo en el cual vivo inmerso. Es terrible. Sería mejor ser independiente del campo.

Otra cosa que me percaté es que me he devaluado, no me aprecio, ni aprecio lo que hago. Me he castigado y el fondo de mi indecisión acerca de ir a Israel es porque siento que es inmerecida la oportunidad y, además, me da miedo encontrar allí lo que verdaderamente quiero, porque de hallarlo, tendría que cambiar totalmente de vida. Es increíble que exista en mí una mezcla tan triste de autodevaluación, autocastigo, miedo al cambio y verdadero masoquismo. Explica sin embargo todo lo que he sufrido en India. Ahora lo único que me resta es la posibilidad de iniciar una vida más amable conmigo mismo y más amorosa con los demás.

En mi pensamiento el miedo de regresar a México y enfrentarme a una soledad horrible desencadenó la cognición de que el conflicto entre Israel y México es sólo un pretexto, una fachada para algo más profundo y terrible: mi enfrentamiento real con la vida. Extraño terriblemente la maestría en desarrollo que inicié en México y trato de imaginarme lo que sucedería si intentara reiniciarla. También eso me da miedo. Soy como un niño chiquito, incapaz de fijar por sí mismo su vida. Necesito una mamá, una comunidad que me cuide y proteja y, al mismo tiempo, rechazo la protección. De nuevo en mí una de las leyes de mi especie: "lo que se niega es lo que se quiere". Cuando uno habla acerca de la independencia y la defiende en forma demasiado exagerada, es que

en el fondo uno es dependiente. Todo tiene su contrario y lo manifiesta sutilmente cuando no habiendo necesidad de ello se verbaliza. Es también lo que le sucede a Muktananda. Tiene una necesidad absoluta de control externo porque su mente está totalmente fuera de control. Esta ley es fascinante por su complejidad y sutileza y por ser tan general. Esto ya lo sabía y lo había olvidado.

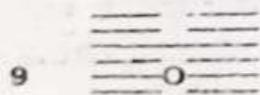
Es como mi necesidad de preguntarle al I Ching o, también, la de buscar la protección de psíquicos. Aquí, en este ashram, el maestro de yoga de la mañana nació un 10. de julio y me ofreció ayudarme en mi decisión acerca de Israel. Otra vez es mi dependencia. Me voy de México para independizarme y caigo en dependencias horribles.

Rechazo a Goenka por miedo a depender y, en cambio, no me incomoda hacerlo con este maestro de yoga. Es todo esto lo que debo cambiar y lo que veía como perspectiva en mi maestría, pero me dio mucho miedo. ¿Cómo una persona tan evolucionada como yo iba a iniciar una maestría?

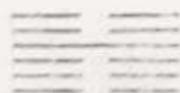
Mi ego me ha hecho mucho daño. Quisiera resolver todos estos problemas y no olvidarlo. Amo a la psicología porque estudia y se enfrenta a todo esto que me pasa. Una bella perspectiva es entrar en un grupo de crecimiento no institucional. Más espontáneo y profundo, no bio-energético y Reichiano, más profundo y serio, pero sin reglas externas que todo distorsionan. Siento que todavía hay esperanza para mí y será cuestión de buscar con quién trabajar.

¿Qué dice el I Ching?

40: Hsieh Liberación — Saliendo del peligro. Se remueve el obstáculo. Regresar a las condiciones normales.



16: Yü Entusiasmo.



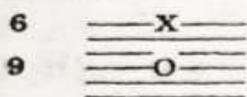
El I Ching me dice que debo regresar a México lo antes posible.

Me desesperé terriblemente. Fui a indagar el horario de los trenes y camiones que viajan a Delhi y no me atreví a

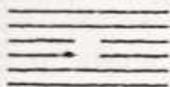
comprar un boleto. Una fuerza terrible me detuvo y me impidió irme de Rishikesh.

Estoy asustándome por los niveles extraños con los que interactúo. Parecería que se ha despertado dentro de mí una energía que desconozco y no puedo manejar.

5: Hsü Alimento (esperar) — Debo esperar. Movimiento prematuro.



61: Chung Fu Verdad interna.

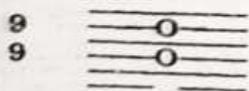


24 de junio

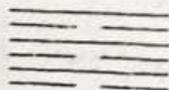
Estoy sufriendo muchos cambios. Siento que cada instante es una vida y entiendo el proceso reencarnacional como los pasos de un instante de vida al siguiente. Las mismas leyes kármicas se dan para un día que para un milenio.

En la mañana decidí ir hacia Delhi. Me sentía fuerte y optimista. Me despedí de un amigo japonés que conocí en el ashram y me dirigí a mi cuarto. Empaqué y casi al salir le pregunté al I Ching acerca de lo que estaba haciendo. Me contestó así:

44: Kou Yendo al encuentro — La oscuridad después de ser eliminada penetra furtivamente. — Hay una tentación para caer en la oscuridad pero las circunstancias lo evitan. Es imposible hacerlo.



64: Wei Chi Antes del término.



Obviamente me alarmé, pero seguí con mi propósito de llegar a Delhi para salir de India lo más pronto posible.

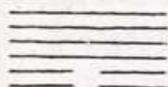
Llegué a Hardwar a las 11 de la mañana, después de despedirme de mis amigos. Noté que estoy más cerca de mis sentimientos y más claro en mis emociones.

Me llenó de gusto el descubrimiento.

Entre Rishikesh y Hardwar me sentí lleno de luz, mientras el colectivo que me llevaba a mí y a otras seis gentes atravesaba bosques y campiñas.

En Hardwar empecé a entender la admonición del I Ching. Una oscuridad siniestra se infiltró en mi cuerpo. Cuando quise subir al camión que me llevaría a Delhi lo único que conseguí fue entrar en una violenta aglomeración de gente luchando por conseguir un asiento disponible. El calor, los gritos y los golpes me llenaron de repugnancia intensa hacia el pueblo hindú. Me bajé y esperé el siguiente camión. Diez minutos antes de que llegara consulté al I Ching. Le pregunté si debía seguir a Delhi. Me contestó:

33: Tun Retirada.



Me debo regresar antes de que sea demasiado tarde. Vi el camión que podría llevarme a Delhi y, de nuevo, la misma aglomeración que en el otro.

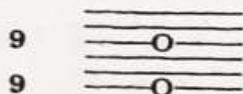
Esto último me decidió a hacerle caso al I Ching.

Tomé el camión de regreso hacia Rishikesh. Llegué agotado. Todo el día la pasé haciendo Vipassana en el ashram de Sivananda hasta que logré recuperarme.

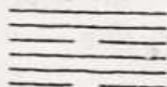
Al llegar a mi ashram le pregunté de nuevo al I Ching si mi regreso era afortunado.

Me contestó:

1: Ch'ien El creativo — Máxima luz y suerte.



57: Sun El penetrante, el gentil.



Nunca había sido tan clara mi relación con el I Ching. Las lecturas no solamente habían coincidido con mis estados sino

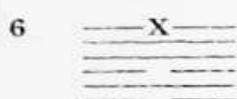
que habían predicho situaciones futuras con una exactitud asombrosa.

Fui a ver a mi amigo japonés. Me lo encontré en una sesión de música totalmente deprimido. Me dijo que no sabía la causa de su estado. Le sugerí hacer una lectura en el I Ching.

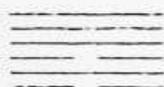
Preguntó qué es lo que sucedía.

Le contestó:

47: K'un Opresión.



6: Sung Conflicto.



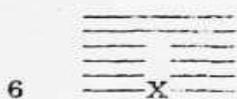
Antes me había mencionado que tanto su cultura como su familia en Japón eran demasiado rígidas y estructuradas. Yo le dije que quizás su problema era salir de un pasado represivo. Según el I Ching su conflicto tenía que ver con la posibilidad de dejar atrás su pasado.

Me sentía invadido por una energía tensa, dolorosa y potente y simultáneamente en contacto con un nivel intuitivo y sincronístico impresionante.

Le pregunté al I Ching:

Me contestó:

20: Kuan Contemplación.



42: I Incremento.



Me dijo que debo ser lo suficientemente profundo como para no sentir superficialmente, sino ir hacia el significado y las bases de lo que siento. Me dijo que debía tener fe.

En la noche fui a escuchar a Krishnananda de Rishikesh. Habló precisamente de lo que le sucede al buscador espiritual en momentos de crisis total; de su necesidad de mantenerse

sereno, tener fe y saber que el Universo es perfecto. Habló de la necesidad de realizar cualquier acción en forma total y no parcial o dividida.

Estoy de nuevo en la India que admiro y quiero.

Noto cambios enormes en mí. Más humilde, compasivo y humano que antes. ¡El sufrimiento tiene su utilidad después de todo!

28 de junio

Estoy en el ashram de Sivananda. Una mañana hace tres días llegué al fondo de mi desesperación y dolor. Me levanté sin fe ni esperanza. En la meditación me di a Dios y decidí hacer su voluntad. Dos horas después un impulso enorme me llevó a la calle y en una carreta con caballo vi aproximarse a un swami. Me llamó gritándome que era yo bienvenido. Las mismas palabras las había oído del espíritu de Sivananda durante una meditación junto a su tumba el día anterior. Le dije al swami que deseaba vivir en el ashram de Sivananda y sin mayor tardanza arregló mi entrada y me asignó un cuarto. En la tarde llegó un muchacho Aries, estudiante de filosofía, cargando un tratado acerca de Wittgenstein. Me dio mucho gusto verlo. Nos hicimos amigos y resultó ser un experto en astrología hindú. Hoy, en compañía de mi compañero de cuarto y de un monje del ashram, fuimos al templo de Shiva en los Himalayas. Neelakanta se llama. Subimos una montaña durante horas en medio de una vegetación fresca, limpia y frondosa.

Al llegar al templo me di cuenta que Shiva me representaba y entendí el consejo del astrólogo de Rishikesh acerca de irle a pedir ayuda.

De acuerdo con la mitología hindú, un momento llegó en el que se terminó el néctar divino. Los dioses se reunieron para remover el océano del cosmos y así crear más néctar. Éste fue creado, pero mezclado con veneno. Shiva tomó el veneno y lo depositó en su garganta purificando así el néctar.

El Arunchala de Tiruvannamalai también fue lugar de Shiva y allí éste apareció como columna de fuego (el sivalingam). Sivananda representa también a Shiva.

En Neelakanta sentí que una presencia sublime destruía mis impurezas. (Shiva es el destructor de la muerte.) Vi rituales magníficos y mi respeto por el panteón hindú se incrementó. De regreso al ashram de Sivananda me encontré con Usha, una mujer bellísima, la que me llevó a la que fuera casa habitación de Sivananda. Medité en el mismo cuarto que él usaba para su meditación. Me habló y me dijo que él era mi padre espiritual, que me protegería y ayudaría. Lloré durante toda la meditación y le agradecí su amor.

En la noche un monje me llevó con la persona encargada de arreglar los problemas de pasaportes y documentos de los visitantes extranjeros del ashram. Se ofreció para resolver mis problemas.

Yo sé que Sivananda está vivo. Necesitaba salir del otro ashram. Me llevó casi a la muerte y a la desesperación por su ausencia de vida. Ahora sé que una de las razones para venir a India fue el aprender a desapegarme. Ya no me asusta ir a Israel y tampoco me preocuparía dejar la UNAM. Gracias a Dios soy un poco más libre.

4 de julio

Estoy en un Jumbo 747 de Pan Am de salida hacia México. Los últimos días viví en el ashram de Aurobindo en Delhi. En las mañanas, el canto de cientos de pájaros alumbraba mi despertar y después de tres días las noches se convirtieron en una delicia. Sobre todo, la última noche en India. Mi corazón permaneció activo toda la noche llenándose de gozo, mi corazón astral por supuesto. Fue como una despedida y el encargado de ofrecerla Aurobindo y la Madre.

Siento que no puedo ni debo predecir lo que me encontraré en México.

Lo único que sé con certeza es que no soportaré ni repeticiones ni luchas inútiles. He decidido tener mucho cuidado con la meditación. En realidad lo que he decidido es permanecer en meditación perenne sin separar momentos especiales para la práctica espiritual del resto de la vigilia. ¡O todo, o nada!

Siento que haber sobrevivido estos seis meses en India es una hazaña increíble. Me siento más fuerte, limpio y contento que nada. Más claro y maduro en mí mismo, aunque todavía sin poder unificarme con una labor, misión o trabajo concreto. He aprendido a ser más real y sincero.

En el ashram de Aurobindo me encontré con un yoguín que me enseñó a tener paciencia, la misma que otro maestro del ashram de Sivananda me aconsejó tener en la vida espiritual.

Aprendí de él que uno debe incorporar al propio ser todos los mundos. Cuando llegué a Delhi me encontré con una carta del rabino Mishkin instándome para ir a Israel y otra de mi hija en la cual me informaba que estaba totalmente desilusionada y decepcionada de mí. Por primera vez en mi vida fui capaz de enojarme con Estusha, porque si bien es cierto que tiene toda la razón para sentirse desilusionada de mí, al mismo tiempo sé que ella buscó esa desilusión. Necesitaba salir del conflicto de extrañarme tanto y lo mejor era la decepción.

En India aprendí a reconocer que todo lo que nos sucede es una creación y una decisión propia, aunque generalmente proveniente de niveles inaccesibles para la conciencia. Me he conocido como nunca. La necesidad, el miedo, el abandono, la locura y la cobardía me rondaron como pájaros siniestros en pos de alimento. Sai Baba, Krishnananda, Badagara, Goenka, Niketan de Rishikesh, Sivananda y Aurobindo, todos cooperaron para llevarme al fondo de mí mismo.

Ayer un flautista profesional me dijo que lo que aprendí en India se iría mostrando poco a poco en México.

Nada es azar. Me acerco a Occidente y poco a poco lo externo comienza a manifestarse. Estoy débil y el estado de bondad en el que estaba se está comenzando a diluir y tiende a desaparecer. Empieza, de nuevo, la lucha. Lo único que puede mantenerme es el dar amor y ser bondadoso y compasivo en toda ocasión y oportunidad.

Del mismo autor

- La experiencia interna*, Trillas, 1975.
La construcción de la realidad, Trillas, 1975.
Las creaciones de la existencia, Trillas, 1976.
El vehículo de las transformaciones, Trillas, 1976.
Más allá de los lenguajes, Trillas, 1976.
El despertar de la conciencia, Trillas, 1978.
Psicofisiología del aprendizaje, Trillas, 1976.
Nuevos principios de psicología fisiológica, Trillas, 1976.
Los fundamentos de la experiencia, Trillas, 1978.
El cerebro conciente, Trillas, 1979.
El espacio y la conciencia, Trillas, 1981.
Pachita. Las manifestaciones del ser, Edamex, 1980.
Cuauhtemocztin, Edamex, 1981.
Bases psicofisiológicas de la memoria. Vol. I.: Fases de la memoria, Trillas, 1979.
Bases psicofisiológicas de la memoria. Vol. II: La localización de la memoria, Trillas, 1979.
Bases psicofisiológicas de la memoria. Vol. III: Mecanismos de la memoria, Trillas, 1980.
Bases psicofisiológicas de la percepción visual. Vol. I: Estructuras subcorticales, Trillas, 1981.
Bases psicofisiológicas de la percepción visual. Vol. II: Estructuras corticales y aspectos teóricos, Trillas (en prensa).
La luz angelmática, Edamex, 1983.
En busca del ser, INPEC (en prensa).
Retorno a la luz, SEP (en prensa).
La expansión del presente, (en prensa).
La batalla por el templo, (en prensa).
Creation of experience, (en prensa).
Los chamanes de México. I, Alpa Corral-San Román (en prensa).
Los chamanes de México. II, Alpa Corral-San Román (en prensa).
Los chamanes de México. III, Alpa Corral-San Román (en prensa).
La voz del ver, San Román (en proceso).

JACOBO GRINBERG ZYLBERBAUM es el Director General del Instituto Nacional para el Estudio de la Conciencia (INPEC) y Profesor Titular de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Esta obra se terminó de imprimir
en Marzo de 1987,
en Ingramex, S.A.
Centeno 162, México 13, D.F.